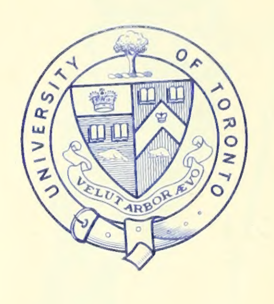
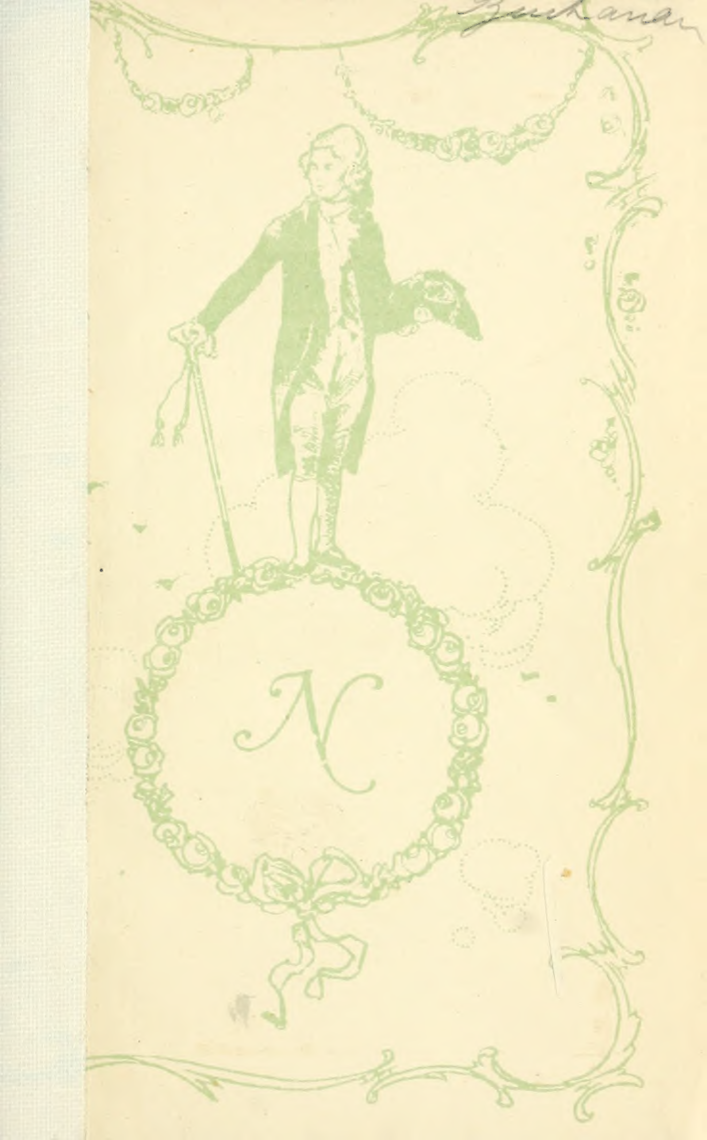

Obras
Escogidas
de
Santa Teresa
de
Jesús
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01667619 9


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO


Buchanan
N

Obras Escogidas de la Santa Madre Teresa de Jesús

Mystical union defined pp. 110-11



N N

Obras Escogidas
de la
Santa Madre Teresa de Jesús

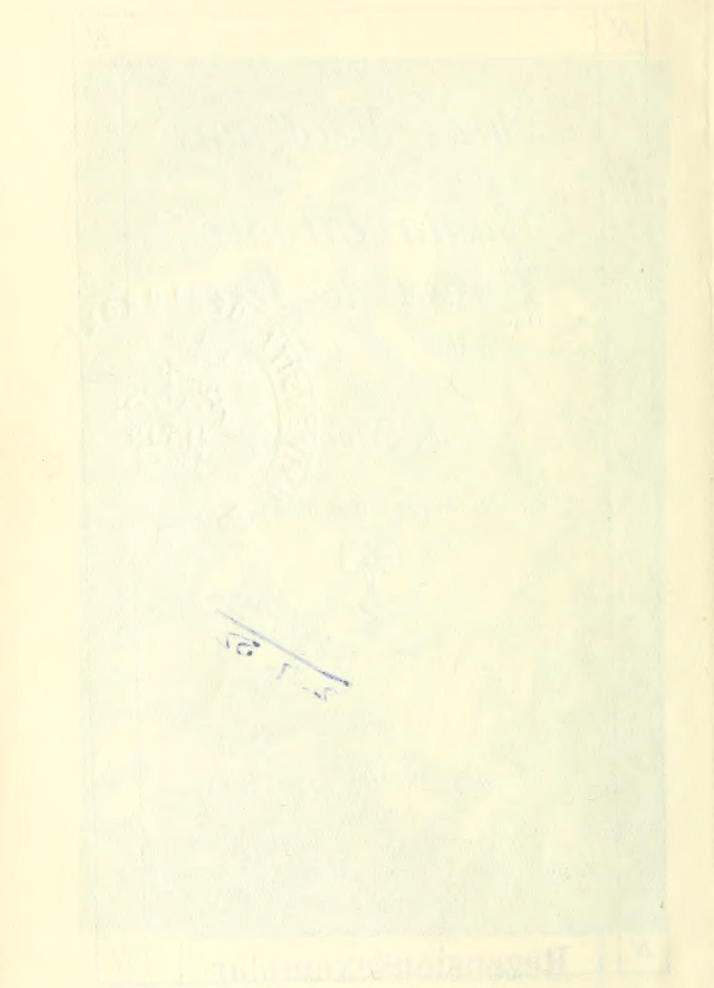
Libro de su Vida

Las Moradas

Introducción por Rafael Mesa y López

Thomas Nelson and Sons
Editores
Lóndres Paris
35 y 36, Paternoster Row | 189, rue Saint-Jacques
Edimburgo, Dublin y Nueva-York

N N



TABLA

INTRODUCCIÓN

En memoria del muy puro,
sereno y amoroso espíritu
de mi pobre Madre.

Teresa de Ahumada, en religión Teresa de Jesús, nació en la ciudad de Avila de los Caballeros, el 28 de marzo de 1515, de una familia hidalga y acomodada.

Tenía numerosos hermanos, y su educación, sin ser descuidada, no fue todo lo esmerada que debió ser. Su madra era harto aficionada á la lectura de libros de caballerías, que en aquellos tiempos se hallaban tan en auge, y ella, desde muy niña comenzó á aficionarse á lecturas análogas.

La pasión por este género de libros, venido de Francia y llevado á la quinta esencia por la tendencia á lo maravilloso y sublime que nos legaran los árabes, era tal, que hasta las vidas de los santos eran adulteradas y narradas de particular manera; se veía luchas cuerpo á cuerpo con legiones de demonios que por fuerza querían arrancarlos al amor de Dios, y los ángeles y arcángeles, como los encantadores de los libros de caballerías, acudían en ayuda de los esforzados caballeros de la fe.

En su infancia, estas lecturas influyeron poderosamente sobre la imaginación de la futura santa, y á los siete años, calenturienta la imaginación por las narraciones oídas y acaso leídas, se partió de su casa en compañía de un hermano suyo, en busca del martirio. Para ella, los moros andaban todavía por aquellas tierras de Castilla, y anhelaba morir á manos de ellos.

Tenía doce años, en 1527, cuando vino á morir su madre. Las múltiples ocupaciones de su padre, los cuidados que exigía la numerosa familia y la multitud de las ocasiones, hicieron que su educación, en el momento en que más cuidados exigía fuese cuando más descuidada estuvo. Una prima suya era su más íntima amiga, y no era esta amistad la más adecuada, pues no la inducía sino á los más frívolos pasatiempos.

Pero su padre velaba á pesar de todo, y para evitar « el contagio » definitivo, no pudiendo impedir la entrada en su casa á su joven parienta, puso interna en el convento de Santa María de Gracia, en Avila, á la que había de reformar la orden del Carmelo á que dicha casa pertenecía.

Como ella misma lo cuenta en el *Libro de su Vida*, si bien la estancia en la santa casa no le era del todo desagradable, titubeó algún tiempo, sin saber si debía ó no consagrarse á la religión ; pero al fin se decidió, é ingresó en el convento de la Encarnación el 2 de noviembre de 1533, donde profesó el 3 del mismo mes del siguiente año.

Entonces su salud sufrió los más graves transtornos, hasta el extremo de que su padre tuvo que solicitar autorización para sacarla temporalmente del convento y llevarla á cura de aguas.

A los dos años volvió, no muy mejorada, pues durante cuatro días sufrió de parasismo en casa de su padre, y estuvo paralítica durante dos años.

En 1541 su espíritu religioso sufrió una crisis, y abandonó la oración ; lo más á menudo estaba en el locutorio del convento recibiendo visitas, hasta que, según dice ella, se le apareció Jesús con aspecto bastante airado, reprochándole su tan frecuente trato con seglares.

Entonces volvió decididamente á la oración, en

1555, guiada por dos confesores que tenía, harto letrados.

Por aquel entonces le comenzaron las mercedes espirituales, la narración de las cuales suscitó contra ella algunos espíritus, haciéndola sufrir el martirio de la duda acerca de « si era Dios ó demonio ».

Pero vino á tranquilizarla san Francisco de Borja, á quien conoció en 1557.

Las apariciones ó visiones se sucedieron casi sin interruptión. Su primer rapto espiritual tuvo lugar en 1558, y al año siguiente la transverberación de su corazón, que ella nos cuenta con tan patéticos acentos.

Animada por un espíritu de reforma de su orden, que el relajamiento en que ésta se hallaba justificaba hasta todo extremo, en 1560 se decidió de una manera definitiva á llevar á cabo este proyecto, el cual preparaba desde hacía tiempo.

Estos proyectos sufrieron toda suerte de contrariedades, que se verán en el curso de este libro, hasta que al fin recibió auxilios pecuniarios de uno de sus hermanos que se hallaba en el Perú, con lo cual, y la ayuda de su hermana y su cuñado, más el apoyo moral de los de la Compañía de Jesús, logró vencer todas las dificultades que la enojaban y fundar el primer convento reformado : el de san José, santo de su predilección, por la propagación de cuyo culto en España realizó la más ardiente campaña.

Por aquel entonces, en 1561, el domínico padre Ibáñez le ordenó escribir el libro de su Vida, que fue acabado al año siguiente en Toledo, cuando vivía en casa de doña Luisa de la Cerda. A primeros de este mismo año recibió una bula del papa Pío IV para la erección de su convento de san José. que fue inaugurado el mismo año, el día de san Bartolomé.

A partir de este momento, el ardor reformista de la santa religiosa no conoció descanso ni serio obstáculo, pues todo lo que á su intento se oponía, sabía vencerlo, fuese á fuerza de humildad y virtudes, ó por la protección de sus grandes amistades en las más elevadas esferas de la aristocracia española, en particular la duquesa de Alba, los príncipes de Eboli, á cuya princesa había de reñir años más tarde con motivo de sus ligerezas después de la muerte de su marido, y tantas y tantas otras principales personalidades que tenían su amistad en gran honor.

Sus viajes fueron innumerables por toda Castilla, reformando, fundando nuevas casas de religión y restableciendo en todo su vigor la relajada regla, porque no trataba ella solamente de fundar nuevas casas en que se adoptase la regla por ella reformada, sino que se esmeró especialmente en que en las que existían se observase la primitiva regla del Carmelo con todo rigor. No, no la animaba á ella un espíritu de notoriedad ó bandería, sino el deseo vehemente del servicio de Dios por todos los medios lícitos y aprobados por la Santa Sede. Por eso, mientras jesuitas y dominicanos reñían y se disputaban el favor del rey, que no sabía cómo arreglárselas y satisfacer las exigencias de los viejos sacerdotes dominicanos dominados por su celo atroz é inquisitorial, y los jóvenes apóstoles de espíritu más amplio y liberal entonces, mientras esto ocurría, la santa se entendía perfectamente con todas las órdenes religiosas, é indiferentemente pedía consejo á los amigos letrados que en unas y otras tenía.

Siempre le molestaron los disentimientos intestinos, las intrigas y las componendas especiales que las órdenes religiosas, en aquel período de relajación tenían y hacían entre sí.

Ella vivió en una esfera espiritual, muy por

encima de la influencia terrena y las miserias de acá.

De ello sin embargo, fue perseguida, y de la misma manera cómo fray Luis de León debía ser perseguido y encarcelado durante cinco años, por supuesto delito de traducción del *Cantar de los Cantares,* santa Teresa fue delatada á la Inquisición por haber en sus escritos intercalado algunos versículos del magnífico libro salomónico.

Pero los prestigios que la rodeaban y la innegable santidad de su vida estaban muy por encima de todo.

Más adelante, al hablar de las obras en sí, insistiremos sobre este punto.

No es éste el lugar adecuado para hablar de todas las fundaciones religiosas de santa Teresa. Baste decir que reformó una orden tan importante como la del Carmelo, que se hallaba en completo estado de descomposición, hasta el extremo de que á ella, para mayor disciplina espiritual, cuando se creía que estaba poseída por el demonio, la hacían confesar cada quince dias ; ¡ como cosa extraordinaria !

En esta labor. pasó momentos amarguísimos, particularmente en el año de 1578, en que toda su obra fue objeto de las injustificadas persecuciones del nuncio de S. S. Pero la santa logró obtener del Consejo un breve en virtud del cual se autorizaba para no obedecer al nuncio en lo que se relacionaba con las ordenes regulares.

Además, aquel mismo año las casas de su regla, como ella misma, fueron objeto de violenta persecución en Sevilla : un mal confesor provocó agrias discusiones en un convento, y como la priora le llamase á capítulo se rebeló y la denunció, así como á santa Teresa, á la Inquisición. El expediente formado fue ruidoso, y hasta casi escandaloso, pero al fin la inocencia de ambas y la mala fe del secular fueron puestas en evidencia. Durante todo este año,

la santa estuvo en Avila, desde donde dirigía toda la campaña contra estos enredos por medio de una asidua correspondencia.

Nada la arredraba, y proseguía sus fundaciones con el mismo ahinco.

El año de 1582 fue también harto amargo para la santa, que llegó á ser expulsada de un convento de su orden por una priora rebelde, después de haber tenido que sufrir insultos de un abogado de Valladolid con motivo de un litigio entablado á proposito del testamento de uno de sus hermanos. El 16 de septiembre del mismo año hubo de sufrir la misma vejación de parte de otra priora del convento de Medina del Campo, y sin haber comido nada en todo el día sa fue del convento, emprendiendo viaje para Alba de Tormes con una compañera fiel. En Peñaranda, donde pensaban hallar de comer al día siguiente, no hallaron nada, y estuvo á punto de morir de hambre en el camino. Iba á Alba de Tormes á acompañar á la duquesa de Alba durante su alumbramiento, y al fin llego allá, el 20 de septiembre, á las seis de la tarde, medio muerta.

Al día siguiente, á pesar de los consejos de los que le rodeaban, bajó á la iglesia para comulgar, pero en seguida hubo de ponerse en cama, de donde nunca volvió á levantarse.

El cuatro de octubre murió, á los sesenta y siete años, y su cuerpo fue secretamente entarrado en Alba, pues se temía su robo.

De esto sin embargo, el cuerpo incorrupto de la santa fue trasladado á Avila, mas el duque de Alba protestó y fue á Roma, obteniendo del papa una violenta censura contra los que le habían trasladado, y la orden terminante de volverle á Alba de Tormes

Santa Teresa fue beatificada el 24 de abril de 1614, y canonizada el 12 de marzo de 1622.



Los escritos de Santa Teresa pueden ser considerados desde diversos puntos de vista, dejando aparte el de la « Mística Teología », por ser esta edición de un carácter puramente literario y caracer nosotros de calidad para ecuparnos de ellos desde este punto de vista.

Como obra literaria son mucho más interesantes que los de todos los otros escritores religiosos españoles, como san Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, etc. Prueba de ello, lo es que mientras los de esta santa han circulado por todo el mundo desde el momento de su muerte, los de los demás escritores no han sido sino apenas leídos, y han exigido comentarios para su comprensión.

La santa tenía un estilo grato y popular, al par que elegante. Su lenguaje es la vieja fabla de Castilla la Vieja, sin rebuscamientos ni refinamientos que le alterasen, sino tal y cómo la hablaba el pueblo, pero empleada con una elegancia innata, que á la santa venía no solamente de la instrucción que había recibido, sino que también de su natural inclinación y de la frecuentación de los más altos personajes de la nobleza, de quienes ya hemos hablado.

Como esta edición es popular, no nos ha parecido conveniente reproducir exactamente la ortografía de la santa, pues escribía *naide, espiriencia, dispusicion,* y toda una serie de palabras, de tal manera cómo en nuestros días sólo las emplea el vulgo, y son hoy verdaderas incorrecciones, á las cuales pareceria que deseamos de nuevo dar carta de naturaleza. Así mismo, la santa se esmeraba en evitar en lo posible las cacofonías, lo que es una de las pruebas de su refinamiento literario ; pero como escribía á vuela pluma, unas veces lo hace y otras no, por lo

cual la misma palabra del género femenino comenzando por *a*, unas veces la ponía con artículo masculino y otras con el femenino : nosotros las hemos siempre puesto con artículo masculino, así como siempre hemos puesto *dél, della* y demás contracciones de genitivos, si bien ella no las ponía siempre, sino solamente algunas veces. Así, si no nos hemos adaptado á la letra del texto de los escritos de santa Teresa, por lo menos hemos seguido su espíritu literario, lo que nos ha parecido lícito, por el hecho de que ella nunca releyó nada de lo que había escrito.

En la obra de la santa es de observar su agudeza de ingenio y la facilidad de las imágenes que emplea para dar á comprender ciertos puntos de sus visiones, imágenes ingenuas y sencillas, al par que claras y al alcance de todo el mundo.

Las obras de santa Teresa le valieron persecuciones en vida, como queda dicho, pero esto no es de extrañar.

Dejando aparte la cuestión de los luteranos, que no habría dejado de influir para decidir persecuciones contra toda tentativa de reforma, era aquélla una época en que había la manía de las visiones y las mercedes del Señor. A cada momento aparecían confesores mixtificadores que inducían á sus penitentes á contar mercedes y visiones, para sacar partido de ellas, y numerosos fueron los casos en que hubo que proceder contra diversidad de personas.

Además, se llevaba al pie de la letra el precepto de san Pablo, que negaba á las mujeres toda iniciativa en materia de religión, y decía que no tenían sino que obedecer ¿ Pero quién más obediente que santa Teresa? ¿ No vemos á través de toda su obra su espíritu de obediencia llevado hasta los mayores

extremos, hasta el punto de que sus directores espirituales tenían que reprenderla ?

¿ No establece la obediencia como base de toda casa de religión, y no la declara como principal condición para el servicio de Dios ?

Además, la santa nunca habló *ex catedra,* ni comentó textos sagrados : no hacía sino narrar como podía lo que le ocurría, y comentarlo brevemente tratando de explicarlo y de hacerse comprender.

Por eso su obra ofrece encantos y delicadezas que le son peculiares y de las cuales carecen todos los otros escritores sagrados, hasta el mismo san Francisco de Sales, que tanto la admiraba y recomendaba la lectura de sus obras.

Por lo demás, no vale la pena de que nos ocupemos extensamente de este punto, desde el momento en que la Iglesia ha aceptado sus escritos como inspirados por Dios, y la ha canonizado á ella misma, figura serena y grandiosa de la Iglesia española, tan discutida y tan amada.

El espíritu iconoclasta y novelero del siglo, ha inducido á los indagadores de más ó menos dudosa buena fe y ansiosos de notoriedad, á exponer las mayores contradicciones y las más extravagantes anomalías ; y mientras se trata de probarnos que tantas heroínas de historias más ó menos legendarias de la antigüedad pagana, no eran tal y cómo las conocíamos, sino perfectas y virtuosas damas, por otra parte, se esmeran en desposeernos de todo ideal, por medio de libros que se pretenden doctos y en que se alardea de procedimientos científicos modernos, por más que éstos por ninguna parte aparezcan, á menos que por tales se entienda las más aventuradas teorías y las afirmaciones categóricas basadas en simples sospechas ó en deducciones personales.

Así es que los pecados de que la santa se acusa,

han sido convertidos en horrendos crímenes, ó por lo menos en graves culpas ; y de la frivolidad de las relaciones con su prima se ha sacado partido para manchar su pureza, y de su afición de un momento á conversar en el locutorio con algunos seglares se ha tratado de deducir que el convento era algo que no se puede nombrar...

Pero no nos detendremos á refutar tales doctrinas puestas en circulación por los que no teniendo nada que crear, sienten por envidia necesidad absoluta de derribar los ídolos y pornerlo todo á ras de tierra, sumiéndonos en el más cruel y embrutecedor pesimismo.

Yo ando lejos de ser un místico, pero admiro á las personas que tienen ideales y saben perseguirlos á través de todos los abrojos de los caminos ; y como mi palabra, en esto como en todo poco ha de valer, recordaré al lector el lema de la vida de un hombre que por la naturaleza de sus estudios y ocupaciones debía ser poco inclinado á lo puramente ideal y metafísico : Pasteur. El gran sabio tenía escrita en una de las paredes de su laboratorio la siguiente frase, que era como el lema de su vida :

Dichoso el que, teniendo un ideal, logra sacrificárselo todo.

RAFAEL DE MESA Y LÓPEZ.

París, julio de 1912.

Vida

DE

Santa Madre Teresa de Jesús

QUISIERA yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo, mas no han querido, antes atádome mucho en este caso; y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que he sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornaron á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que después que el Señor los llamaba no le tornaban á ofender : yo no sólo tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar á servir más, y entendía de si no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó, á quien con todo mi corazón suplico me dé gracia, para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación, que mis confesores

me mandan (y aun el Señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden á mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amén.

CAPÍTULO PRIMERO.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados ; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad ; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos ; decía, que de que no era libre no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con gran-

des enfermedades. Grandísima honestidad : con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso de ella ; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió ; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos ; todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre ; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón, porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenía uno casi de mi edad (1), juntábamonos entrambos á leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí ; como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantá-

1. Probablemente era su hermano Rodrigo.

banos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos trantando desto ; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir adónde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo ; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas ; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos : como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido ; porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡ Oh, Señor mío ! Pues parece tenéis determinado que me

salve, plega á vuestra Majestad sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuvierais por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto la posada, adonde tan continuo habíais de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa ; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPÍTULO II.

Paréceme que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean su hijos siempre cosas de virtud de todas maneras ; porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto, en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí ; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos ; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía,

y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás ; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en estremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía á mí no eran ningún pecado muchos años ; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado ; y pluguiera á Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad, que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo ; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor ; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas ; y lo que peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera

á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos ; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.

Así me acaeció á mí, que tenía una hermana de mucho más edad que yo (1), de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, désta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné á tratar. Con ella eran mi conversación y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra : este tuvo fuerza para no la perder del todo ; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía á mí está la honra del mundo ; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo ; los medios que eran

1. Doña María de Cepeda, hija del primer matrimonio de su padre.

menester para guardarla, no ponía ninguno ; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces : como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía ; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer : en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace : querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno ; y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía ; y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud ; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía ; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo : que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara ;

mas el interés las cegaba como á mí la afición. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos : de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese; aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo (1); y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo, porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo á quien todo lo ve. ¡ Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra vos ! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está

1. El monasterio de Santa María de Gracia, fundado en Avila el año 1509.

el negocio en guardanos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á vos.

Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando lo ofendía, y procuraba confesarme con brevedad : traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recados. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar á sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido, amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien : é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios.

Dormía una monja con las que estábamos se-

glares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

CAPÍTULO III

PUES comenzando á gustar de la buena y santa conversacion de esta monja, holgábame de oirle cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella había venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio : muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima; y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la pasión no llorara una lágrima : esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada; comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. A cabo de este tiempo

que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían estremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban, y no podía persuadirme á serlo.

En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana (1), que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre (2), muy avisado

1. Doña María de Cepeda casada con D. Martín de Guzmán y Barrientos ; vivían en Castellanos de la Cañada, donde eran ricos, si bien en los últimos años de su visa se vieron reducidos á cierta estrechez.

2. Don Pedro Sánchez de Cepeda, que habitaba en Hortigosa.

y de grandes virtudes, viudo, á quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fué fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios : quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo; hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡ Oh, válgame Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza ! Sea bendito por siempre, amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada y la vanidad del mundo, y como acababa en breve y á temer, si me hubiera muerto, como me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, ví era el mejor y más seguro estado; y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí misma con esta razón, que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayores que los del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al

cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil, que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada : á esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría á llevarlos debía pensar, que esto postrero no me acuerdo : pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros : leía en las Epístolas de san Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás de ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él; ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía á mí y á mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

CAPÍTULO IV

En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío (1) á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio adonde estaba aquella mi amiga (2), que era á la que yo tenía mucha afición, puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante : aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no en-

1. Antonio de Ahumada, que entró religioso domínico en Santo Tomás de Avila, después de dejar á su hermana en la Encarnación.

2. Sor Juana Suárez.

tendía de mí sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma, en grandísima ternura: dábanme deleite todas las cosas de la religión; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo que, siendo sólo por Dios, hasta comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después : aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que sólo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo; sea bendito por siempre, amén.

Bastara, oh sumo bien y descanso mío, las mercedes que me habíais hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan seguro, y á casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar para

ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos : esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento, para lo que después os ofendí. Paréceme ahora, que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar de ella; mas Vos, Señor mío, quisisteis casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no era esa mi intención : mas veo táles mis obras después, que no sé qué intención tenía, par que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo ; que es verdad cierta que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he obscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzaste á hacer? ¡Ay de mí, Creador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo : pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.

La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los des-

mayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien la veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar adonde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haría la mía. Fué conmigo esta amiga que he dicho tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses dél padeciendo tan grandísimo tormente en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fuí en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba, me dió aquel tío mío (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro: llámase *Tercer Abecedario* (1), que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho

1. Obra mistica escrita por fray Francisco de Osúna, 1537.

con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas; y como ya el Señor me había dado dón de lágrimas, y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones, que tuve, para ofender á Dios.

Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, teníala de no hacer pecado mortal, y pluguiera á Dios la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fué lo que me destruyó, comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba á unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien enterderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María ; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los piés, y así me acuerdo, que había lástima á los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer á Jesucristo nuestro bien y

Señor dentro de mí presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí, como lo procuraba, traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto á la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en qué se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición les conviene más pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y lo poco que le sirve, y lo que le da á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero, quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que, si el maestro que enseña, aprieta, en que sin lección (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera procede y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la ora-

ción, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

CAPÍTULO V

Olvidé de decir cómo el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces ; yo lo llevaba con harta pena é imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de religión, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada, era curiosa en cuanto hacía, todo me parecía virtud; aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección : yo como ruin íbame á lo que veía falto y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía : murió presto de ello. Yo veía á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que dándomela así á mí, me diese las enfermedades que

fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espántome, porque aun no tenía, á mi parecer, amor á Dios, como después que comencé á tener oración me parecía á mí le he tenido; sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

Venido el tiempo, que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme, con harto cuidado de mi regalo, mi padre y hermana y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel lugar adonde me fuí á curar, de harto buena calidad y entendimiento : tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debían de querer

engañar, sino no sabían más : yo pensaba que sí, y que no era obligada á más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, para que yo me guardara dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen á mí : yo engañé á otras hartas, con decirles lo mismo que á mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete, hasta que un padre domínico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agraviándome tan malos principios como despues diré. Pues comenzándome á confesar con éste que digo él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición déste mala, mas de demasiada afición venía á no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave, por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mismo, y así era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas dél ; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó á declararme su perdición;

y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley á quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuerais vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y ví que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre,que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y este nadie había sido poderoso de podérsele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios (que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que, á trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta

suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor : mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios : esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho : porque, por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepcion, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le ví, murió : ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces; y paréceme que le ayudaba á tenerme amor, ver esto en mí. Que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y aun para lo que acá pretenden,

deben de ganar con ellos más por aquí, según despues diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión : á los dos meses, á poder de medicinas me tenía casi acabada la vida ; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, adonde tornaron á verme médicos : todos me deshauciaron, que decían, sobre todo este mal, estaba ética. Desto se me daba á mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los piés hasta la cabeza;porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió,que se veía claro

venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado á tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas : *Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?* Esto parece me ponía esfuerzo.

Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di prisa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡ Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado (que lo era harto, que no fué ignorancia) me pudiera hacer gran daño ! Dióme aquella noche un parajismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos : en esto me dieron el sacramento de la Unción, y cada hora y momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchas : bendito sea El, que quiso oírlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí : luego me quise confesar.

Comulgué con hartas lágrimas, mas á mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé el sentido poco, aunque la confesión entera, á mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido á Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca después que comencé á comulgar, dejé cosa por confesar, que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvación si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo tan ruin, y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo, no añado muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios, y lo que sufre á un alma. Sea bendito para siempre: plegue á su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.

CAPÍTULO VI.

Quedé de estos cuatro días de parajismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos, que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza ; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no meneaban : solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no había cómo ; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban : esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces ; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia ; y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque á los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables : el hastío muy grande. Dí luego tan gran prisa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta recibieron con alma ; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena

verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía : ya digo, que estar así me duró más de ocho meses ; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad ; y, si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio : estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar, por estar á solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy á menudo, trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba ; porque á no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración que me había hecho ; que ésta me hacía entender, qué cosa era amarle ; porque de aquel poco tiempo, ví nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie, por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración, porque traía muy delante cómo no había de querer, ni decir, de otra persona lo que no quería dijesen de mí; tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase : mas lo continuo era esto ; y así á las que estaban conmigo, y me trataban, persuadía tanto á esto, que se quedaron en costumbre Vínose á entender, que donde

yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les daba : plega á su Majestad me perdone, que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intención como después sucedía la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios;que si yo hallara con quien más contento y recreación me daba, que toda la pulicía (grosería, por mejor decir), de la conversación del mundo ; comulgar y confesar muy más á menudo y desearlo, amiguísima de leer buenos libros, un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios ; que muchas veces me acuerdo que no osaba tener oración, porque temía la grandísima pena que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo después en tanto extremo, que no sé yo á qué compare este tormento. Y no era poco ni mucho por temor, jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía, para no tornar á caer, en poniéndome en la ocasion : parecianme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dármelas, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y á mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el

daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores, que me ayudaban poco, que, á decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal sólo un día, si yo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia, cuanto á pecados mortales. ¡ Oh, válgame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño ! Pues como me ví tan tullida y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así ; mas todavía pensaba que servía mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé á haber devoción de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podría sufrir, y á ellas les hacía devoción (después se ha dado á entender no convenían, que eran supersticiosas), y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él : ví claro que así desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre

y señor mío me sacó, con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma ; que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar), así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia : ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas : para el mal y curiosidad y vanidad, tenía gran maña y diligencia : el Señor me perdone. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud ; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida;

si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso santo á mí y á otras personas ; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester ; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca descripción. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción : en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas ; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias á san José,por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle, siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal desta merced.

CAPÍTULO VII.

Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar

tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme á llegar á Dios; y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oración mental y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias; y así no es de culpar á la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido, que yo entienda, que, en viéndome primer movimiento, me daba tanta pena que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás. Por ventura, si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito; antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin venía de que como me veían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á

soledad, á rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo, que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que á las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame á mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas er aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; ¡como si fuera bien otras cosas que hacía! A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo, como esto fuera, aunque era mucho.

Por esto me parece á mí me hizo harto dañc no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si, con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado deste peligro; y así me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay

tantas, que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión ; sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega á Dios aproveche, ó se las tengan en su casa : porque, si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan á sí, sino á todas; y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas, que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida é inclina á seguir algunas cosas, que son del mismo

mundo, ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así, sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal grandísimo mal de religiosos! (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religión; adonde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual, antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfecto, y, como hay más dél, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja, que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa, que á todos los demonios; y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad, que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades, que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habían de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor que el espíritu de los santos pasados dejaron en las religiones. Plega la divina Majestad ponga remedio en ello, como va que es menester, amén.

Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como veía que se usaban, que había de venir á mi alma el daño y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que cosa tan general

como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría á mí más que á las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo le deja de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba : víle con los ojos del alma, más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte ; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era á mi gusto, yo me hacía á mí misma desmentir ; y yo como no lo osé tratar con nadie, y tornó después á hacer gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné á la misma conversación, y aun en otros tiempos á otras; porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía á mí, como estaba en ello, tan

malo como era, aunque á veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que ésta que digo, porque le tuve mucha afición.

Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros (y otras personas, que estaban allí, también lo vieron), una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija (1) en mitad del día, ni nunca la ha habido y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estabais avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

Tenía allí una monja, que era mi parienta antigua, y gran sierva de Dios, y de mucha religión: ésta también me avisaba algunas veces, y no sólo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno, por tan gran ingratitud; y también, porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmienten en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que

1. En el convento de la Encarnación en Avila, se conserva todavía un cuadro que representa estos sucesos.

yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar ; y por el mal ejemplo que las di, como he dicho, fuí causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme á mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros; tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como quería tanto á mi padre, deseábale con el bien, que me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos, como pude, comencé á procurar con él la tuviese : dile libros para este propósito. Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse también en él este ejercicio, que en cinco ó seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras : todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída, y sin tener oración, como veía pensaba, que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más, sin tener oración, pareciéndome más humildad ; y ésta, como despues diré, fué la mayor tentación que tuve, que por ella me iba á acabar de perder ; que con la oración, un día ofendía á Dios, y tornaba otros á recogerme, y apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios, como

solía, y díjele que ya yo no tenía oracíon, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

En especial, tuve veinte años vómitos por las mañanas, que, hasta más de mediodía, me acaecía no poder desayunarme ; algunas veces más tarde : después acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche, antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas; porque si lo dejo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde: perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. De estos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era ésta la causa, como él no decía mentira, y ya, conforme á lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese (que bien veía yo que para esto no había disculpa), que harto hacía en poder servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amar y costumbre ; aunque el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre que,

aunque con ocasiones y enfermedad algunos ratos impida, para muchos ratos de soledad no deja de haber otros que hay salud para esto; y en la misma enfermedad y ocasiones es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen; aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y así los había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Mas él, con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó, antes me hubo lástima; mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo, sino, como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido : como yo le gastaba en otras vanidades, dábaseme poco. No fué sólo á él, sino á otras algunas personas, las que procuré tuviesen oración, aun andando yo en estas vanidades : como las veía amigas de rezar, las decía cómo tendrían meditación y les aprovechaba, y dábales libros ; porque este deseo de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame á mí, que ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad á entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí, y procuraba ganar á otros.

En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuíle yo á curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de lo que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción, el encargarnos le encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile ; digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir ; porque antes déstos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía dello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba : algu-

nas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz acuestas, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos ; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel; y así me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mi ruin vida, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era domínico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia. Este padre domínico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó á hacer bien mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince á quince días, y poco á poco comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía el mundo. Dábame gran

contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno ó lo otro : bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas, el que me quería para hacerme mayores mercedes.

¡ Oh, válgame Dios ! si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y como me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito, que me libró ! Yo á hacer obras para descubrir la que era, y el Señor encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabedor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que después he hablado de su servicio, me diesen algún crédito; y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

¡ Oh Señor de mi alma ! ¿ Cómo podré encarecer

las mercedes que en estos años me hiciste? ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíais con un grandísimo arrepentimiento, par que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomabais, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigabais mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto me deshacía y confundía más y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos : mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar á caer; aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros : paréceme á mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

CAPÍTULO VIII

No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin; que, cierto, querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz é ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeción, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque, ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios era con pena; cuando estaba con Dios las aficiones del mundo me desasosegaban : ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuando más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración ; digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor,

que tratar traición al Rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos días que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es, que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho á la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender : porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuérdaseme poco destos días buenos, y así debían ser pocos, y muchos de los ruines : ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala ó muy ocupada. Cuando estaba mala estaba mejor con Dios ; procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en El. Así que, si no fuese el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que ha que comencé oración, más de los diez y ocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

Diré aquí, (pues va tanto en entenderla) la batería que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á sí; y se guarden de los peli-

gros que yo no me guardé. Y sobre todo, por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda grangeando tornarnos á sí, pido yo se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten y tantas flaquezas hay en nosotros, para defendernos. Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo, que lo que los confesores no me agraviaban tanto, fuese tan malo, como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasión. Como me veían con buenos deseos y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; mas entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto : lástima le tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si veía alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba, sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía : casi nunca me parecía tan mal sermón, que no le oyese de buena gana, aunque, al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era

bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, ú oir de El, casi nunca me cansaba; esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo, que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba el Señor me ayudase; mas debía faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender, que todo aprovecha poco, si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida : quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado á Sí, y yo dejádole.

CAPÍTULO IX

PUES ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme, que entrando un día en el oratorio, ví una imagen que habían traído allí á guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que

había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que, como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame á aquella gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

Mas esta postrera vez, desta imagen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, de las partes adónde le veía más solo. Parecíame á mí, que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir á mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto, allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome,

que jamás osaba determinarme á hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches,antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oración, sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarne para dormir.

En este tiempo me dieron las *Confesiones de san Agustin,* que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á san Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su orden; y también por haber sido pecador, que de los santos que después de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda, y que, como los había el Señor perdonado, podía hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sólo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié de mí muchas veces.

¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que

podía conmigo, y cuán atada me veía, para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí : comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversión, y leí cómo oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón : estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡ Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece ! Yo me admiro ahora, cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal : paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oir mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

Comenzóme á crecer la afición de estar más tiempo con El, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía á amar á su Majestad; que bien entendía yo, á mi parecer, amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras á Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba á tornar á regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era, ya en estos postreros años, darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás á ello me atreví : sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase

mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos ni gusto nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que veía yo, si tanto él no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me había atrevido á pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame á mí que lo es á los que están dispuestos, con haber procurando lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles, y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues, con todo, creo me valieron; porque, como digo, en especial después destas dos veces de tan gran compunción dellas y fatiga de mi corazón, comencé más á darme á oración, y á tratar menos en cosas que me dañasen; aunque aun no las dejaba del todo, sino como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme: como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré: Cosa no usada darlas el Señor sino á los que están en más limpieza de conciencia.

CAPÍTULO X

TENÍA yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía, de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, ó yo toda engolfada en El. Esto no era manera de visión, creo lo llaman mística teología: suspende el alma, de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, á mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que su Majestad le representa ninguna cosa entiende.

Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo della me parece se puede procurar; un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama, otros muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tro-

pieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia : si con esto hay algún amor regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fueza, otras el Señor parece nos la hace, para no podernos resistir. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un dón tan grande como es el consuelo que da á un alma ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

Paréceme bien esta comparación que ahora se me ofrece, que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme á lo que merecen quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios la hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuánto ha servido : y sóbrale la razón, que una lágrima destas que, como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece á mí que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia que tener algún testimonio que contentamos á Dios? Así que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor ; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertamos á amar; y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene y aun más verdadera humildad. Lo demás es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos da los bienes nos dará gracia para que, en comenzando el demonio á tentarle en este caso lo entienda, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo á El y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues, si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito que entienda yo y vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querría hablar sino en El? Hé aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseamos, forzado convida amar, que es todo el bien

de la oración fundaba sobre humildad. Pues ¿qué será cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo y aun de sí mismo? Está claro, que se han de tener por más deudores y más obligados á servir, y entender que no teníamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan pobre y ruin, y de ningún merecimiento, como la mía, que bastaba la primer joya déstas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos, porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas á quien luzca y aproveche con ellas á sí y á los otros. Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho, con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es adonde el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y jun-

tamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruin juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe, para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable, todo lo he habido menester.

Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperálo á quien lo envío, que sabrá mejor entender lo que va mal, que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va; y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á alguien le mostraren, digan quién es por quien pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que, si lo fuere, será suya y no mía, por ser yo sin letras y buena vida, ni ser informada de letrado ni de persona ninguna; porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque

me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones: así, que aunque el Señor me diera más habilidad y memoria (que aun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oído ó leído) mas es poquísima la que tengo : así, que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien ; lo que fuere malo será de mí, y vuestra merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningún provecho tiene decir mi nombre : en vida está claro, que no se ha de decir de lo bueno, en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin. Y por pensar vuestra merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo : para lo demás, basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin. Y así, lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuestra merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme á las verdades de nuestra santa fe católica; y si no, vuestra merced lo queme luego, que yo á esto me sujeto : y diré lo que pasa por mí, para que, cuando sea conforme á esto, podrá hacer á vuestra merced algún provecho; y si no desengañará mi alma, para que no gane el demonio adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quién me dé luz.

Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien obscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver, que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á su Majestad que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor, le pida vuestra merced, pues sabe la que soy con más claridad que aquí me lo ha dejado decir.

CAPÍTULO XI

Pues hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oración al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande,

que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡ Oh Señor de mi alma y bien mío! ¿por qué no quisiste, que en determinándose un alma á amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir á tener este amor perfecto? Mal he dicho; había de decir y quejarme, porque no queremos nosotros en no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando á tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo á Dios, que, como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay, con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas, si hiciésemos lo que podemos en no nos asir á cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron. Mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo, y aun granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también que dejamos la honra en ser reli-

giosos, ó en haber ya comenzado á tener vida espiritual, y á seguir perfección, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad, al parecer, hecho Señor : así con todas las otras cosas.

Pues hablando de los principios de los que ya van determinados á seguir este bien, y á salir con esta empresa (que de lo demás que comencé á decir de mística teología, que creo se llama así), diré más adelante en estos principios está todo el mayor trabajo ; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes ; que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren peıder : y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte á que venga bien la comparación : servirá de dar recreación á vuestra merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora á mí, que he leído ú oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni á qué propósito; mas para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que co-

mienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas hierbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den de sí gran olor, para dar recreacion á este Señor nuestro, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.

De los que comienzan á tener oración podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho; que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oir, y aun ponerlo por obra las horas de la oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada. Aunque esto, primeros y postreros, todos lo han de hacer muchas veces, hay más y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio anda pena, que no acaban de entender que se arrepienten de los pecados ; y sí hacen, pues se determinan á servir á Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios; que sin éste, ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo; y aun plega á Dios lo quiera

tener, mas al menos no queda por nosotros, que ya vamos á sacarla y hacemos lo que podemos para regar estas flores. Y es Dios tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes : llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

¿Pues qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad y disgusto y desabor, y tan mala gana para venir á sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase á no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo que es echar muchas veces el caldero en el pozo y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá aun para esto no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran emperador, y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, sino á El, alábele mucho, que hace dél confianza, pues ve que sin pagarle nada tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, y piense que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar á Cristo caer con la cruz.

Tiempo vendrá que se lo pague por junto; no haya miedo que se pierda el trabajo : á buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire que también los representaba el demonio á san Jerónimo en el desierto : su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo, que para otros muchos trabajos del mundo: mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque es así cierto, que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá, me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras á la postre, estos tormentos y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros. Y para bien nuestro creo nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé, porque no nos acaezca lo que á Lucifer.

Hase de notar mucho, y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza á caminar con determinación, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mu-

cho, porque falten estos gustos y ternura, ó la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir más me parece á mí eso, que no dar nosotras nada. Para mujercitas, como yo, flaca y con poca fortaleza, me parece á mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos ; porque pueda sufrir algunos trabajos que ha querido su Majestad tenga. Mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace disgusto oirlos. No digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene; mas que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean que es falta, yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinacion, sino por otros; que habrá muchos, que lo ha que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio; que andarán afligidos, pareciéndoles no ha-

cen nada. En dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad y toma fuerzas, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar que no mira el Señor en estas cosas, que, aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son : ya sabe su Majestad nuestra miseria y bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en él y amarle. Esta determinación es la que quiere; estotro afligimiento que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado y tratado después á personas espirituales) que viene de indisposición corporal; que somos tan miserables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo : y las mudanzas de los tiempos y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción para ver cuándo es desto, y no la ahoguen á la pobre : entiendan son enfermos; múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama á Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped, como es este cuerpo. Dije con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento y

turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede : otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lección, aunque á veces aun no estará para esto : sirva entonces al cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él al alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, ó irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da á entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su mayor aprovechamiento. Así que torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija : si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado, comience á no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda también á llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados para cuando la haya sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPÍTULO XII

Lo que he pretendido dar á entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es,

decir hasta lo que podemos nosotros adquirir, y cómo en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnes algo; porque el pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos á compasión, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí. Y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo y su resurrección, muévenos á gozo, que ni es del todo espiritual ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas que causan devoción adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida merecer ni ganar, si no la da Dios. Estále muy bien á un alma que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella; y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse á hacer mucho por Dios, y despertar el amor; otros para ayudar á crecer las virtudes, conforme á lo que dice un libro llamado *Arte de servir á Dios* (1), que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejársele de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidades. Es excelente manera de aprovechar y muy en breve, y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía,

1. Por Fray alonso de Madrid, editado en 1526.

y se aprovechare mucho della, y de veras cobrare amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo dicho, sino agradecer al Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer á Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

Pues esto es lo que podemos; quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer ; porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad : y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados á Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no, va todo perdido. Y parece algún género de soberbia querer nosotros subir á más, pues Dios hace demasiado, según somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento á pensar cosas altas del cielo, ó de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruin que, aun para pensar cosas de la tierra, me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo) otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejer-

cicio, á mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados, que ha poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias, porque muchos fuesen espirituales.

CAPÍTULO XIII

HAME parecido decir algunas tentaciones, que he visto que se tienen á los principios (y algunas he tenido yo) y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese á los principios andar con alegría y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasión dónde suele ofender á Dios, que esto es muy necesario hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar. Que siempre, mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; mas hay muchas cosas adonde se sufre (como he dicho) tomar recreación, aun para tornar á la oración más fuertes. En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo, y poco á poco á ponerlo por obra, no

subieran á tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí : y no he visto ninguna destas que quede baja en este camino y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse á grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma da un vuelo, y llega á mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda.

Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice san Pablo, que todo se puede en Dios : en mi bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice san Augustín : Dame, Señor, lo que me mandas y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces que no había perdido nada san Pedro en arrojarse en la mar, aunque despues temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primer estado es menester irse más deteniendo, y atados á la discreción y parecer de maestro : mas han de mirar que sea tal, que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado á la hacienda : que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar

al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento, tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oración. Desto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios y tanto amor propio, que nos inquiete ese cuidado. Y es así, que donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como á otros cosas grandes y de mucho tomo; y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia, y vamos asidos á virtud : mas es paso de gallina, nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado. Y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

También se pueden imitar los santos en procurar soledad y silencio y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar, para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles. Cuando ve un poco de temor, no quiere él más para hacernos entender, que todo nos ha de matar y quitar la salud : hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no

hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo : — Poco va en que me muera : ¡ sí, el descanso ! ¡ no he ya menester descanso, sino cruz ! Así otras cosas. Ví claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio ó flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud. Así que va mucho á los principios de comenzar oración, á no amilanar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aun podría aprovechar decir estas mis faltas.

Da otra tentación, y todas van con celo de virtud (que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio que es sola pena de querer que no ofendan á Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar que es virtud y perfección y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan los pecados públicos, si los hubiese en costumbre, de una congregación, ó daños de la iglesia, de estas herejías, adonde vemos perder tantas almas; que ésta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar á Dios. Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros que he visto suceder fiando en la buena intencion, nunca acabaría. Pues

procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfección, se viene á ganar una gran virtud, que es tener á todos por mejores que nosotros, y comiénzase á ganar por aquí con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias), y suplicarle nos dé esta virtud, que con que las hagamos, no falta á nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa, y muchos conceptos, que, de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia hasta que el Señor les dé en que se ocupen y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento que los ayuda.

Quiérome declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y, si no se halla maestro, muy malas de entender; y esto hace, que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de oración sólo tocarlas, mi torpeza no da lugar á decir, y á dar á entender en pocas palabras, cosa que tanto importa declararla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima á los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando á lo que decía, ponémonos á pensar un paso de la Pasión (digamos el de cuando estaba el Señor á la columna), anda el entendimiento buscando las causas que allí dan á

entender los dolores grandes y pena que su Majestad tendría en aquella soledad y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; ó que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar y de mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve á otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la sagrada Pasión. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte : algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de dónde nos ha venido y viene todo el bien.

Ha menester aviso el que comienza, para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla ni dejarla á sí misma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta á maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí ; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo,

y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, á que no la dejaba salir de propio conocimiento, y teníala ya el Señor en oración de quietud, y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya menester muchas veces tornar á ser niño y á mamar (y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho), porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar; mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí? sino irnos á otras cosas, que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos; que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia : si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que á los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque

espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración : y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan á los que poco sabemos y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos : de devociones á bobas nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta de no me saber dar á entender, como he dicho, sino á costa de muchas palabras. Comienza una monja á tener oración; si un simple la gobierna y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca á él, que no á su superior, y sin malicia suya, sino pensando, acierta. Porque si no es de religión, parecerle ha es así; y si es mujer casada, diràla que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente á su marido : así que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á verdad; por faltarle á él la luz, no la da á los otros aunque quiera. Y aunque para esto no son menester letras, mi opinion ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si se puede, y mientras más mejor; y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son para quien la tiene : yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurando con la mayor necesidad, y siempre fuí amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para

mí que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

Mucho he salido de propósito de lo que comencé á decir; mas todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando á lo que decía, de pensar en Cristo á la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas no se canse siempre en andar á buscar esto, sino que se esté allí con él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocúpele en que mire que le mira, y le acompañe, y pida; humíllese y regálese con él, y acuérdese que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar la oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración : al menos hallóle mi alma. No sé si acierto á decirlo. Vuestra merced lo verá : plega al Señor acierte á contentarle siempre. Amén.

CAPITULO XIV

PUES ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuán á fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de

sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de con un torno y arcaduces sacase el hortelano más agua y á menos trabajo, y pudiese descansar sin estar continuo trabajando. Pues este modo aplicado á la oración que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza á recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello, por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno y trabajar con el entendimiento, y henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta, y así se trabaja muy menos que en sacarla del pozo : digo que está más cerca el agua, porque la gracia dase más claramente á conocer al alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera que sin saber cómo se cautiva, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡ Oh Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor ! Porque éste tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos.

Las otras dos potencias ayudan á la volutad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas, sino estése en su gozo y quietud. Porque si las quiere recoger, ella y ellas se perderán, que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño

del palomar sin trabajarlo ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen, á ver si les da la voluntad de lo que gozan. Si el Señor quiere echarles cebo, detiénense; y si no, tórnanle á buscar; y deben pensar que hacen á la voluntad provecho, y á las veces el querer la memoria ó imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas, como diré. Pues todo esto que pasa aquí, es con grandísimo consuelo y con tan poco trabajo, que no cansa la oración aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso á paso, y saca muy mucha más agua que no sacaba del pozo : las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

Este agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya este alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo las hace más crecer, y también llegar más cerca de la verdadera virtud, de dónde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad á comunicarse á esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego en llegando aquí á perder la codicia de la de acá, y pocas gracias, porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten á dar un cierra ojo y abre (1) deste con-

1. Hoy se dice un abrir y cerrar de ojos.

tentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adónde está este contento, porque nunca falta un sí, no : aquí todo es sí en aquel tiempo; el no viene después, por ver que se acabó, y que no los puede tornar á cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á penitencias y oración, y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda este alma que está su Majestad tan cerca de ella, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella misma con El, y no á voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así; mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da, y en la diferencia que, como he dicho, hay de este deleite y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo della esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo á entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar á entender qué es auxilio general ó particular, que hay muchos que lo ignoran : y como este particular quiere el

Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y también para muchas cosas, que irán erradas : mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada ; porque así de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo á poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar á entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza á hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo á mí, es gran tabajo, si no hay quien le entiende, y esle gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado déstos ; porque he yo pasado mucho, y perdido harto tiempo por no saber qué hacer; y he gran lástima á almas que se ven solas cuando llegan aquí : porque, aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco : y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho tendrá harto que hacer en entenderse.

Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan á ser sobrenaturales, para que se entienda por los efectos cuándo es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme á lo que acá se pueda entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz : y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es

menester llegar muy en la cumbre de la oración. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad, y con otras hartas ocupaciones, como estoy en casa que ahora se comienza, como despues se verá, y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino á pocos á pocos, y esto quisiérale, porque cuando el Señor da espíritu pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor ; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algaravía, á manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo estar en ella, porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir : esto me acaece muchas veces. Ahora tornemos á nuestra huerta ó verjel, y veamos cómo comienzan estos árboles á impregnarse para florecer, y dar después fruto ; y las flores y los claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado á servir á su Majestad, digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida), me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, á lo que parecía, á querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el

alma, que no hay memoria deste huerto; todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regalarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestro nada, y aun menos que nada. Gánase aquí humildad, tornan de nuevo á crecer las flores.

CAPÍTULO XV

Ahora tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele, como no ha llegado á más, que no le queda qué desear, y que de buena gana diría con san Pedro, que fuese allí su morada. No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer á sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud, no faltan las po-

tencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, antes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria; porque aunque ella aun no está de todo punto engolfada, está tan bién ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

Plega á su Majestad me dé gracia para que yo dé esto á entender bien, porque hay muchas almas que llegan á este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa: á buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced que llegue á este punto, no creo cesaría de hacer muchas más, si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna atrás: yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas á mi parecer, ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y así ruego yo por amor del Señor á las almas á quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen á este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presun-

ción, para no tornar á las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad y ruin y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornan á la oración han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender á Dios, y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos quien ha comenzado á recibir estas mercedes : mas somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse, y crea, crea, que si de ésta se aparta, que lleva á mi parecer peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.

Es pues esta oración una centellica, que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud y recogimiento y centellica, sí es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio ó procurado por nosotros; aunque á quien tiene experiencia, es imposible no entender luego que no es cosa que se puede adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, mas quédase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar á hacer arder el fuego, para alcanzar este gusto no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeñita que es, hace

mucho ruido, y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza á encender el gran fuego que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal ó prenda que da Dios á est alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas : es gran dón, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos; y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho, teman y hayan miedo no se hagan á sí mal, y plega á Dios sea á sí solos.

Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido : llamo ruido andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones, para dar gracias deste beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias á mí me cansan á ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y

cordura, entienda que no se negocia bien con Dios á fuerza de brazos; y que éstos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo y con humildad diga : Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? O palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer que es verdad lo que dice ; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza ó trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado) no acierta : más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced y recogida como sabia abeja, porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas á otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel. Así que perderá mucho el alma si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza á ordenar pláticas y buscar razones, en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo.

La razón que aquí ha de haber es entender claro que no hay ninguna para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir á su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oiga. Es oración que comprende mucho y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad al-

gunas razones, que de la misma razón se representarán, de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento á que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (ya menos serán que pajas, si las ponemos nosotros) y más le ayudan á encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, á nuestro parecer, que en un credo la ahogaran. Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, antes y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay dellas, á mi parecer, si no es para entibiar la voluntad, porque el entendimiento está entonces de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo con ser la que soy, parezco otra. Y es así, que me ha acaecido, estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio, no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos, si hubiesen de predicar á enseñar, que entonces bien es de ayudarse de aquel bien para ayudar á los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios.

Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso : quédense las letras á un cabo, tiempo vendrá que aprovechen al

Señor, y las tengan en tanto que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir á su Majestad, porque ayudan mucho; más delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos. También se mueve el entendimiento á dar gracias muy compuestas, mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, ó pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese á mi parecer, cuando es espíritu de Dios, ó procurado de nosotros, con comienzo de devición que da Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros á esta quietud de la voluntad : entonces no hace efecto ninguno : acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada paréceme lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace él de Dios; no deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad.

Puede hacer aquí poco daño ó ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente

á Dios, y pone en él sus pensamientos y deseos, como queda avisado : no puede ganar nada el demonio, antes permitirá Dios, que con el mismo deleite que causa en el alma pierda mucho; porque éste ayudará á que el alma, como piensa que es Dios, venga muchas veces á la oración con codicia dél ; y si es alma humilde y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales) sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino ponerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oración, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose á desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas á sólo ayudar á llevar la cruz á Cristo, como buenos caballeros que sin sueldo quieren servir á su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

CAPÍTULO XVI

VENGAMOS ahora á hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río ó de fuente, que se riega muy á menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de manera que casi él es el hortelano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia á la garganta á esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás : querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir : no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer ; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni se ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es

deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así, que ha que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco, y aun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y así tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco, ó no nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia. Creo, que por la humildad que vuestra merced ha tenido en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque, en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada : querría dar voces en alabanzas el alma, y

está que no cabe en sí: un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor. Aquí querría el alma que todos la viesen, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen á ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que quería llamar ó llamaba ó sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y contaba con el arpa, en alabanzas de Dios. De este glorioso rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

¡Oh, válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona, que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba se quejaba della á su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma viene de otra parte la fortaleza. ¿Mas qué sentirá de tornar á tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar á los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere

en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre, Señor, alabemos todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad dél. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis vos. Querría ya este alma verse libre : el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra ; y no se querría jamás ver libre della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morirse : no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio ; no sabe qué desee, mas bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos.

¡Oh hijo mío! (que es tan humilde, que así se quiere nombrar á quien va esto dirigido y me lo

mandó escribir) (1) sean sólo para vos las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste á no me sacar della, cuando me saca el Señor de mí; ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué : parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico á vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron : pues dice vuestra merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuestra merced, padre mío, pues es mi confesor y á quien he fiado mi alma ; desengáñeme con verdad que se usan muy poco estas verdades.

CAPITULO XVII

Razonablemente está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, ó por mejor decir hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue : sólo

1. ¡Hijo mío! Así llama á su confesor. El Padre Báñez, ilustre desconocido á quien á falta de mejores méritos sobraba osadía, tuvo la de corregir el original de Santa Teresa, no en pruebas, sino en las mismas cuartillas, donde puso *padre,* en vez de hijo : cambio que á nosotros nos parece intolerable.

consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza y se ha de ofrecer á todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo; ¡y qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien, como á vuestra merced se dijo, dejarse del todo en los brazos de Dios; si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también: haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mísmo, dada que en tan alta oración como ésta (que cuando la está del todo al Señor; descuídese del todo. Digo, da Dios al alma, puede hacer todo esto y mucho más, que éstos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento; sólo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar á oler las flores. Que en una llegada déstas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta hasta que él está tan fuerte con lo que ha comido della, que no se le vaya en gastaduras y no dándole nada de provecho ni pagándosela á quien la diere,

sino que los mantenga y dé de comer á su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

En fin es que las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores que quiere el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

Paréceme este modo de oración, unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces, estando unida la voluntad (para que vea vuestra merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere ; al menos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí) entiéndese, que está la voluntad atada y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y están por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma, que no

se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María: en esta oración puede también ser Marta. Así que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan á su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entieden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad, ó desocupación de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que no á todo manjar arrostraría; mas no tan harta, que si los ve buenos deje de comer de buena gana: así no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él: esto es lo que quiere.

Hay otra manera de unión, que aun no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho desta tercer agua. Gustará vuestra merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito, y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y dar á entender cómo es; y aunque no parece es menester más

de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa, é ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los piés todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene y quien no, porque la dió su Majestad á alguno de los que viven, para que nos aprovechase á nosotros. Ahora pues acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced de esta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto que no sabe hacia dónde mirar : uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser, y ella, como se ve sola, es para alabar á Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo : á mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunos veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse á sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó á no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece á veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria), que veo deshacerse mi alma, por verse junta adonde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria é imaginación, que no la dejan valer; y como faltan

las otras potencias, no valen, aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un sér; como el entendimiento no le ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino destas mariposítas de las noches, importunas y desasosegadas : así anda de un cabo á otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación, porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna á los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios á entender, que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Represéntase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios ; pues ésta que queda suelta tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

En todas estas maneras, que desta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa del cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, á mi parecer, lo más que acá se puede dar á entender. Trátelo vuestra merced con persona espiritual que haya llegado aquí y tenga letras : si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya

dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo, amén.

CAPÍTULO XVIII

El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua; bien es menester su favor, aun más que para la pasada; porque en ella aun siente el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar á entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en éstas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza : entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar á entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de

su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede ya no es unión. El cómo es ésta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar á entender : en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma ó espíritu tampoco : todo me parece una cosa ; bien que el alma alguna vez sale de sí misma á manera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuestras mercedes lo entenderán, que yo no lo sé más decir con sus letras.

Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una. ¡ Oh Señor mío, qué bueno sois ! Bendito seáis para siempre ; alabemos, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis de manera que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aun en este destierro tenéis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad : en fin, vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡ Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras ! Espanta á quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¿ Pues que hagáis á almas que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas? Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando llego á pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿ Dónde

ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer (que estando en ellas, ya he dicho que no hay poder hacer nada) decir : Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Creador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No pongáis tesoro semejante adonde aun no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della, á tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece, que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa (1). No soléis vos, Señor, hacer semejantes

1. Toda esta cláusula es una de las más hermosas y apasionadas de la Santa, al par que de las más correctas. Toda su mística exaltación se pone en ella de manifiesto.

grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os los suplico y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis vos á quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necedad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

También pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, ó si es parte para llegar á tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu ó juntamiento con el amor celestial; que, á mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, ó lo parezca; mas un fuego pequeño tan bien es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á lo otro. En un fuego pequeño, primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su sér al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere lle-

gado á arrobamientos lo entenderá bien : si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar á entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que después de obedecer es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho; y es así, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, mas que hablar en griego, que así es ello dificultoso; con esto lo dejé y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece á los ignorantes. ¡ Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes ! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo, está claro, es del piélago de los males, que soy yo : y así digo, que si hubiere personas que hayan llegado á las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

Ahora hablando desta agua, que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando

la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano ; y á no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas : ya se ve qué deleite tuviera; mas, mientras vivimos, es imposible. Siempre ha de haber cuidado de, cuando faltare un agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que á los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descanse : como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida; ¡ y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber !

CAPITULO XIX

Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas : hállase bañada dellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró ; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer : parece esto algaravía, y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía

si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua, (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), veía que no había sido sueño; esto era á los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad : está muy más aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque en pieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida); ve su miseria : va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece que aunque no quiso le cerraron la puerta á todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor. Quédase sola con El, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye, si no fuese á fuerza de brazos : poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria ; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que

así hacéis de picina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. ¡ Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil !

Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma : puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar á repartir della y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa : querríanle ayudar á comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto), y si está mullida, con ir muy desasida de propio interés, el agua se embebe tanto que casi nunca se seca; mas si es tierra que aun se está en la tierra, y con tantas espinas como yo al principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna á querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció á mí algunas veces; que, cierto, yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí no lo pudiera creer. Escríbolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios : aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el

Señor aquí, caigan, no desmayen, si no se quieren perder del todo; que lágrimas todo lo ganan : un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, á obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servile, sino ofenderle, ha sido ésta; que, cierto, yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto : al Señor suplico su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oración, con decir : — Si torno á ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della. Yo lo creo si se deja la oración, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará á puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que, (como ya he dicho) la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no me fuera más, ni fué, que meterme yo misma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡ Oh, válgame Dios, qué ceguedad tan grande ! ¡ Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano ! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida, y que todas las caídas que le hace dar, le ayudan por la bondad de Dios á dar después mayor salto en lo que es su servicio; algo le va en ello.

¡ Oh Jesús mío ! ¡ qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornáis á dar la mano y la levantáis ! ¡ cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria ! Aquí es

el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas ; aquí el no osar alzar los ojos, aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe ; aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque ; aquí invoca los santos que cayeron después de haberlos vos llamado, para que le ayuden ; aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa, el acudir á los sacramentos, la fe viva que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso, el alabaros porque dejasteis tal medicina y ungüento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase desto, ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, á traición tan fea y abominable? que no sé cómo no se me parte el corazón, cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones; siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habéishecho. Ponedlas vos, Señior mío, valor ; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentación en echar juicios (como me la ha dado á mí) pensando, ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no les hacéis las mercedes que á mí? Bien veo yo, bien mío, que les guardáis vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven

sin ello, y los tratáis como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabéis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando á las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníais por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar; que en haciendo yo esto comenzasteis, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperabais otra cosa, sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzasteis á no sólo darlos, sino á querer entendiesen me los dabais.

Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinión de la que todos aun no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe, y á mi parecer con mucha causa ; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos á vos, miraseis la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aun á cumplir toda mi regla, ni á las muy buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran sólo monjas, sino otras personas : descubríanme verdades, porque lo primitíais vos.

Una vez rezando las horas, como algunas tenía

esta tentación, llegué al verso que dice, *justus es Domine, y tus juicios:* comencé á pensar cuán gran verdad era. Que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase tenéis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe : antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía ; y me daba devoción grande : en ser todopoderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hicierais vos ; y en esto, como digo, jamás tenía duda. Pues pensando cómo con justicia primitíais á muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíais á mí, siendo la que era; respondísteisme, Señor : — Sírveme tú á mí, y no te metas en eso. Fué la primera palabra que entendí hablarme vos, y así me espantó mucho ; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas : no lo digo aquí, que es salir de propósito ; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho; no puede ser menos, sino que ha vuestra merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

Plega al Señor que siempre sean ésos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad tenga yo poder para ser contra él un punto : antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A san Pedro una vez que lo fué, á mí muchas, que con razón me tentaba el demonio no pretendiese amistad

estrecha, con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en vos? ¡Qué disparate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartame de estar arrimada á la columna y báculo que me ha de sustentar, para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso, como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo, recibido tantas mercedes, había de llegarme á la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas; mas que aun pues esto no hacía bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, mas ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seáis vos, Señor, que así me remediasteis. Principio de la tentación que hacía á Judas, me parece esta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto; mas él viniera de poco en poco á dar conmigo, adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vid: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco: cómo pudo pasar mi espanto; era con esperanza, que nunca yo pensaba (á lo que ahora me

acuerdo, porque debe haber desto más de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar á la oración, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno; pues teniendo oración y lección, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, é importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin que no me podía valer. Apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, (y osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó de este sueño: él me hizo, como creo he dicho (1), comulgar de quince á quince días, y del mal no tanto; comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor. Mas como no había perdido el camino, aunque poco á poco cayendo y levantando iba por él, y el que no deja de andar é ir adelante, aunque tarde llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien Él es.

1. En el cap. 7°.

CAPITULO XX

QUERRÍA saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión á arrobamiento, ó elevamiento, ó vuelo que llaman de espíritu, ó arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis. Es grande la ventaja que hace á la unión; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones : porque la uníon parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; mas así como estotros fines son en más alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

Consideremos ahora que esta agua postrera que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra y levántala toda della; y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiénzale á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la compara-

ción cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural : vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay : aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, ó este águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde ; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios; y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriesgarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir adónde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada : otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adónde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; por-

que me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores ; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido; verdad es que ha poco.

Es así que me parecía, cuando quería resistir que desde debajo de los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho mas ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. Los que esto hace son grandes : lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y como no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores dello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes

son dadas dél, y que de nosotros no podemos en nada, nada; é imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido : al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluza los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Esto envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es : paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque, ya que estén, cuanto al espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mismo cuerpo lo ponga por obra ; y hácese una estrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena, que ni la podemos traer á nosotros ni venida se puede quitar.

Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré : mas diré algo si supiere. Y hase de notar que estas cosas son ahora muy á la postre, después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, adonde el Señor me daba tan grandes gustos

y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir, porque aunque adelante diré de estos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen más que ver, á mi parecer, que una cosa muy corporal á una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo: entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en ésta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimo Dios, á veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá ni entenderá si no quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

Con esta comunicación crece el deseo y el ex-

tremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el alma se estaba puesta en aquel lesierto, que al pié de la letra me parece se puede entonces decir (y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como á santo se la daría el Señor á sentir en mas excesiva manera) : *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí misma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando á sí misma : ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar, que el romance destos versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor á la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice san Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como he dicho una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, á mi parecer,- la gran pena algunas

veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo á qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino á su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni á mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias : como en la unión y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.

Estando yo á los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad me asegura) me dijo que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra ó purifica, como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo era gran merced, mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor que tan bueno es, amén. Parece que he salido de propósito, porque comencé á decir de arrobamientos, y esto que he dicho, aun es

más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

Ahora tornemos á arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo, que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los piés en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto á lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido dél (digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer); mas, como dije en la oración de unión pasada, este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

Diráme vuestra merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es que, como dije en la oración pasada, gózase con intervalos, muchas veces se engolfa el alma ó la engolfa el Señor en

sí, por mejor decir, y teniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme, es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque esté tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos; y así hace que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

Aquí pues es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias á juntar, no haya tanto que hacer. Por eso, á quien el Señor diere esto, no se desconsuele, cuando se vea así atado el cuerpo muchas horas, y á veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios ó en querer comprender ó entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aun no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aun en este lugar, personas á quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en

arrobamiento, en especial si no son letrados; y lastima lo que se padece con los confesores, que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo : vuestra merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear : todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día ó dos y aun tres, tan absortas las potencias, ó como embobecidas, que no parece andan en sí.

Aquí es la pena de haber de tornar á vivir, aquí le nacieron las alas para bien volar : ya se le ha caído el pelo malo. Aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcaide desta fortaleza se sube, ó le suben á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo como quien está en salvo, ya no teme los peligros, antes los desea; como á quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, sino hacer la de Nuestro Señor, y así se lo suplica:

dale las llaves de su voluntad. Héle aquí el hortelano hecho alcaide, no quiere hacer cosa, sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme á su gloria y á su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho ; y si no son éstos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice san Vicente. Esto entiendo yo, y he visto por experiencia quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho que cada rapto de estos trae. No hay quien lo crea, si no ha pasado por ello; y así no creen á la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco al Señor, sino en lo más que ella puede. Piensan es tentación y disparate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, á quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí que un alma que llega á este estado, que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer tiene cuidado este soberano rey. ¡Oh, válgame Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la tendrán todos, de pedir alas de paloma ! Entiéndese claro es vuelo

el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mismo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer, que era honra lo que el mundo llama honra: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas veo que este bien se gana con dejarlo todo.

¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? ¿Ó para qué la queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfagos! ¡Con qué amistad se tratarían todos, si faltase interés de honra y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

Ve de los deleites tan gran ceguedad, y como con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no sólo

las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya por pequeño que sea, porque el sol está muy claro : y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy clara, y si da en él, vése que está toda llena de motas. Al pié de la letra es esta comparación : antes de estar el alma en este éxtasis, parécele que trae cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus fuerzas hace lo que puede ; mas llegada aquí, que le da este sol de justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar á cerrar. Porque aun no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdase del verso que dice : ¿Quién será justo delante de tí? Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad ; como se mira á sí el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita : así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada á las manos; todo el bien que tiene, va guiado á Dios : si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y aunque quiera no puede ignorarlo, porque lo ve por vista de ojos; mal que le pese, se los hacen cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades

CAPITULO XXI

PUES acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento desta alma : ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabedor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces : cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís á entender que todo es mentira. No hay ya quien viva en tanto tráfago, en especial si hay algún poco de interés. Bienaventurada alma, que la trae el Señor á entender verdades. ¡ Oh, qué estado éste para los reyes ! ¡ Cómo les valdría mucho más procurarlo, que no gran señorío ! ¡ Qué rectitud habría el reino ! ¡ Qué de males se excusarían, y habrían excusado ! Aquí no se teme perder vida ni honra por amor de Dios. ¡ Qué gran bien éste para quien está más obligado á mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes á quien sigan ! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo á los herejes, perderían mil reinos, y con razón: otro ganar es un reino que no se acaba, que con sólo una gota que gusta un alma deste agua, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡ Oh Señor ! si me dierais estado para decir á voces esto, no me creyeran (como hacen

á muchos que lo saben decir de otra suerte que yo), mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar á entender una sola verdad destas, no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí : con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto á los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome á vos, Señor mío, á pediros remedio para todo ; y bien sabéis vos, que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría á los reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡ Oh Dios mío ! dales á entender á lo que están obligados ; pues los quisisteis vos señalar en la tierra de manera que aun he oído decir hay señales en el cielo, cuando lleváis á alguno ; que, cierto, cuando pienso esto, me hace devoción, que queráis vos, Rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida; pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristeis vos, en su muerte. Mucho me atrevo; rómpalo vuestra merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia, si pudiese ó pensase me han de creer, porque los encomiendo á Dios mucho, y querría me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio, aventurar á ganar mucho; porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos, y la ceguedad que traemos.

Llegada un alma aquí, no es sólo deseos lo que

tiene por Dios : su Majestad le da fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve, á que no se abalance, y no hace nada, porque, como digo, ve claro que no es todo nada, sino contentar á Dios. El trabajo es que no hay qué se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos, Bien mío, servido; venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo. Ordenad vos, Señor, como fuereis servido, cómo esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras, y han hecho cosas heroicas por amor de vos; yo no soy par más de parlar, y así no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras : todo se va en palabras y deseos, cuanto he de servir, y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced vos mi alma, y disponedla primero bien de todos los bienes, y, Jesús mío, ordenad luego modos cómo haga algo por vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada : cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de vos tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad : todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada á vos, subida en esta atalaya, adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré ; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era el infierno.

Pues dicho ya estos efectos he que hacen los arrobamientos, que son de espíritu de Dios. Verdad es que hay más ó menos : digo menos, porque á

los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y también va creciendo la perfección y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rapto destos, que quede poco que trabajar al alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra que á esto llegue, á mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años, por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios y medios, no llegarán á la perfección y desasimiento mucho con hartos trabajos, mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra, y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que había en la mía, que no lo puedo más encarecer, porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y como quiere hácelo, y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Así que no todas veces los da, porque se lo han merecido en granjear bien el huerto, aunque es muy cierto á quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regalarle, sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra, que es más ruin, como tengo dicho, y disponerla para todo bien;

de manera que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar á vivir en las ofensas de Dios que solía.

Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños. Ríese entre sí algunas veces cuando ve á personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los piés. Dicen que es discreción y autoridad de su estado, para más aprovechar : sabe ella muy bien que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Así vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento : cuando parece á los que las tratan están muy en la cumbre, desde á poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya á cargo, y así le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que no le ofenda, y favoreciendo y despertando, para que le sirva. En llegando mi alma á que Dios le hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones, y con gente que me solía distraer, que si nó, estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar : todo me era medios para conocer más á Dios y amarle, y ver lo que le debía y pesarme de la que había sido.

Plega á su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que

esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven, ¿qué será en la otra?

CAPÍTULO XXII

Una cosa quiero decir, á mí parecer importante, que si á vuestra merced le parece bien servirá de aviso, que podría ser haberle menester; porque en algunos libros que están escritos de oración, tratan que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado, porque es todo obra sobrenatural, que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea y que se alleguen á contemplar en la divinidad; porque dicen, que aunque sea la humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ó impide á la más perfecta contemplación. Traen lo que dijo el Señor á los apostóles, cuando la venida del Espíritu Santo (digo cuando subió á los cielos), para este propósito. Paréceme á mí, que si tuvieran la fe, como la tuvieron después que vino el Espíritu Santo,

de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar ó impedir; y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no los contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios las almas, como ha llevado la mía; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entremeto) en el peligro en que me ví, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo, que quien llegare á tener unión, y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes que hace Dios á las almas) que tendrá lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado á lo que ahora; porque á mi parecer es engaño: ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y después entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad par experiencia me lo daba á entender, ni sabía lo que hacía) en comenzado á tener algo

de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento. Mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es así, y procuraba estarme recogida con El; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho : y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quién me hiciese tornar á la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡ Oh Señor de mi alma, y bien mío Jesucristo crucificado ! no me acuerdo vez desta opinión que tuve, que no me da pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya á la postre; digo á la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y así siempre tornaba á mi costumbre de holgarme con este Señor. En especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato é imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíais de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí todos los bienes, sino de vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia; y así quisisteis vos, por vuestra bondad, remediarla, con darme quien me sacase deste yerro ; y después con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande

era, y que lo dijese á muchas personas que lo he dicho, y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar á muy gran libertad de espíritu, cuando llegan á tener oración de unión, es por esto.

Así que vuestra merced, Señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación : por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará ; mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestras dello en las llagas. San Antonio de Padua en el Niño. San Bernardo se deleitaba en la Humanidad, Santa Catalina de Sena, y otros muchos, que vuestra merced sabrá mejor que yo. Esto de apartase de lo corpóreo bueno debe de ser cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas á mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro se ha de buscar el Creador por las criaturas. Todo es como la merced que el Señor hace á cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querría dar á entender, es que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima humanidad de

Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modo de oración que quedan dichos hemos visto) claro está que, aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya enhorabuena : dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entonces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera también gozar, si no fuera perdiéndose á sí, para, como digo, más ganarse. Mas que nosotros, de maña, y con cuidado, nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima Humanidad, esto digo que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano ; que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero, ya comencé á decir, es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse con mediar cosa tan preciosa, y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer ; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo: querernos hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, ó ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo: porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vendrán que ni lo uno ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazados con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, solo le dejaron en los trabajos; no le dejemos nosotros, que para más subir, él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

Mucho contenta á Dios ver un alma que con humildad pone por tercero á su hijo, y le ama tanto que, aun queriendo su Majestad subirle á muy gran contemplación, como tengo dicho, se conoce por indigno, diciendo con san Pedro: Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado: deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es que todo este cimiento

de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba darme su Majestad á entender cosas para ayudarme á conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto á caer ; y he miedo que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oración, que los de la tierra ya están dejados, sino consolación en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos; y estar en ellos y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud y la pena que algunas personas que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure y estén con cuidado delante de Dios ; mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento, como otra vez he dicho, que no se maten : siervos sin provecho somos; ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios. Si su Majes-

tad nos quiere subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no, servir en oficios bajos y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí, quien tiene ya dada toda su voluntad á Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí que en el primer grado de la oración, y mucho más daña : son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce á cantar no se le hace buena ; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar dos voces : pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los piés de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera ; imite á la Magdalena : que des que estuviere fuerte, Dios la lleverá al desierto.

CAPÍTULO XXIII

QUIERO ahora tornar adonde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva : la de hasta aquí era mía, la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oración : es que vivía Dios en mí, á lo que

me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones, y á darme más á la oración, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad á darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer, y á pensar si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno suspender el entendimiento, para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía á mí mayor pérdida, como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz, para que no le ofendiese ya y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar; y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de sólo saber el modo que llevan de vida y oración, mas no me hallaba digna de hablarles,

ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer ; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que veía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡ Qué engaño tan grande, válgame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien ! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no había término para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como cuando dejé la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oración, parecióme que en esto habría algún gran bien, ó grandísimo mal : porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir : tenerlo cuando yo quería era excusado. Pensé en mí que no tenía remedio, si no procuraba tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales ; porque, siendo espíritu de Dios.

clara estaba la ganancia : si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunod días, ví que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección á solas, por algunas aficiones que tenía á cosas que, aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

Dijéronme de un clérigo letrado (1) que había en este lugar, que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida, y yo procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar. Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar : mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande á los que trata : todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos. Pues este bendito y santo hombre, con

1. Gaspar Daza, que había fundado una congregación de sacerdotes para procurar la salvación de las almas en la diócesis de Avila y fuera de ella, de cuyos clérigos se hizo cargo luego al padre Baltazar Alvarez, de la Compañía de Jesús, para que los dirigiese.

su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber, á lo que creo, poco menos de cuarenta años que tiene oración (no sé si son dos, ó tres menos), y que lleva toda la vida de perfección, que á lo que parece sufre su estado ; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde; en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo, la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese á hablarme este clérigo que digo, tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme, y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, díle parte de mi alma y oración, que confesarme no quiso : dijo que era muy ocupado, y era así. Comenzó con determinación santa á llevarme como á fuerte (que de razón había de estar según la oración vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo como ví su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligíme, y como ví que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado. En fin entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar : porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios

estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque de la aflicción que me daba, de ver cómo yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar á llegar almas á Dios, cómo no fué servido entendiese la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

De esta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzóme á visitar y á animarme, y á decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco á poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había él estado algunos años, que no las había podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas que á él le parecía que lo eran, con su humildad para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mío era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, é importan tanto para comenzar á aprovechar un alma, y sacarla á volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creerá nadie, sino quien ha

pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuestra merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción, poco á poco, dando maneras para vencer el demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veía.

Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba) y como le dije las mercedes que Dios me hacía, para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas : que no podía dejar de temer mucho; porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba ; mas que pensase bien todo lo que entendía de mi oración, y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, ha poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fué grande mi aflicción y lágrimas : porque cierto yo deseaba contentar á Dios, y no me podía persuadir á que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabría decir la oracion que tenía, hallé en uno que se llama *Subida*

del monte (1), en lo que toca á unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada; que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración. Señalé con unas rayas la parte que eran, y díle el libro para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que había de hacer; y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener: aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración. Así que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que á cualquiera parte que vaya dél, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande éste, y de éstos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir á mucho mal, diciéndoles muy claro es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo no

1. Que se cree fué escrito por fray Bernardino de Laredo, fraile menor.

lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño; que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas, pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas, como eran personas á quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame á mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa á personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho á mí; que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa. Con el gran mal de corazón que tenía espántome cómo no me hizo mucho mal.

Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, mas bien dí á entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino á mí, y díjome, que á todo su parecer de entrambos era demonio. Que lo que me convenía, era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vendría; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la con-

fesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quién me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me le puso en las manos, que decía san Pablo (1) : que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome, que como vi después que lo escribí tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera no lo dijesen á nadie. Aprovechóme poco, que acertó á estar á la puerta cuando me llamaron quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡ qué de embarazos pone el demonio y qué de temores, á quien se quiere llegar á Dios !

Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era

1. *Fidelis autem Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* (Ep. I *ad Corint.* 10-XIII.)

harto y bien avisado (1), toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación : y era así, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo), que tendría mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión : llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer

1. El padre Juan de Padranos, á quien san Francisco de Borja envió á Avila, en 1855, con el P. Fernando Alvarez del Aguila.

á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destos benditos hombres de la Compañía de Jesús; aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

CAPÍTULO XXIV

Quedó mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que no me dispusiera; y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo : y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no apremio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa : y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía, que para darme regalos en la oración era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir : despues vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba diver-

tirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir : y así era. Yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacer mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese que no era más en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad : comenzóse á asentar la oración, como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia me la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase, de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera que, si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

En este tiempo vino el padre Francisco (1), que era duque de Gandía, y había algunas años que, dejándolo todo, había entrado en la Compañía de

1. San Francisco de Borja, que fué á Avila en 1557.

Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino á mí, para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios; que como quien había mucho dejado por El, aun en esta vida le pagaba. Pues, después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más : que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle á su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia : dijo, que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero también : holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba, y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

CAPITULO XXV

Paréceme será bien declarar, cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente, para que vuestra merced lo entienda; porque, desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen;

y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oir, podemos tapar los oídos, ó advertir otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecho.

Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco ó ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno ó cuando es malo; ó como puede también ser aprehensión del mismo entendimiento, que podría acaecer, ó hablar el mismo espíritu á sí mismo : esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decían dos y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira; y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

Paréceme á mí que podría una persona, estando encomendando una cosa á Dios con grande afecto y aprensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará ó no, y es muy posible ; aunque á quien

ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia. Y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática, ó escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos : en estotro no hay término. Y otra señal, más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor, es palabras y obras : y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, á la primera dispone un alma y la habilita y enternece, y da luz y regala y aquieta ; y si estaba con sequedad ó alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se le quita; y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos ú oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago mas de oir sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido : estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice : y acaece ser á tiempos, que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría á concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias que le dicen, que ella, aun estando muy recogida, no pudiera

alcanzar, y á la primera palabra, como digo, la mudan toda : en especial, si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido á la memoria, aun antes? ¿Cómo vendrán entonces, que no obra casi, y la imaginación está como embobada?

Entiéndase, que cuando se ven visiones, ó se entienden estas palabras, á mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo en la segunda agua) del todo se pierden todas las potencias, y á mi parecer, allí ni se puede ver ni entender ni oir. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera que, aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efecto hace, ni el alma lo admite : porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos á una persona muy santa, ó letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir ; y aun es baja comparación ; porque traen algunas veces una majestad consigo estas

palabras, que sin acordanos quién las dice, si son de reprehensión hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar. Y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

Así, que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella misma de advertencia no se quiere engañar. Acaecídome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible) y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Estotro es como obra, que aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo que se pierda la memoria, de que en fin se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, ó son palabras de favor ó doctrina; mas de profecía no hay olvidarse, á mi parecer, al menos á mí, aunque tengo poca memoria. Y torno á decir, que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiede no siendo así : mas dejar de ver claro que ella lo ordena, y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en ese engaño, y parecerle que en-

tiende, aunque yo no sé cómo. Ó esta alma lo quiere entender, ó no : si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores, y otras muchas causas que hay, para tener deseo de estar quieta en su oración, sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio el entendimiento, que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mismo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere experiencia, verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo á Dios, porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración nos podría parecer entendemos : mas en estotro no es así, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme, que quien quisiese engañar á los otros diciendo que entiende de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir que lo oye con los oídos corporales : y es así cierto con verdad, que jamás pensé había otra manera de oir ni entender, hasta que lo ví por mí; y así como he dicho, me cuesta harto trabajo.

Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos ó tres veces, y he sido luego avisada del Señor como era demonio. Dejando la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma,

á manera de otras muchas veces, que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu á otro. El gusto y deleite que él da, á mi parecer, es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos á quien no tuviere, ó hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu ó malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso; porque cuando á personas que no están más adelante en oración que hasta esto, fácilmente podrían ser engañados si tuviesen visiones ó revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fué la primera vez que dije, que ha muchos años, que vi á Cristo, que pluguiera á su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma que de ninguna

cosa se fía de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto della morirá mil muertes : y con este amor á la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, ó detenerse en decir : pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía á los santos (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience á tentar, por primer movimiento, que detenerse en ello, ya se ve que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vendrán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor á quien da estas cosas, que le parece desmenuzaría los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña) digo, que si no viene en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devoción, ó visión, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luego el daño, poco á poco podría hacerse grande, que á lo que yo veo, y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme á la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece tendría en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga : porque entones no es menester andar á buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan

clara esta señal, para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes y huyen del alma, según queda desabrida y alborotada, y sin ningún efecto bueno : porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme, que quien tiene experiencia del buen espíritu lo entenderá.

Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer, é ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada; y con esto ningún daño puede venir, aunque á mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez, que se habían juntado muchos á quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese, que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba á otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada : yo tambien traía grandísimo temor, cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco ó seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan á menudo, y que procurarse distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en estremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de

día muchas veces. Y como ví que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, diome grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida, sin comparación, que yo, y letrados, que ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme á esto debían de decir verdad. Fuíme de la Iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí : unos me parecía burlaban de mí, cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio : sólo el confesor, que, aunque conformaba con ellos (por probarme,según después supe), siempre me consolaba, y me decía, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho á Dios ; y él y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas : y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era continuo pedirlo al Señor.

A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido; y, aunque me pasaba, lo había de oir. Pues estándome sola, sin tener una persona con

quien descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación, y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me ví algunas, y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto estremo) estuve así cuatro ó cinco horas, que consuelo, ni del cielo ni de la tierra no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡ Oh Señor mío, cómo sois vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren ! ¡ Alabemos todas las cosas, Señor del mundo ! ¡ Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos ! Todas las cosas faltan : vos Señor de todas ellas nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer á quien os ama. ¡ Oh Señor mío, qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar ! ¡ Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie, sino á vos ! Parece, Señor, que probáis con rigor á quien os ama, para que en el estremo del trabajo se entienda el mayor estremo de vuestro amor. ¡ Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma ! Fáltame todo, Señor mío, mas si vos no me desamparáis, no os faltaré yo á vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis á quien en solo vos confía ! Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado á tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban

para quitármela, y quietarme del todo. — *No hayas miedo hija, que Yo soy, y no te desampararé : no temas.*

Paréceme á mí, según estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme á que me sosegase, y que no bastara nadie : héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor, y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh válgame, Dios, y cómo fortalece la fe, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos que estuviesen quedos en la mar, cuando se levantó la tempestad; y así decía yo — ¿Quién es éste, que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran obscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves, donde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeció pensar, ¿de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir á este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento ni descanso ni otro bien, sino hacer su voluntad, que desto bien cierta estaba, á mi parecer, que lo pödía afirmar. Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á

mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me ví otra en breve tiempo, que no temería tomarme con ellos á brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera á todos; y así dije : — Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

Es sin duda, que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener, hasta hoy : porque, aunque algunas veces los veía, como diré después, no les he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más dellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino á quien ven que se les rinde, ó cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tiente y atormenten. Pluguiese á su Majestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello así. Que espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites; que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán : porque con nuestras mismas armas les

hacemos que peleen contra nosotras, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él destas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve obscurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las de este mundo cosa de juego de niño, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese á luchar con él una y muchas veces.

Plega al Señor, que no sea yo destos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa (1) para todos los demonios, que ellos me temerán á mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos, que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda, que tengo ya más miedo á los que tan grande le tienen al demonio,

1. *Higa* : Señal de desprecio que se hace cerrando la mano y manteniendo enhiesto el pulgar, gesto grosero desdeñado por las buenas maneras. En Avila y otras provincias se ponía una *higa*, que era un trozo de madera pintado de verde y representando burdamente la mano en tal forma, para evitar embrujamientos, costumbres que aun no se ha podido dessarraigar ; en el capitulo XXIX se verá que cuando la creían embrujada, su confesor aconsejó á la Santa que « diese *higas* ».

que á él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.

CAPÍTULO XXVI

Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada, y temerosa de nada, sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todo poderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede, y á todos sujeta. No hay que temer, andando, como he dicho, en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto, como he dicho, querría yo todos los temores, para no ofender en un punto á quien en el mismo punto nos puede deshacer; que, contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza. Podráse decir que así es ; mas que, ¿quién será este alma tan recta, que del todo le contente? y que por eso teme. No la mía por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas; mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad; porque en las que llegan á este estado no anda el

amor disimulado, como á los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver á Dios, como despues diré, ó queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios ó por Dios : no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulación.

Acaecióme otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio que después diré, de casi todo el lugar adonde estoy, y de mi orden, y afligada con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor — *¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido,* y así se cumplió bien después ; y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo á padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar : muchas las que me hacía reprensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan á deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad, como he dicho, da el consejo y el remedio. Otras traerme á la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adónde se meter. Otras avisarme de algunos peligros míos, y de otras personas, cosas por venir, tres ó cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido : algunas podrá

ser señalar. Así que hay tantas cosas para entender que es Dios, que no se puede ignorar, á mi parecer.

Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no tendría sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma, y las mercedes que el Señor me hace, con el confesor, y que sea letrado, y que le obedezca : esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que me parece : y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba, de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión, que me deshacía más que cuanto el confesor hacía : algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo y reprensión por otro ; y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer, si no estaba determinada á padecer ; que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

Aconsejóme una vez el confesor que á los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase, y no diese ya parte á nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era

tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces : en especial, si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato á las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad y, haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor á decir que le obedeciese : después su Majestad le volvía, para que me lo tornase á mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín : me dijo el Señor — *No tengas pena, que yo te daré libro vivo.* Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aun no tenía visiones : después desde ha bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, ó casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar.

¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afli-

gido con persecuciones, que no las abrace y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da á los que le sirven, que no conozca es todo nada, cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho: bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá, y verá que he atinado á decir algo: quien no, no me espanto le parezca desatino todo. Basta decirlo yo para quedar disculpado, ni yo culparé á quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad, amén

CAPÍTULO XXVII

PUES tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta aflicción de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacían, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues éste me decían era tan sospechoso. Verdad es que, aunque yo le suplicaba á Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma (si no era alguna vez,

cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían, y miedos que me ponían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me veía otra en todo : no podía, sino poníame en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Veía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno : que había de desear esto, ni creer que era demonio, no me podía forzar á mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo y desearlo : mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame á san Hilarión, y á san Miguel, ángel, con quien por esto tomé nuevamente devoción ; y á otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas, para lo dicho, ó que el Señor me llevase por otro camino ó declarase la verdad (porque eran muy continuas las hablas que he dicho me hacía el Señor) me acaeció esto.

Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no ví nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y veía ser El el que me hablaba, á mi parecer. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba, como solía,

quieta y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo ; y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma : mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

Luego fuí á mi confesor harto fatigada á decírselo. Preguntóme, que ¿en qué forma la veía? Yo le dije que no le veía. Díjome, que ¿cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le veía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme á entender ; y cierto para esta manera de visión, á mi parecer, no la hay que mucho cuadre : que así como es de las más subidas, según después me dijo un santo hombre y de gran espíritu, llamado fray Pedro de Alcántara (1), de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es adonde menos se puede entremeter el demonio, de todas ; así no hay términos para decirla acá las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán á entender. Porque si digo que con los

1. Este santo y San Francisco de Borja son los únicos contemporaneos suyos á quienes la Santa cita con su nombre.

ojos del cuerpo ni del alma, no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está á obscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ó si es ciega, no va bien: alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, ó la oye hablar, ó menear, ó la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve obscuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz alumbra el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya Señor desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna, fuera de vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que vos hacéis con una alma que traéis á tales términos, lo que se puede decir. Oh almas que habéis comenzado á tener oración, y las que tenéis verdadera fe, ¿qué bienes podéis buscar, aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor desto? Mirad que es así cierto, que se da Dios á sí, á los que todo lo dejan por Él. No es aceptador de personas, á todas ama: no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome á tal

estado. Mirad, que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, sólo va dicho lo que es menester, para darse á entender esta manera de visión y merced que hace Dios al alma ; mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor le da á entender secretos y grandezas, suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos á ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y déstos ¿qué da el Señor? sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado.

Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos á llevar la cruz con el Cirineo? Que ¿con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó á costa de tanta sangre? Es impossible. ¿Y con honores vanos pensamos remediar un desprecio, como El sufrió, para que nosotros reinemos para siempre ? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuestra merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó á mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyóme tan tarde, y entendí á Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto, y así quiero callar : solo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga á términos que

yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria accidental será, y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan desto, cuando vieren que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible, ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más, más? ¡Qué rico se hallará, el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron á la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdadoros amadores de Cristo! ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos, eso, eso debe ser, según se usa discreción: luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura de autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile y clérigo y monja nos parecerá que traen cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo á los flacos; y aun estar muy recogidos y tener oración, según está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos, que pienso hace más daño á las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo á nadie dar á entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escándalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos

se escandalizan, otros se remuerden, siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta pefección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre deste tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los piés ; que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y cuán grande le dió su Majestad á este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitiencia, como todos saben. Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome á mí y á otra persona, de quien se guardaba poco; y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré. Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre ó de rodillas, ó en pié. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los

piés, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de la mismo encima, Decíame que en los grandes fríos se le quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba el cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer á tercer día era muy ordinario. Y díjome, ¿que de qué me espantaba? que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, si no era por habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes : esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver ; mas era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuestra merced para qué me meto en esto; y con él lo he escrito. Y así lo dejo con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes.

Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Lætatus sum in his que dicta sum mihi,* é hincado de rodillas murió.

Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró, me apareció, y dijo cómo se iba á descansar. Yo no lo creí ; díjelo á algunas personas, y desde á ocho días vino la nueva como era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Héla aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria : paréceme que mucho más me consuela, que cuando acá estaba. Dijóme una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre, amén.

Más que hablar he hecho para despertar á vuestra merced á no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, ó no estuviera ya determinado á dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuestra merced, que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

CAPÍTULO XXVIII

TORNANDO á nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración; y aun cuanto hacía, procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo ; y aunque á veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande á los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde á pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco á poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después, que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

Parecerá á vuestra merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan

hermoso : sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo, ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina ; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efetos, que presto se perdía el temor.

Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuestra merced cuando mucho me lo mandó. Y hacíase harto de mal, porque no se puede decir que no sea deshacerse ; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo á decir aquí : sólo digo, que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria ; en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro : aun acá que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja, y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego) pensar yo también

en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Este era otro llanto, é iba á él, y decíaselo. Preguntábame, ¿que si me parecía á mí así, ó si había querido engañar? Yo le decía la verdad, porque á mi parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegarme, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía lo había de fingir, para atormentarme á mí misma.

Mas el Señor se dió tanta prisa á hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque, si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa á la vista, que no se querría abrir los ojos después.

Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, á una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece en fin luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche,

sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es ; y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos ; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, á mi parecer ; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres ó cuatro veces me ha querido representar desta suerte al mismo Señor, en representación falsa : tomó la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión, que ha visto el alma, mas así la resiste de sí y se alborota y se desabre é inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fué esto, como he dicho, tres ó cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efectos que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente ; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí; y aun, á mi parecer, debe ser diferente

el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto; y muy en breve da á entender quién es.

Así, que donde hay experiencia, á mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad; ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender: así que esto es imposible, y si pudiésemos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento, dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace ni ninguna, porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estáse despierto, porque no le ha venido el sueño, que él, como si tiene necesidad ó flaqueza en la cabeza, lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece hace algo: mas si no es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza á la cabeza, antes á las veces queda más desvanecida. Así sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda aun al cuerpo, de salud, y queda confortado.

Esta razón, con otras, daba yo, cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas veces) y ponía comparaciones, como yo podía y el Señor me daba á entender: mas todo aprovechaba poco, porque como había personas

muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos ; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían á saber, sin decirlo yo sino á mi confesor, ó á quien él me mandaba. Yo les dije una vez, que si los que me decían esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto : mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica, siendo pobre, que no podría creerlo, aunque yo quisiese ; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían, veían claro estar otra mi alma, y así lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad la podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer, que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza ; porque veía claro quedar en estas cosas, en una vez, otra.

Mi confesor, como digo, que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús (1), respondía esto mismo, según yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me

1. El padre Baltazar Alvarez.

acarreó á mí hartos trabajos, porque, con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino : pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía : traíanle ejemplos de otras personas. Todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí : no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme ; sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por El ; y así me decía, que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase : siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa : yo así lo hacía. El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño ; antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer á mi alma : procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos ; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas, que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían : y por otra parte habíame de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traía,

poniéndomele mayor : me había por otra parte de asegurar ; porque á cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores. Todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho : yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo, yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad : en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido : luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba á mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho : él á reñirme. Duró esto harto tiempo, afligada por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no me favorecer tanto el Señor, no se qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor ; porque contradicción

de buenos á una mujercilla ruin y flaca, como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores. Plega el Señor, que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenabam y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío.

CAPÍTULO XXIX

MUCHO he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay, para ver que no es imaginación ; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer á ella. Bien la puede representar delante de su imaginación, y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco á poco irla más perfeccionando, y encomendando á la memoria aquella imagen ; esto ¿quién se lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay desto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y cómo quiere, y lo que quiere; y no hay quitar, ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver : en queriendo

mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced. Habrá más de tres, que tan continuo me la quitó deste modo, con otra cosa más subida (como quizá diré después) y con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en estremo entender el color de sus ojos, ó del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad ; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

Así, que aquí no hay que querer ni no querer : claro se vé quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar á quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos ni más hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro: no es ésta obra nuestra, sino de su Majestad ; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo, mientras en este destierro vivimos.

Casi siempre se me representaba el Señor, así

resucitado, y en la hostia lo mismo; si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas : algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces para, como digo, necesidades mías y de otras personas ; mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. De esto poco se me daba á mí, mas sentía cuando veía yo que temían los confesores de confesarme, ó cuando sabía les decían algo. Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara : siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro ; y el mismo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho : íbame á quejar á El de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba : él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

Como las visiones fuero creciendo, uno dellos, que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro) comenzó á decir que claro era demonio. Mandábame, que ya que no había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viese, y diese higas, y que tuviese por cierto era

demonio, y con esto no vendría; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría, y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena ; porque como yo no podía creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí ; y tan poco podía, como he dicho, desear se me quitase, mas en fin hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho á Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas ; y á san Pedro y san Pablo, que me dijo el Señor (como fué la primera vez que me apareció en su día) que ellos me guardarían no fuese engañada : y así muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

Dábame este dar higas grandísima pena, cuando veía esta visión del Señor ; porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio ; y así era un género de penitencia grande para mí ; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre; las higas no tan continuo, porque sentía mucho : acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que El tenía puestos en su Iglesia. Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que El haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Dijóme que les dijese, que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré después.

Una vez teniendo yo la cruz (1) en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya ; y cuando me la tornó á dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi á lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha é imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la vería de aquí adelante, y así me acaecía, que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo veía nadie, sino yo. En comenzando á mandarme hiciese estas pruebas y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes : en queriéndome divertir, nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y el no lo poder sufrir, ni era en mi mano (aunque yo quería y más lo procuraba) de dejar de pensar en El : con todo obedecía cuanto podía, mas podía poco ó no nada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó, mas aunque me decía lo hiciese, asegurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les había de decir, y así lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones, que á mí me hacía toda seguridad.

Desde á poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, á señalar más que era El, creciendo en mí un amor tan grande de

1. Se ignora el paradero de dicha cruz. La Santa se la dió á su hermana, doña Juana de Ahumada que se la había pedido. Unos dicen que está en el convento de carmelitas de Valladolid; otros que en el de Madrid.

Dios, que no sabía quién me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver á Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíais con vuestra esclava miserable! Escondíaisos de mí, y apretábaisme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.

Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera que se puede decir herida, por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor la tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. ¡Oh, cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David. — *Quemadmodum desiderat cervus a fondes aquarum*, que me parece lo veo al pie de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento

corporal le quitase : como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal : alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno vez, sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo á su bien. Otras veces da tan recio, que eso, ni nada, no se puede hacer, que corta todo el cuerpo : ni pies ni brazos no puede menear ; antes si está en pie, se sientá como una cosa transportada, que no puede, ni aun resollar, sólo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión : veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así : no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen : mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas : al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone

este grandisimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios (1). No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes no los podía resistir, sinò que con harta pena mía se comenzaron á publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes, no me acuerdo en qué capítulo, que es muy diferente en hartas cosas y de mayor aprecio : antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma y la pone en éxtasis, y así no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.

1. Acaeció esto hacia 1559. En 1700 se halló en Sevilla el original de la canción escrita por Santa Teresa con este motivo.

En el altar mayor de la iglesia de carmelitas descalzas en Alba de Tormes, se muestra el corazón de la santa con la herida á que alude.

El Papa Benedicto XIII concedió á los carmelitas descalzos en 172[illegible] la fiesta de la transverberación del corazón de Santa Teresa, que luego se pudo celebrar en todas las Españas.

CAPÍTULO XXX

Pues viendo yo lo poco ó no nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena y contento no podía yo entender cómo podía estar junto ; que ya pena corporal y contento espiritual, ya lo sabía que era bien posible, mas tan excesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba : aun no cesaba en procurar resistir, mas podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, y queríame defender del que con ella nos amparó á todos : veía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo, mas no lo osaba decir sino á mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad que no tenía humildad.

Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer á este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia ; que entre otras cosas me certificaron, que había traído veinte años cilicios de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance ; porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado san Francisco con todo rigor, y lo demás que allá que-

de dicho. Pues como la viuda sierva de Dios que he dicho, y amiga mía, supo que estaba aquí tan gran varón, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones, y me consolaba harto; porque era tanta su fe que no podía sino creer que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto, y á quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darle luz en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial para que ocho días estuviese en su casa; y en ella y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha yo les argüía con razones contra mí) así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma. Casi á los principios ví que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester; porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir (que después me lo ha dado

Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace) y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era.

El me dió grandísima luz, porque al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía yo entender qué podía ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma tampoco entendía cómo podía ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía á mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer : y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo y dábame parte de sus cosas y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que estos dábamelos el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale, á topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entonces no debía yo de tener mucho más, á lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora. Húbome grandísima lástima : díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto ; porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me

entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba, y á uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho ; porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa ; y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló á entrambos, les dió causas y razones para que se asegurasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester : el caballero tanto, que aun no del todo bastó, mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho á Dios ; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones desta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y de que no dudase que era Dios ; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esta seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era : así que temor ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así, que aunque me consoló y sosegó, no le dí tanto crédito, para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma que ahora diré : con todo quedé, como digo, muy consolada.

No me hartaba de dar gracias á Dios, y al glorioso padre mío san José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de san José, á quien yo mucho me encomendaba, y á Nuestra Señora. Acaecíame algunas veces (y aun ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría, mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban : sólo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena ; porque se entorpece el entendimiento de suerte que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma á desesperación : y tengo ya tanta experiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la obscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración ni para nin-

gún bien : parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad) no viene con alboroto ni desasosiega el alma, ni la obscurece ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conforta, de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es. Duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia : tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad, porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre : represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder) es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á más.

La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, que parece por otro cabo le aprietan y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce á Dios. El amor tiene tan tibio que, si oye hablar en El, escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia ; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar no es

sino más congoja, ó estar en soledad ; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué es incomportable : á mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dió á entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por dónde le ponen fuego, ni cómo huir dél, ni con qué le matar : pues quererse remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir á leer una vida de un santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro ó cinco veces otros tantos renglones, y, con ser romance, menos entendía dellos á la postre que al principio, y así lo dejé : esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

No sé si hago bien de escribir tantas menudencias. Como vuestra merced me tornó á enviar á mandar que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda ; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco, como he dicho ; y por ventura no sacar ningún provecho.

CAPITULO XXXI

Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas que el demonio me causaba, otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hacia el lado izquierdo, de abominable figura : en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría á ellas. Yo tuve gran temor, y santigüéme como pude, y desapareció, y tornó luego : por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer ; tenía allí agua bendita, y echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas, y no sabían qué se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor

entendiese cómo era el demonio, porque ví cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar, perdía. Yo como le ví, reíme, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer ni sabían qué remedio poner á tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo y cabeza y brazos ; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa con que huyan más para no tornar : de la cruz también huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita : para mí es particular, y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á entender con un deleite interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia : digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije — Si no se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba ; echéla

hacia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia hace tanto mal: ¡ qué hará cuando él lo posea por suyo! Dióme de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mismo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola. Pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se había ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí : duró de manera que se pudo advertir á ello. Otra vez estaba en el coro, y dióme un gran ímpetu de recogimiento, y fuíme de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes adonde yo estaba ; y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí qué habla fuese, mas estaba tan en oración, que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasión se aprovechase algún alma : y es cierto, que me acaeció lo que ahora diré, y de esto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta : sin decirle yo quién era la persona cúya era la carta, bien sabía él quién era.

Vino una persona á mí, que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni le confesaba ni se enmendaba, y decía

misa. Y aunque confesaba otros, éste decía que ¿cómo él había de confesar cosa tan fea? y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer á sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía á Dios de tal manera me dió mucha pena : prometíle de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí á cierta persona que él me dijo podía dar las cartas : y es así que á la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado á Dios, que se lo había yo encomendado) hacer con este alma esta misericordia ; y yo aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribióme que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en él ; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía : que le encomendase á Dios. Yo lo torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy á pechos : era persona que no podía nadie atinar en quién era. Yo supliqué á su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos : entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido que le dejaron á él (así me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor, y á mí, como si yo hubiera hecho algo ; sino que ya

el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, le aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado leía mis cartas, y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido, y cómo se había librado él: y aun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años, por ver aquel alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas; sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, ví ir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría á vuestra merced, y me cansaría si las dijese.

Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor. — ¿Que qué temía? Que en esto no podía sino haber dos cosas, ó que murmurasen de mí, ó alabarle á El. Dando á entender que los que lo creían, le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí; que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentación, que me quería ir deste lugar y dotar en otro monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos estremos dél: era también de mi orden, y muy lejos, que esto es lo que

á mí me consolara, estar adonde no me conocieran ; y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores, que después vine yo á entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba. Y me enseñó el Señor esta verdad ; que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que así como no me pesaba de oir loar á otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrase en mí sus obras.

También di en otro estremo, que fué suplicar á Dios (y hacía oración particular) que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo que no lo hiciese : mas hasta ahora poco ha, si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos, ó como podía, le daba á entender mis pecados, y con esto parece descansaba : también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto no de humildad, á mi parecer, sino de una tentación venían muchas : parecíame que á todos los traía engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí ; sino que el Señor por algún fin lo permite, y así aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos y penas y sombra de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada ; porque

un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien que mal, si ella entiende bien, bien entendido como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y aparéjese á la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda, que le hace semejantes mercedes : porque hay mil ojos para un alma déstas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y esto debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad ; porque bien se puede aparejar un alma, que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, á ser mártir del mundo ; porque si ella no se quiere morir á él, el mismo mundo los matará.

No veo cierto otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que á poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo, que es menester más ánimo para si uno no está perfecto llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires. Porque la perfección no se alcanza en breve, si no es á quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced : el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por vicio, y así lo juzga en el otro. No ha de haber comer ni dormir ni, como dicen, resollar ; y mientras en más le tienen, más deben olvidar que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tenga el alma, viven aún en la

tierra sujetos á sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies : y así como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado á andar, y quiérenla que vuele. Aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los santos, después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse : y así creo hiciera la mía, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte ; y, hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuestra merced que no ha habido en mí sino caer y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas que quieren volar antes que Dios les dé alas.

Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí : trataré esto, porque veo algunas almas muy afligadas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos y fervor y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al exterior, todo lo dejan por El, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar, ven en todos los libros que están escritos de oración y contemplación poner cosas que hemos de hacer para subir á esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse ; como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento que cuando dicen bien, una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos

(que si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que á mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, ó contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos su Majestad hará que lleguen á tenerlo por obra, con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí ; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza y no desmayar, ni pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuestra merced, y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos ; porque mucho se nos pega luego si, como digo, no está ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mí, pocos años ha, que no sólo no estaba asida á mis deudos, sino me cansaban ; y era cierto así, que su conversación no podía llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía, á quien yo quería muy mucho antes; y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversación siempre en lo que yo la querría) y lo más que podía me estaba sola ; ví que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí que no estaba tan

libre como yo pensaba, y que aun había menester huir la ocasión, para que esta virtud que el Señor me había comenzado á dar fuese en crecimiento ; y así con su favor lo he procurado hacer siempre despues acá.

En mucho se ha tener una virtud cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla : así es en cosas de honra, y en otras muchas ; que crea vuestra merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están ; y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquier persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar créame, y dé tras este atamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oración, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan á las gentes. ¡Válgame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra este alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? ¡Oh, qué tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar á los que

andan cabe él : porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ó compás que se yerre, disuena toda la música. Y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

¿Andamos procurando juntarle con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos : no tengo en qué, ni se me ofrece ; — yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien : su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra, quiero decir las naderías y poquedades que yo hacía cuando comencé, ó algunas dellas : las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más. Todo lo recibe el Señor : sea bendito por siempre.

Entre mis faltas tenía ésta, que sabía poco de rezado y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada y metida entre otras vanidades ; y veía á otras novicias que me podían enseñar. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco : luego se pone delante el buen ejemplo; esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantico que estaba en duda lo pregun-

taba á las niñas : ni perdí honra ni crédito, antes quiso el Señor, á mi parecer, darme después más memoria. Sabía mal cantar, sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oían) que de puro honrosa me turbaba tanto que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía harto á los principios, y después gustaba dello : y es así que comencé á no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor ; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, que no son nada (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo conatos : y cosas poquitas como éstas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores. Y así en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo, (porque nunca fuí para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servía á aquellos ángeles que allí alababan á Dios, hasta que, no sé cómo, vinieron á entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud á querer que entendiesen estas cosas ; y no debía ser por humilde, sino porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

¡Oh, Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aun no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias ! No manaba

aun el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciese levantar. ¡ Oh Creador mío, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que he recibido de Vos ! Es así, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes ; y que no he vergüenza de contar estos servicios ; ¡ en fin como míos ! Sí tengo, Señor mío, más el no tener otra cosa que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que, pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega á su Majestad me dé gracia, para que no esté siempre en principios. Amén.

CAPITULO XXXII

Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio ; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á ma-

nera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y obscuro y angosto. El suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, á manera de una alhacena, adonde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí : esto que he dicho va mal encarecido.

Estotro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender ; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar ; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer ; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco ; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y

desmenuzar, á lo que me parece ; y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga : no hay luz, sino todo tinieblas obscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo : cuanto á la vista, muy más espantosas me parecieron ; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia ; porque no es nada oirlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas (que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa : en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy ;

y así no me acuerdo vez que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar ; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho ; porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor, que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil, en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo á entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? ¿Cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir á tan mal lugar? Seais bendito, Dios mío, por siempre, y como se ha parecido que me queríais vos mucho más á mí, que yo me quiero. ¡Qué de veces, Señor, me librasteis de cárcel tan temerosa, y cómo me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad! De aquí tambien gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial, (porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto á mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo ó dolor,

parece que nuestro mismo natural nos convida á compasión, y si es grande nos aprieta á nosotros: pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá, con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aun nos mueve á tanta compasión, estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

Esto también me hace desear que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte: no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero que, aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia (que me la daba el Señor) no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin traía temor de Dios lo más continuo, y veo adónde me tenían ya los demonios aposentada: y es verdad que, según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas con todo digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos ni traer sosiego ni contento el alma, que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones,

que el Señor nos ayudará, como ha hecho á mí. Plega á su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne á caer, que ya tengo visto adónde he de ir á parar : no lo permita el Señor por quien su Majestad es, amén.

Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso : bien se veía que era Dios, y que le había dado su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho á la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese : y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, á causa de tener gran necesidad salían las monjas muchas veces á partes adonde con toda honestidad y religión podíamos estar : y también no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme á lo que en toda la Orden, que es con bula de relajación y también otros inconvenientes, que me parecía á mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas á quien los prelados no

podían decir de no, gustaban estuviese yo en su compañía, importunados mandábanmelo : y así según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar para que no estuviese en casa, que todavía, como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacíase gran provecho. Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme á mí y á otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo á tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo : ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy á mi gusto, y la celda en que estaba hecha muy á mi propósito, todavía me detenía : con todo concertamos de encomendarlo mucho á Dios.

Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase san José, y que á la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor ; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas ; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que

dijese á mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba El que no fuese contra ello ni me lo estorbase. Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera este habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era El. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre que sería. Aquí parecía se me ponía apremio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa, sino decirlo á mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme á razón natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo : yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio ; y el provincial (1) vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y diole todo el favor que fué menester, y díjole que él admitiría la casa : trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas.

1. Fray Angel de Salazar.

Antes que lo comenzásemos á tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado á saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate : á mí, que bien me estaba en mi monasterio, á la mi compañera, tanta persecución que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer : en parte me parecía que tenían razón. Estando así muy fatigada, encomendándome á Dios, comenzó su Majestad á consolarme y animarme : díjome, que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese á mi compañera, y lo que más me espantaba yo es que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir á todos : y es así, que de gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disparate.

Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mismo monasterio, que al provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer, y no la quiso admitir : dijo que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y en fin lo dejó y no lo quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena : en especial me la dió á

mí de ver al provincial contrario, que con quererlo él tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver, si no lo dejaba ; porque decían era obligada á quitar el escándalo.

Ella fué á un gran letrado, muy gran siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo (1), á decírselo y darle cuenta de todo. Esto fué aún antes que el provincial lo tuviese dejado, porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer ; y así decían que sólo era por nuestras cabezas. Dio esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo á este santo varón, con harto deseo nos ayudase ; porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas : no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer sino conforme á ellas. El nos dijo que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas á hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí ; mas aunque yo esto decía, y me parece lo hiciera, nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba á dejarlo : yo (aunque como digo me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, ó contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados á hacer : porque aun-

1. Fray Pedro Ibáñez.

que á mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, parecióme luego me apartara de ello, y buscara otro medio ; mas á mí no me daba el Señor sino éste. Decíame después este siervo de Dios que lo había tomado á cargo con toda determinación de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo, porque ya había venido á su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como á todos, y en sabiendo habíamos ido á él, le envió á avisar un caballero que mirase lo que hacía ; que no nos ayudase ; y que, en comenzando á mirar lo que nos había de responder, y á pensar en el negocio y el intento que llevábamos, y manera de concierto y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse : y así nos respondió, nos diésemos prisa á concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener ; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese á él, que él respondería, y así siempre nos ayudó, como despues diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban : entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración, aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer á que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover : y así hizo al maestro,

que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios, en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas de esto á mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía ¡y cuán bien que lo he visto!) y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios de ordenar y favorecernos.

CAPÍTULO XXXIII

Pues estando los negocios en este estado, y tan á punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fué cuando el padre provincial nuestro mudó parecer: creo fue movido por ordenación divina, según después ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra, y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese más en ello, con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflic-

ciones que hasta traerlo á aquel estado me había costado. Como se dejó y quedó así, confirmóse más ser todo disparate de mujeres, y á crecer la murmuración sobre mí, con habérmelo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más encerrado : decían que las afrentaba, que allí podía también servir á Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor á la casa, que mejor era procurar renta para ella, que para otra parte. Unas decían que me echasen en la cárcel, otras, bien pocas, tornaban algo por mí : yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque como no había de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y así callaba. Otras hacíame el Señor muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada ; y esto no lo podía nadie creer, ni aun las mismas personas de oración que me trataban, sino que pensaban estaba muy penada y corrida ; y aun mi mismo confesor no lo acababa de creer. Yo, como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba muy contenta y á mi placer. Aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse, yo no había ya medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas teníalo muy cierto.

Lo que mucho me fatigó, fué una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra

su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte, que más me había de doler, no me dejase de venir trabajo ; y así en esta multitud de persecuciones, que á mí me parecía había de venirme dél el consuelo) me escribió que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había sucedido ; y otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dió mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese ; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima aflicción ; mas el Señor, que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué lo decir aquí. Me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido á Dios, y no ofendídole en aquel negocio : que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Quedé tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El ; porque fué tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba ; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos : y las otras personas pensaban que estaba muy corrida, y sí estuviera si el Señor no

me favoreciera en tanto estremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decía á nadie estas ganancias. El santo varón domínico no dejaba de tener por tan cierto como yo que se había de hacer, y como yo no quería entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían á Roma, y daban trazas. También comenzó aquí el demonio, de una persona en otra, á procurar se entendiese que había yo visto alguna revelación en este negocio, é iban á mí con mucho miedo á decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo, y fuesen á los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba : por ella ó por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pondría yo á morir mil muertes. Y dije que deso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición ; que si pensase había para qué, yo me la iría á buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría, y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío domínico, que, como digo, era tan letrado que podía bien asegurar con lo que él me dijese ; y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había

algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. El me aseguró mucho, y á mi parecer le hizo provecho ; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más á la oración, y se apartó en un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, adonde estuvo más de dos años ; y sacóle de allí la obediencia, que él sintió harto, porque le hubieron menester, como era persona tal : y yo en parte sentí mucho cuando se fué, aunque no se lo estorbé, por la grande falta que me hacía, mas entendí su ganancia : porque, estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor que me consolase, y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mismo ; porque lo que antes me aseguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales : y trájole Dios á tiempo, que vió su Majestad había de ser menester para ayudar á su obra deste monasterio, que quería su Majestad se hiciese.

Pues estuve en este silencio, y no entendiendo ni hablando en este negocio, cinco ó seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamineto que se había de hacer. Al fin deste tiempo, habiéndose ido de aquí el rector, que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su Majestad aquí otro muy espiritual, y de grande ánimo y

entendimiento y buenas letras (1) á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en estremo de no se bullir, sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

Estando un día con gran aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después vi claro era la venida deste rector que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en qué la tener, á causa de que el rector que vino no iba á la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu del Señor, que á veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma cómo resollar. Fueme á ver este rector, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es así, que en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo

1. El padre Gaspar de Salazar.

haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual, y un entender mi alma que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo ; porque si le hubiera hablado, ó me hubieran dado grandes nuevas dél, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él á mí, ni yo á él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle ; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con dón particular del Señor para conocer espíritus : consoléme mucho. Desde ha poco que le trataba comenzó el Señor á tornarme á apretar que tornase á tratar el negocio del monasterio, y que dijese á mi confesor y á este rector muchas razones y cosas para que no me lo estorbasen; y algunas los hacía temer, porque este padre rector nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos. En fin de muchas cosas, no se osaron atrever á estorbármelo.

Tornó mi confesor á darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese. Yo bien veía el tra-

bajo á que me ponía, por ser muy sola y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré que una hermana mía que vivía fuera de aquí, comprase la casa y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar cómo el Señor lo fué proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, mas sabía que si lo decía á mis prelados, era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en cencertarlo y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien á solas, aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco, que era casi no nada, más de hacerse en su nombre y con su favor. Todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces, afligida, decía — Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? Que, aunque fuera mujer ¡si tuviera libertad! Mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de adonde los tener, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?

Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dió á entender que no me faltarían, que los concertase, y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra: ni había

con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto á ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia ; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor — *Ya te he dicho que entres como pudieres.* Y á manera de exclamación también me dijo — *¡ Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener adónde me meter?* Yo quedé espantada, y ví que tenía razón, y voy á la casita, y tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella, de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre (1).

El día de santa Clara, yendo á comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome que me esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden que está cerca déste, nos ayudó á sustentar ; y lo que ha sido más, que poco á poco trajo este deseo mío á tanta perfección, que la pobreza que la bienaventurada santa tenía en su casa se tiene en ésta, y vivimos de limosna ; que no me ha costado poco trabajo, que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego

1. En la correspondancia de la Santa se hallarán datos relativos á estas fundaciones.

desta bendita santa) que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario : sea bendito por todo, amén.

Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la Orden del glorioso santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida : vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude vez alzar, ni oir misa, que después quedé con escrúpulo desto. Parecióme estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad ; y al principio no veía quién me la vestía : después vi á nuestra Señora hacia el lado derecho, y á mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa : dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José ; que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos : que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á mi gusto, porque ellos nos guardarían : que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras ; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro y piedras es tân diferente de lo de acá, que no tiene comparación ; porque es su hermosura muy diferente de

lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco, que el Señor quiere que se represente que parece todo lo de acá dibujo de tizne, á manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven : parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (mas á mi parecerque nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme dél) parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efetos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios. Dejóme consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los ángeles de la obediencia, es, que á mí se me hacía de mal no darla á la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela á ellos : dióme las causas, porque en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase á Roma por cierta vía, que también me dijo ; que El haría viniese recaudo por allí : y así fué, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabába-

mos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido convino mucho se diese la obediencia al obispo, mas entonces no le conocía yo, ni aun sabía qué prelado sería ; y quiso el Señor fuese tan bueno, y favoreciese tanto á esta casa, como ha sido menester para la gran contradición que ha habido en ella, como después diré, y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea el que así lo ha hecho todo, amén.

CAPITULO XXXIV

PUES por mucho cuidado que yo traía para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas : unas lo creían y otras no. Yo temía harto que venido el provincial, si algo le dijesen dello, me había de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado. Proveyólo el Señor desta manera, que se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas déste, que estaba una señora muy afligida (1), á causa de habérsele muerto su marido ; estábalo en tanto extremo que se temía su salud. Tuvo noticia de esta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor así, que le dijesen bien de mí para

1. Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli. Esta señora vivía en Toledo, adonde fué santa Teresa á comienzos de 1562.

otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal y supo que yo estaba en monasterio que salían, pónele el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano ; sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial, que estaba bien lejos. El me envió un mandamiento, con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera : yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alborozo, y mucha pena, ver que por pensar que había en mí algún bien me querían llevar (que como yo me veía tan ruin, no podía sufrir esto) encomendándome mucho á Dios estuve todos los maitines, ó gran parte dellos, en gran arrobamiento. Díjome el Señor que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad : que, aunque tuviese trabajos, se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve ; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que El me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada y consolada. Díjelo al rector, díjome que en ninguna manera dejase de ir ; porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal : que tornase á enviar al provincial.

Yo obedecí al rector, y, con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y cómo se engañaban tanto : esto me

hacía importunar más al Señor, para que no me dejase. Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adónde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fué el Señor servido que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego á tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose á mucho, porque, como he dicho, la pena la tenía en gran aprieto ; y debíalo de hacer el Señor por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo : yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad, y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (y mientras más eran, más) que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á mi honra pudiera yo servirlas, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Vi que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío ; y como, mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir. Comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar

todo conforme al estado, y no las complexiones : han de comer muchas veces los manjares, mas conforme á su estado, que no á su gusto.

Es así, que de todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he, de ver cómo va muchas veces no conforme á su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos : no se ha de hablar más con uno que con otro, si no, al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido que el tiempo que estuve en aquella casa se mejoraban en servir á su Majestad las personas della, aunque no estuve libre de trabajos, y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algun interés : debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

Estando allí acertó á venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces : y estando en misa en un monasterio de su Orden (que estaba cerca adonde yo estaba) dióme deseo de saber en qué disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese

muy siervo de Dios) y levantéme para irle á hablar (1). Como yo estaba recogida ya en oración, parecióme después era perder tiempo, que quién me metía á mí en aquello, y tornéme á sentar. Paréceme que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin pudo más el ángel bueno que el malo, y fuile á llamar, y vino á hablarme á un confesionario. Comencéle á preguntar, y él á mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas ; y yo le comencé á decir que había sido la mía de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese qué eran los trabajos : yo le dije que no eran para saber, ni para que yo los dijese. El dijo, que pues lo sabía el padre dominico que he dicho, que era muy su amigo ; que luego se los diría, y que no se me diese nada.

El caso es que ni fué en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo decir, porque con toda la pesadumbre y vergüenza que solía tener, cuando trataba estas cosas con él y con el rector que he dicho, no tuve ninguna pena, antes me consolé mucho : díjeselo debajo de confesión. Parecióme más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento : miré los grandes talentos y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese á Dios ; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que

1. No se sabe quién fue este religioso : suponen algunos que fué fray Vicente Barrón; otros que fué fray García de Toledo dominicos ambos.

luego querría verla del todo dada á Dios, con unas ansias, que algunas veces no me puedo valer ; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan es con muy gran ímpetu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo me acaeció así. Rogóme le encomendase mucho á Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte que no pudiera hacer otra cosa) y voyme adonde solía á solas tener oración, y comienzo á tratar con el Señor, estando muy recogida, con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato ; que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay della á Dios : porque el amor que conoce que le tiene su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en El, y como una cosa propia sin división habla desatinos. Acuérdome que le dije esto, después de pedirle con hartas lágrimas aquel alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno ; y así le dije : — Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

¡ Oh bondad, y humanidad grande de Dios, cómo no miras las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen ! ¡ Cómo sufre que una como yo hable á su Majestad tan atrevidamente ! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdome que me dió en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia, ó no, no para que yo lo desease

saber; mas deseábame morir, por no me ver en vida, adonde no estaba segura si estaba muerta, porque no podía haber muerte mas recia para mí que pensar si tenía ofendido á Dios, y apretábame esta pena: suplicábale no lo permitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entonces entendí que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse á alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba desta persona. Díjome que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo á tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial á quien no sabía cómo lo tomaría, ó si burlaría de mí. Púsome en mucha congoja, en fin fuí tan persuadida, que á mi parecer prometí á Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí y se las dí. Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que le hicieron: determinóse muy de veras de darse á oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor, como le quería para sí, por mi medio le enviaba á decir unas verdades que, sin entenderlo yo, iban tan á su propósito, que él se espantaba; y el Señor, que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba al Señor muy del todo le tornase á sí, y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y así, sea alabado por siempre, lo

hizo tan de hecho, que cada vez que me habla me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si así va adelante (lo que espero en el Señor sí hará, por ir muy fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu, en poco tiempo tiene mucha experiencia, que éstos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que á otros da en uno: su Majestad sabe la causa. Y es el engaño, que nos parece que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y así yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne á quien le tiene; mas entiéndese en lo exterior é interior, que va conforme á vía natural, por obra del entendimiento; y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme á la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya, cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

No se espante, ni le parezcan cosas imposibles (todo es posible al Señor), sino procure esforzar la fe y humillarse, de que hace el Señor en esta

ciencia á una viejecita más sabia por ventura que á él, aunque sea muy letrado ; y con esta humildad aprovechará más á las almas y á sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno á decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco y dará á ganar menos á quien trata : no haya miedo, si tiene humildad, ni permita el Señor que se engañe el uno ni el otro.

Pues á este padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor, con darle mucha fe, y así ha aprovechado mucho á sí y á algunas almas, y la mía es una dellas ; que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad, que pues había de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen otros que me han ayudado á hartos trabajos, y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo, de manera que casi él no se conoce, á manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenía, sino enfermo, y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas ; que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor : sea bendito por siempre. Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizos; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque sale dellas como

quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones. Espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él, y á ella misma. Ya se comienza esto á entender. He visto grandes visiones, y díjome el Señor algunas cosas dél, y del rector de la Compañía de Jesús que tengo dicho, de grande admiración, y de otros dos religiosos de la Orden de santo Domingo, en especial de uno, que también ha dado ya á entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas que antes yo había entendido dél : mas de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía á mí casi absorta ; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma á tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le veía con tanta humildad escuchar lo que yo le decía en algunas cosas de oración, como yo tenía poca de tratar así con persona semejante : debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego, para desear servir al Señor de principio.

¡ Oh, Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor ! ¡ Cómo la habíamos de estimar en mucho, y suplicar al Señor la dejase en esta vida ! Quien tiene el mismo amor, tras estas almas se había de andar, si pudiese. Gran cosa es á un enfermo hallar otro herido de aquel mal : mucho se

consuela de ver que no es solo, mucho se ayudan á padecer, y aun á merecer. Excelentes espaldas se hacen ya gente determinada á arriesgar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas. Son como los soldados, que por ganar el despojo, y hacerse con él ricos, desean que haya guerras : tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí : es este su oficio, el trabajar. ¡ Oh, gran cosa es adonde el Señor da esta luz, de entender lo mucho que se gana en padecer por El ! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo ; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfecto todo y perdido. Bien viene aquí, que es perdido quien tras perdido anda, y ¡ qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada ! Pues, tornando á lo que decía, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho en que fuese por medio mío, hallándome indigna de ella, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más á mi cuenta las tomaba, que si fuera á mí, y alababa mucho al Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oído mi oración, que era despertase al Señor personas semejantes. Estando ya mi alma que no podía sufrir en sí tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar : perdió las consideraciones, y de oir aquella lengua divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, diome

un gran arrobamiento que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Ví á Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba ; y así me lo dijo : y quiso que viese claro que á semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en El.

Otra vez estando lejos deste lugar, le ví con mucha gloria levantar á los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta visión : y así fué, que le habían levantado un gran testimonio, bien contra su honra, persona á quien él había hecho mucho bien y remediado la suya y el alma, y habíalo pasado con mucho contento y hecho otras obras muy á servicio de Dios, y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar más cosas : si después le pareciere á vuestra merced, pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que le he dicho de profecías desta casa, y otras que diré della, y otras cosas, todas se han cumplido : algunas tres años antes que se supiesen, otras más y otras menos, me las decía el Señor ; y siempre las decía al confesor, y á esta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho : y ella he sabido que las decía á otras personas, y éstas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo sino toda verdad.

Habiéndose muerto un cuñado mío subitamente, y estando yo con mucha pena, por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la

oración que había así de morir mi hermana (1), que fuese allá, y procurase se dispusiese para ello. Díjelo á mi confesor, y como no me dejaba ir, entendílo otras veces : ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en un aldea, y como fuí sin decirle nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas : hice se confesase muy á menudo, y en todo trajese cuenta con su alma. Ella era muy buena, é hízolo así. Desde ha cuatro ó cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien, que como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada : á mí me dió gran algría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio. Serían aún no me parece ocho días, cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese, cómo la llevaba á la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado á entender, ni á mi compañera, que así como murió, vino á mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.

1. Doña María de Cepeda, viuda de don Martín Guzmán y Barrientos.

CAPÍTULO XXXV

Pues estando con esta señora que he dicho, adonde estuve más de medio año, ordenó el Señor que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden, de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó á venir por acá, y rodeó algunas por hablarme (1). Habíala el Señor movido el mismo año y mes que á mí, para hacer otro monasterio desta Orden ; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fuese á Roma á traer despacho para ello, á pié y descalza. Es mujer de mucha penitencia y oración, y hacíala el Señor muchas mercedes, y aparecióle nuestra Señora, y mandóla lo hiciese : hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante della. Mostróme los despachos que traía de Roma, y en quince dias que estuvo conmigo, dimos orden en cómo habíamos de hacer estos monasterios. Y hasta que yo le hablé, no había venido á mi noticia, que nuestra regla antes que se relajase mandaba no se tuviese propio ; y yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento á que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba á los muchos cuidados que

1. La venerable María de Jesús, fundadora del convento de la Imagen, en Alcalá de Henares (carmelitas descalzas).

trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo, con tanto haber andado á leer las constituciones, ignoraba: y como me lo dijo, parecióme bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que á ser yo sola, poco ni mucho me detuviera; antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro, porque grandes deseos de pobreza ya me los había dado su Majestad.

Así, que para mí no dudaba de ser lo mejor, porque días había que deseaba fuera posible á mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa ni otra cosa; mas temía, que si á las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna distracción, porque veía algunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción, porque ésta no hace más ricas, ni falta Dios jamás á quien le sirve: en fin, tenía flaca la fe, que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi á nadie hallaba deste parecer, ni mi confesor, ni los letrados que trataba: traíanme tantas razones, que no sabía qué hacer; porque como ya yo sabía era regla, y veía ser más perfección, no podía persuadirme á tener renta. Y ya que algunas veces me tenían convencida, en tornando á la oración y mirando á Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podía poner á paciencia ser rica: su-

plicábale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como El. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veía ser tanta causa de inquietud, y aun distracción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribílo al religioso domínico que nos ayudaba : envióme escritos dos pliegos de contradicción y teología, para que no lo hiciese, y así me lo decía, que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase, alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho : algunos luego al principio decíanme que les parecía bien ; después, como más lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban á poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me quería llegar.

En este tiempo, por ruegos míos, porque esta señora no había visto al santo fray Pedro de Alcantara, fué el Señor servido viniese á su casa y como el que era bien amador de la pobreza, y tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y así me ayudó mucho, y mandó que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, como quien mejor lo podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

Estando un día mucho encomendándolo á Dios, me dijo el Señor que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que El me ayudaría. Fué con tan grandes efectos en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo que en la renta estaba la confusión, y otras cosas en loor de la pobreza ; y asegurándome, que á quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir : y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el Señor el corazón del presentado, digo del religioso domínico, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres: no me parecía sino que poseía toda la riqueza del mundo, en determinándome á vivir de por amor de Dios.

En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento y obediencia que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad, que si me quisiese ir, que pudiese, y si estar, también, por cierto tiempo ; y en esto había de haber elección en mi monasterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de prelada ; que para mí solo pensarlo era tan gran tormento, que á cualquier martirio me determinaba á pasar por Dios con facilidad, á este en nigún arte me podía persuadir. Porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas, y otras causas, de que yo nunca fuí amiga, ni de ningún officio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y así alabé á Dios de no me hallar

allá. Escribir á mis amigas para que no me diesen voto.

Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que El me ayudará y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser prelada, y como digo, no podía persuadirme á que estaba bien á mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos para ello. Contélo á mi confesor : mandóme que luego procurase ir, que claro estaba era más perfección, y que, porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá á su elección, que me estuviese unos días, porque no me hiciese mal el camino. Mas el Señor, que tenía ordenado otra cosa, húbose de hacer ; porque era tan grande el desasosiego que traía en mí, y el no poder tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que, como estaba allí á mi placer y con regalo, no quería irme á ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que por qué pudiendo estar adonde era más perfección, había de dejarlo, que si me muriese, muriese : y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oración. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué á aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vio así, me dijo que me fuese, que también le movía Dios como á mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que le había cos-

tado mucho acabarlo con el provincial, por muchas maneras de importunaciones.

Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dile esperanza que era posible tornarla á ver; y así, con harta pena lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de venirme, porque entendiendo yo era más perfección una cosa, y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar á aquella señora, que tanto la veía sentir, y otras personas á quien debía mucho, en especial á mi confesor, que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él: mas mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo. No podía entender cómo era esto, porque veía claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma; porque yo estaba consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración; veía que venía á meterme en un fuego, que ya el Señor me lo había dicho, que venía á pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto como después vi) y con todo venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo, y le ponía en mi flaqueza.

No podía, como digo, entender cómo podía ser esto: pensé esta comparación: si poseyendo yo una joya, ó cosa que me da gran contento, ofréceseme saber que la quiere una persona que yo

quiero más que á mí, y deseo más contentarla que mi mismo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseía, por contentar á aquella persona; y como este contento de contentarla excede á mi mismo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, ó lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque quería tenerla, de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida, que bastara en otro tiempo á fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena, no podía. Importó tanto el no me tardar un día más, para lo que tocaba al negocio desta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse, si entonces me detuviera. ¡Oh grandeza de Dios! muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite: y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído á él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión. Porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla indigna de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí

que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias á su Majestad: otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas.

¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dais á entender bien que no es menester más de amaros de veras, y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir, que finjís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni se cómo es estrecho el camino que lleva á Vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo adonde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino y real; lejos está el despeñadero. No ha tropezado tantico, cuando le dais Vos, Señor, la mano. No basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo, para perderse: va por el valle de la

humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección. El Señor, por quien es, nos dé á entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en El, y no hayan miedo se ponga este sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á El. No temen andar entre leones, que cada uno parece que quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes, que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil querría hartarme de llorar, y dar voces á todos para decir la gran ceguedad y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Abraselos El, que puede por su bondad, y no permita se me tornen á cegar á mí, amén.

CAPÍTULO XXXVI

Partida ya de aquella ciudad (1), venía muy contenta por el camino, determinándome á pasar todo lo que el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche misma que llegué á esta tierra llegó nuestro despacho para el monasterio, y Breve de

1. A mediados del año de 1562.

Roma (1), que yo me espanté, y se espantaron los que sabían la prisa que me había dado el Señor á la venida, cuando supieron la gran necesidad que había dello, y á la coyuntura que el Señor me traía ; porque hallé aquí al obispo (2) y al santo fray Pedro de Alcántara, y á otro caballero muy siervo de Dios (3), en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona adónde los siervos de Dios hallában espaldas y cabida. Entrambos á dos acabaron con el obispo admitiese el monasterio ; que no fué poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas que veía así determinadas á servir al Señor, que luego se aficionó á favorecerle ; y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera á esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo) y desde ha muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado su Majestad hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

Todo se hizo debajo de gran secreto, porque á no ser así, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor que estuviese malo un cuñado mío, y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y

1. Lleva la fecha de 7 de febrero.
2. El señor de Salcedo.
3. Don Alvaro de Mendoza.

con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba de sospecharse algo, más aun no lo creían. Fué cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y, en siendo menester tuviese salud, para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dio luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa á mucha prisa, para que tuviese forma de monasterio ; que faltaba mucho de acabarse ; y mi compañera no estaba aquí, que nos pareció era mejor estar ausente, para más disimular, y yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas ; y la una era, porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era ésta la cruz ; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz que yo había entendido del Señor, había de pasar.

Pues todo concertado, fué el Señor servido que día de san Bartolomé tomaron hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento ; con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro San José, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Estuve yo á darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa misma, que acertaron á estar fuera (1). Como en ésta que se hizo el monasterio, era la que estaba

1. Dos primas de santa Teresa, doña Inés y doña Ana de Tapia.

mi cuñado (que como he dicho, la había él comprado por disimular mejor el negocio) con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como veían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis prelados, me decían lo podía hacer, porque por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba, por apartarme más de todo, y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego y paz. Pues fué para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres, porque no se tomaban con dote, y grandes siervas de Dios ; que esto se pretendió al principio que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos de mucha perfección y oración efectuar, y hecha una obra, que tenía entendido era para el servicio del Señor, y honra del hábito de su gloriosa Madre, que éstas eran mis ansias. Y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra iglesia más, en este lugar, de mi padre glorioso san José, que no la había. No porque á mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía ni parece, siempre entiendo lo hacía el Señor ; y lo que era de mi parte,

iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar, que no que me agradecer : mas érame gran regalo ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin, para tan grande obra ; así que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

Acabado todo, sería como desde á tres ó cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante si había sido mal hecho lo que había hecho, si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el provincial, que bien me parecía á mí le había de ser algún disguto, á causa de sujetarle al ordinario, por no se lo haber primero dicho ; aunque como él no le había querido admitir, y yo no la mudaba, también me parecía no se le daría nada por otra parte ; y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disparate, que quién me metía en esto, pues yo tenía monasterio. Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones que había más de dos años que casi no cesaban, todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido : sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa, y adonde tan contenta

siempre había estado, y tantas amigas ; que quizá las de acá no serían á mi gusto, que me había obligado á mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que así no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas desta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa ; y con esto una aflicción y obscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví así, fuime á ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme á El no podía : paréceme estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aun confesor no tenía señalado.

¡ Oh válgame Dios, y qué vida ésta, tan miserable ! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí. ¡ Oh, si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería por experiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni descontento della ! Es cierto, que me parece que fue uno de los recios ratos que he pasado en mi vida : parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer á su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer ; y así fué en ésta, que me dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme

espantar con mentiras : y así comencé á acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor y deseos de padecer por El, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar á procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir á Dios me serviría de purgatorio : que ¿de qué temía? que pues deseaba trabajos, que buenos eran éstos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia, que por qué me había de faltar ánimo para servir á quien tanto debía. Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme á esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia y lo demás, se me hace en estremo suave y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, ó querer el Señor, por ser menester y razón que haga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo, aunque con trabajo ; mas del poder se espantan todas las personas que saben mis enfermedades. Bendito sea El, que todo lo da y en cuyo poder se puede.

Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome del demonio, que ví claro ser él. Creo lo permitió el Señor, porque yo nunca supe qué cosa

era descontento de ser monja, ni un momento, en veinte y ocho años y más que ha que lo soy, para que entendiese la merced grande que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase, y me apiadase della, y la supiese consolar. Pues pasado esto, queriendo después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada), como se había sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la prelada me envió á mandar, que á la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejo mis monjas harto penadas y voyme luego. Bien vi que se me habían de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración, suplicando al Señor me favoreciese, y á mi padre san José que me trajese á su casa, y ofrecíle lo que había de pasar ; y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por El y le pudiese servir, me fui, con tener creído luego me habían de echar en la cárcel : mas, á mi parecer, me diera mucho contento, por no hablar á nadie y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué y di mi descuento á la prelada aplacóse algo, y todas enviaron al provincial, y quedóse la causa para delante dél ; y venido, fui á juicio, con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque con-

tra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfección. Acordéme del juicio de Cristo, y vi cuan no nada era aquél. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecía á quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello ; antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes ; mas en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, cómo pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento y húbelo de hacer : como yo tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, di mi descuento de manera que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar ; y después á solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme li-

cencia que me fuese á él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré.

Desde á dos ó tres días, juntáronse algunos de los regidores y corregidor, y del cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir ; que venía conocido daño á la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante. Hicieron juntar todas las Ordenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban, en fin concluyeron que luego se deshiciese. Sólo un presentado de la Orden de santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo que no era cosa que así se había de deshacer : que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era caso del obispo, ó cosas deste arte, que hizo mucho provecho ; porque, según la furia, fué dicho no lo poner luego por obra. Era, en fin, que había de ser, que era el Señor servido dello, y podían todos poco contra su voluntad : daban sus razones y llevaban buen celo, y así sin ofender ellos á Dios hacíanme padecer, y á todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme, é ir al provincial y á mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer : esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí, antes me parece me holgaba : y, si

tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud basta á adormecerlas todas : y así estuve muy penada los dos días que hubo estas juntas que digo, en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor — *¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes?* y me aseguró que no se desharía : con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo Real con su información, vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

Héle aquí comenzado, un gran pleito, porque de la ciudad fueron á la corte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y no había dineros, ni yo sabía qué hacer : proveyólo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello ; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba, no quería ser contra ello : no me dio licencia, hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones que con cuanto yo andaba negociando, aunque fue menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fui á Dios, y díjele — Señor, esta casa no es mía, por Vos se ha hecho : ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad. Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera á todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.

Un muy siervo de Dios (1), sacerdote, que siem-

1. Don Gonzalo de Aranda.

pre me había ayudado, amigo de toda perfección, fué á la corte á entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo (1), de quien he hecho mención, hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo: y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida y la honra, y no les iba más de ser cosa en que á ellos les parecía se servía el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho, clérigo (2), que también era de los que mucho me ayudaban, á quien el obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fué harto para que se entretuviese: mas ninguno bastaba para que luego no tornasen á poner la vida, como dicen, en deshacerle. Este siervo de Dios que digo, fué quien dió los hábitos y puso el Santísimo Sacramento, y se vio en harta persecución. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron, por menudo, sería largo.

Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y como les parecía á todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la priora, que no han de ser más (digo á los que lo contradecían) y de vida tan estrecha; que ya

1. Don F. de Salcedo.
2. Maese Gaspar Daza.

que fuera daño ó yerro, es para sí mismas: mas daño al lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían (1). Ya vinieron á decir, que como tuviese renta pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me parecía no sería malo, hasta que se sosegasen, tener renta, y dejarla después. Y otras veces como ruin é imperfecta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

Estando la noche antes que se había de tratar en oración (y ya se había comenzado el concierto) díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos á tener renta, que no nos dejarían después que la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió cómo supo la gran contradicción y persecución que teníamos, se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor de servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos ó tres veces me persuadió en la carta, y que, como esto hiciese, ello vendría á hacerse todo como yo quería. Ya

1. En realidad, santa Teresa faltó á la ley, pues ésta ordenaba ciertas inscripciones previas y autorizaciones para las fundaciones religiosas y de todo orden, y ella no llenó ni hizo llenar tales formalidades, probablemente para que sus proyectos fuesen ignorados por sus provincial y priora.

yo le había visto otras dos veces después que murió, y la gran gloria que tenía ; y así no me hizo temor, antes me holgué mucho ; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, ¡ qué dichosa penitencia había sido la que había hecho, que tanto premio había alcanzado ! Porque ya creo tengo dicho algo desto, no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo, que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero (que era á quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. El estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgóse mucho : después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

Después se tornó á levantar otra persona, y sierva de Dios harto, y con buen celo : ya que estaba en buenos términos, decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos ; porque algunos de los que me ayudaban venían en esto, y fué esta manaña que hizo el demonio, de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que así dicho en suma no se puede bien dar á entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa, hasta que se acabó : este medio postrero, y lo primero, fué lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, diose tan

buena maña el padre presentado domínico que nos ayudaba, aunque no estaba presente; mas habíale traído el Señor á un tiempo, que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para solo este fin traído, que me dijo él después que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fué menester: tornando á ir, procuró por algunas vías que nos diese licencia nuestro padre provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo (que parecía casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio, y enseñar á las que estaban: fué grandísimo consuelo para mí el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi á Cristo, que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

Otra vez estando todas en el coro en oración, después de Completas, ví á nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las desta casa. Comenzado á hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo comenzó á tener con esta casa: tomáronse más monjas, y comenzó el Señor á mover á los que más nos habían perseguido, para que mucho nos favoreciesen, é hiciesen limosna, y así aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco á poco se dejaron del pleito, y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradicción su Majestad había querido fuese adelante. Y no hay al presente nadie, que le pa-

rezca fuera acertado dejarse de hacer, y así tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda, ni pedir á nadie, los despierta el Señor para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será así siempre ; que, como son pocas, si hacen lo que deben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará, ni habrán menester ser cansosas, ni importunar á nadie, que el Señor se tendrá cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie á esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contentan : no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden, ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Carmen, y cumplida ésta sin relajación, sino como la ordenó fray Hugo, cardenal de Santa Sabina, que fué dado á M.CC.XLVIII años, en el año quinto del pontificado del papa Innocencio Cuarto. Me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora, aunque tiene algún rigor, porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la misma primera regla, en muchos aun se les hace poco á las hermanas y guardan otras cosas, que para cumplir ésta con más perfección nos han parecido necesarias, y

espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradicción, ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión, conforme á esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos, amén.

Creo se enfadará vuestra merced de la larga relación que he dado deste monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas que el Señor en esto ha obrado, que hay dello muchos testigos que lo podrán jurar ; y así pido yo á vuestra merced, por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca á este monasterio vuestra merced lo guarde, y muerta yo, lo dé á las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir á Dios las que vinieren, y á procurar no caiga lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla, por medio de cosa tan ruin y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer, para que se hiciese, paréceme á mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios la que comenzare á relajar la perfección que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que á solas quisieren gozar de su esposo Cristo; que

esto es siempre lo que han de pretender, y solas con El solo, y no ser más de trece : porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que por llevar el espíritu que se lleva, y vivir de limosna y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más á quien con trabajos muchos y oración de muchas personas, procuró lo que sería mejor : y en el gran contento y alegría y poco trabajo, que en estos años que ha que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa á su falta de espíritu, y no á lo que aquí se guarda, pues personas delicadas y no sanas, porque le tienen, con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse á otro monasterio, adonde se salvarán conforme á su espíritu.

CAPITULO XXXVII

De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor, de las dichas, y aun son demasiadas, para que se crea haberlas hecho á persona tan ruin ; mas por obedecer al Señor, que me lo ha mandado, y á vuestras mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega á su Majestad sea para aprovechar á algún alma, ver que á una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer (¡ qué hará á quien le hubiere de verdad servido !) y se animen todos á contentar á su Ma-

jestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero, hase de entender que en estas mercedes que hace Dios al alma, hay más y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria y gusto, y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida ; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una vision ó en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá qué desear, y así el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado á entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos á lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y así no querría yo la hubiese en servir yo á su Majestad, y emplear toda mi vida y fuerzas y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantito de más gozar. Y digo así, que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y después subir un poquito más en gloria, ó sin ninguno irme á un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios ; pues veo quien más lo entiende, más le ama y le alaba. No digo que no me contentaría y tendría por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plegue á su Majestad vaya yo allá, y no mire á mis grandes pecados. Lo que digo es, que aunque fuese á muy gran costa mía, si pu-

diese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡ Miserable de mí, que con tantas culpas lo tenía perdido todo !

Hase de notar también, que en cada merced que el Señor me hacía, de visión ó revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia ; y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día ; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué éste : tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta : que como comenzaba á entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intención de ofender á Dios ; mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veía : era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía á nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase, que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía : ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oir sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite

se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte que con un poquito de tornarme á acordar deste Señor no quede libre. Acaecióme con algún confesor, que siempre quiero mucho á los que gobiernan mi alma. Como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos, como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera, y me atase á quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia. Esto era después que yo estaba tan sujeta á obedecerlos, que antes no los cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me acaba á nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor, que estas sospechas que traían de mí, siempre eran á los principios. Comenzóme mucho mayor amor, y confianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta á muchas caídas, por el primer pecado que él había venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hablen: si es algún pobrecito, que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, qué si es con el rey! Aquí no hay tocar gente

pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados ; y á buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los piés, porque éstos hablan verdades que no temen ni deben : no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

¡ Oh Rey de gloria, y Señor de todos los reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin ! ¡ Cómo no son menester terceros para vos ! Con mirar vuestra persona, se ve luego que sois solo el que merecéis que os llamen Señor. Según la majestad mostráis no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda, para que conozcan que sois Rey ; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí : aunque él más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros ; es menester que se vea por qué lo creer. Y así es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le tendrían en nada ; porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡ Oh Señor mío ! ¡ Oh Rey mío ! ¿ Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis? Es imposible dejar de ver que sois grande Emperador en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad : mas, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra Majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos á

Vos. He aquí los provehos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma, si es de Dios, entiéndese por los efectos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y así no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

No ha más que ahora, que me ha acaecido estar ocho días que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo á Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin El en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces ; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios. Harta misericordia suya es, que se ve el humo, para entender que no está del todo muerto : torna el Señor á encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar, y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo á que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias ; porque por ventura la quita el Señor la oración, para que entienda en ellas, y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

Es cierto, que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido á quejarme de su Majestad, y le he dicho — ¿Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de

Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondáis. ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso, y creo del amor que me tenéis, que no lo sufrierais : mas estáisos Vos conmigo, y veisme siempre ; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis que se hace agravio á quien tanto os ama. Esto y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía ; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor : alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos á los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y á los señores que representan ser cabezas ; mas está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos y novedades y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir á Dios : yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí ; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de

vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega á Dios lo crean.

Torno á decir, que cierto yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en El para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasion á que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y ¿es verdad que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos de estar disculpados) hay disculpa? : no, que dicen que los monasterios han de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún santo, que había de ser corte para enseñar á los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés ; porque traer este cuidado, quien es razón lo traiga continuo en contentar á Dios y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar á los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran deprender de una vez, pasará, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer, á manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y, á quien no se solía poner Magnífico, hase de poner Ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aun no he yo cincuenta años, y en lo que

he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren mucho, ¿qué han de hacer? Por cierto yo he lástima á gente espiritual que está obligada á estar en el mundo, por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos, y hacerse ignorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas ¡en qué boberías me he metido!: por tratar en las grandezas de Dios he venido á hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél: allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega á Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos: amén.

CAPITULO XXXVIII

ESTANDO una noche tan mala que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio: cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fué á mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio como se podría decir

un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía : no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto ; y no por humilde á mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir, que — ¿qué san Pablo para ver cosas del cielo, ó san Gérónimo? Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor á mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fui al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. El, como me vio tan fatigada, me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

Andando más el tiempo me ha acaecido, y acaece esto algunas veces : íbame el Señor mostrando más grandes secretos, porque querer ver el alma más de lo que se le presenta, no hay ningún remedio, ni es posible ; y así no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma, para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible ; porque en sólo la diferencia que hay desta luz que vemos á la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy disgustada. En

fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, á pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.

Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome. *Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.* ¡ Ay Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz ! A algunas personas que vos la habéis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas venlas, Señor mío, mostradas á cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que á lo menos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí, y no tornar á vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá : parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazón (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor ; en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran ; yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de

ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá sino quien lo posee ; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro : todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo á la muerte, á quien yo siempre temía mucho : ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve á Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel, y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos, paréceme á mí conforma mucho á cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este Bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amaren á Dios y hubieren dado de mano á las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos ; y es gran cosa ver lo que hay allá, y saber adónde hemos de vivir : porque si uno ha de ir á vivir de asiento á una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra donde ha de estar muy á su descanso, y también para considerar las cosas celes-

tiales, y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia; porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma es lo que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima merced que el Señor hace á quien da semejantes visiones, porque le ayuda mucho, y también á llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro; y si el Señor no permitiese á veces se olvidase, aunque se torna á acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega á su Majestad por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera á gozar dellos, no me acaezca lo que á Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien El es, que no tengo temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano, para que me pierda. Esto suplico yo á vuestra merced siempre lo suplique.

Pues no son tan grandes las mercedes dichas, á

mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que della me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay que comparar. Estaba un día víspera del Espíritu Santo después de misa : fuime á una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han tener los que comienzan y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo : leídos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, á lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho; y así comencé á considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no parecía conocía mi alma, según la veía trocada. Estando en esta consideración, diome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión : parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y á mi parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía

estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma : paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria deste arrobamiento : quedé lo más de la pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, á manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre, amén.

Otra vez ví la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos, y los resplandores de las mismas alas, que se extendían mucho más) : dióseme á entender había de traer almas á Dios.

Otra vez ví estar á nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al Presentado desta misma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome que por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fue, porque desde pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió, fué con tanta penitencia la

vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuánto se puede entender, no hay qué poner duda. Díjome un fraile que había estado á su muerte, que antes que expirase le dijo como estaba con él santo Tomás. Murió con gran gozo y deseo de salir deste destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribióme poco antes que muriese, que qué medio tendría, porque, como acababa de decir misa, se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderle excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido en toda su vida.

Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vio muy afligido. Estando yo un día oyendo misa vi á Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia ; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Diole esto mucho consuelo y ánimo ; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden deste padre, de toda la Orden junta he visto grandes cosas : vilos en el ciedo con banderas blancas en las manos algunas veces ; y como digo otras cosas he visto dellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran vene-

ración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos á entender.

Estando una noche en oración comenzó el Señor á decirme algunas palabras, y trayéndome á la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria ; porque trae consigno esculpida una verdad que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad, que había tenido ; y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en El voluntad que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla El. Otras veces me dijo que me acordase cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba El haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad á entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaecíame reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprensión verdadera.

Pues tornando á lo que decía, como comenzó el Señor á traerme á la memoria mi ruin vida, á vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada, á mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced ; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, ha-

berme primero deshecho á mí misma : para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde ha un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Ví á la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóme, por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente á aquella Majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo y aun aprovechamiento.

Esta misma visión he visto otras tres veces : es á mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi todo á esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida ; porque ya que yo, gloria á Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien como era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá, y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento que no sabré yo decir cómo, mas es

muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones, y otras cosas : mas ya he dicho, que hay más y menos aprovechamiento : désta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba á comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima que había visto, y miraba que era El, que estaba en el santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran majestad? Bendito seáis, Señor, alabemos los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

Podríanos acaecer lo que á un labrador, y esto sé cierto que pasó así : hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él le dió una tristeza, que poco á poco se vino á morir de puro afligido y cuidadoso de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco á poco se lo fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco á poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una

majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca como es la hostia, es así, que despues acá á mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme á El, si el que me ha hecho tan grandes mercedes, y hace, no me le diese ; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas. Pues ¿qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar á este Señor de tan gran majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, á aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele más y aflige al alma, por no le haber servido, el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura con una ternura y afabilidad, que temor pone la majestad que ve en El. ¿Mas qué podría yo sentir dos veces que ví esto que dije? Cierto, Señor mío y gloria mía, que estoy por decir, que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he decho algo en vuestro servicio. ¡ Ay, que no sé qué me digo, que, casi sin hablar yo, escribo ya esto ! Porque me hallo turbada, y algo fuera de mí, como he tornado á traer á mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí este sentimiento, que había hecho algo por Vos, Señor mío ; mas pues no puede haber buen pensamiento, si Vos no lo dais, no hay qué me agradecer : yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

Llegando una vez á comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma más claro que con los del

cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote ; y ví á mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejarais ir. Diome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía á Dios : sea bendito por siempre jamás.

Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte adonde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años : mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece

estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía á mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que á mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro : como le ví llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto : en todo el oficio no vi más demonio, después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaba dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo ; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad. Verdad es, que aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

Ya que he comenzado á decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo, para ningún aprovechamiento. Dijé-

ronme era muerto un nuestro provincial que había sido (y cuando murió lo era de otra provincia), á quien yo había tratado, y debido algunas buenas obras : era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, diome mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado, cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas; y con mucha fatiga me fui á un oratorio : dile todo el bien que había hecho en mi vida, que sería bien poco, y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir del purgatorio.

Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra á mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, mas en tanto extremo quedé consolada que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión ; digo, que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen á Dios, y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto ; porque cuando así el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar á su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió

bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dio ; que fué de tan gran edificación, que á todos dejó espantados del conocimiento y lagrimas y humildad con que murió.

Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día y medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una lección de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro) yo estaba en pie para ayudarla á decir el verso. A la mitad de la lección, la vi que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Esta no fué visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta deciocho ó veinte años : siempre había sido enferma, y muy sierva de Dios, amiga del coro, y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio ; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobraran méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen (habría cuatro horas que era muerta), entendí salir del mismo lugar, é irse al cielo.

Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte, que aun un buen pensamiento, á mi parecer, no podía admitir : habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podía, encomendándole á Dios, y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, diome un gran recogimento, y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él :

por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dio un recogimiento, y vi como era muerto, y subir al cielo, sin entrar en purgatario. Murió á aquella hora que yo lo vi, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile, que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto, paréceme debe ser, porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfeción, que es ser fraile.

No quiero decir más destas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, si no es la de este padre, y el santo fray Pedro de Alcántara, y el padre domínico que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen : es grande la diferencia que hay de unos á otros.

CAPÍTULO XXXIX

Estando yo una vez importunando al Señor mucho porque diese vista á una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido : yo teníale gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oir. Aparecióme como otras veces, y comenzóme á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que á vuelta del clavo sacaba la carne : veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pidiese, que El me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabía El que yo no pediría, sino conforme á su gloria, y que así haría esto, que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir; que cuán mejor lo haría ahora, que sabía le amaba : que no dudase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista á aquella persona. Esto supo mi confesor luego : ya puede ser no fuese por mi oración, mas yo como había visto esta visión, quedóme una certidumbre que, por merced hecha á mí, di á su Majestad las gracias.

Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de

qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuele á ver mi confesor, que era el Rector que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome, que en todo caso le fuese á ver, que era persona que yo lo podía hacer, por ser mi deudo. Yo fui, y movióme á tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente á pedir su salud al Señor : en esto ví claro, á todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego á otro día estaba del todo bueno de aquel dolor.

Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona á quien yo tenía mucha obligacíon quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada á ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio pacer para que lo dejase, y aun parecía que no le había. Supliqué á Dios muy de corazón que le pusiese, mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuíme, estando así, á una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio), y estando en una, adonde está Cristo á la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía ; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, que yo me espanté, que sólo oir una voz (que esto oílo con los oídos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y así fue, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aun no era

(como si lo viera hecho) como fue después. Díjelo á mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados y siervos de Dios.

Sabía que una persona que se había determinado á servir muy de veras á Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, que por ciertas ocasiones que había tenido, la había dejado, y aun no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dio grandísima pena, por ser persona á quien quería mucho, y debía : creo fue más de un mes que no hacía sino suplicar á Dios tornase este alma á sí. Estando un día en oracíon, vi un demonio cabe mí, que hizo unos papeles que tenía en la mano pedazos con mucho enojo, y á mí me dió gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía : y así fue (que después lo supe) que había hecho una confesión con gran contrición, y tornóse tan de veras á Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante : sea bendito por todo, amén.

En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídolas á más perfeción, es muchas veces ; y de sacar almas del purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luego dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar de creer que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad) mas son ya tantas las cosas, y tan vistas de otras perso-

nas, que no me da pena creerlo, y alabo á su Majestad, y háceme confusión, porque veo soy más deudora, y háceme, á mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avívase el amor. Y lo que más me espanta es que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza y espíritu y cuidado, que aunque más quiero forzarme es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme á suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte que ve que no le entienden, ó como quien habla claro y despierto, á quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera que se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? ¡Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para estar! Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con

qué de imperfecciones me veo ! ¡ Con qué flojedad en serviros ! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí : el que puede lo remedie.

Estando en casa de aquella señora que he dicho, adonde había menester estar con cuidado, y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida ; porque estaba muy estimada y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas á que me pudiera bien apegar, si mirara á mí, mas miraba el que tiene verdadera vista á no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas á quien Dios ha llegado á dar á conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, adonde tanto se encubre. Como una vez el Señor me dijo que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, ó me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una sola sílaba que sea. Así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, ó porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor ; sino llamo dicho de mí, no ser dado á entender en revelación.

Mas ¡ ay, Dios mío ! ¡ y cómo aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, tan bien como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los

años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa á quien sin ninguna da sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más á uno, que á otro en muchos! Y es cosa ésta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que éste juzga por los efectos y determinaciones y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque, como digo, dalo el Señor á quien quiere, y aun á quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora á esta casa unas doncellas que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo) no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordase del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que saben que las ama. Déjanlo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura: todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé á tener oración, y me comenzó á hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses,

y aun con alguna en tres días, con hacerlas muchas menos que á mí, aunque bien las paga su Majestad: á buen seguro que no están descontentas por lo que por El han hecho.

Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (á los que los tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración) y no para fatigar á los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás, para que anden á nuestro paso, y á los que vuelan como águilas, con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y, si los viéremos con humildad darles la rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe) ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme á nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes efectos y determinaciones, porque sin experiencia se pueden mal entender, humillémonos y no los condenemos, que, con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos á nosotros, y perdemos esta ocasión, que el Señor pone para humillarnos, y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas y llegadas á Dios deben de estar estas almas que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega á ellas.

No entiendo otra cosa, ni la querría entender sino que oración de poco tiempo, que hace efectos muy grandes, que luego se entienden, (que es imposible que los haya para dejarlo todo, sólo

por contentar á Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero que al primero á hacer cosa que sea nada por Dios; salvo, sí, unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efecto y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy ésta, y olvidaré las mercedes á cada paso. No digo yo que no las tendrá su Majestad en mucho, según es bueno, mas querría yo no hacer caso dellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes: si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros: mas no valgo nada, Señor mío, ponedme vos el valor, pues tanto me amáis.

Acaecióme un día déstos, que con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que parece me ha costado algún trabajo, estando consolada de verlo así concluído, y pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que en algo se había querido servir de mí, comencé á pensar las cosas que había pasado: y es así, que en cada una de las que parecía eran algo, que yo había hecho, hallaba tantas faltas é imperfecciones, y á veces

poco ánimo, y muchas poca fe ; porque hasta ahora, que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar : no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecía imposible, por otra no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no querría se me acordase, por no tropezar con tantas faltas mías. Bendito sea el que de todas saca bien, cuando es servido : amén.

Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merezcan, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá á la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas, que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad : ya puede ser lo sea, mas yo por atrevimiento lo tengo ; pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser que, como nunca he servido, no he podido : por ventura, si lo hubiera hecho, quisiera más que todos me los pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oración

ha sido humilde ; mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó : y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos? ¡Pues, si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan á dar mil ducados, que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos! Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá ; pues ¿qué será en lo que sólo Dios sabe? y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto á los postreros como á los primeros.

Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé á decir, que era esta visión. Vime estando en oración en un gran campo á solas : en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenía rodeada : todos me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte, sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi á Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba ; y poco después me vi casi en

aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma. Dejemos los que no sirven mucho al Señor y honras y haciendas y deleites y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y, lo que más espanta, personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender ni qué hacer.

¡Oh, válgame Dios, si dije de las maneras, y diferencias de trabajos, que en este tiempo tuve, aun después de lo que atrás queda dicho, como sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fue la mayor persecución, me parece, de las que he pasado. Digo, que me vi á veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar á Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes no enviaba el Señor, como me lo mostró, una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida á nada, mas de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir: seáis bendito por siempre.

Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento á cosas que no eran perfectas (aun no me parece estaba con el desasimiento que

suelo) como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones: estaba en fin con una obscuridad grande de alma. Estando con esta pena, comenzóme á hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si El se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme á entender, cuán bien empleada es esta guerra y contienda, por tal premio, y parecióme tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor — *Ya eres mía, y yo soy tuyo.* ¿Qué se me da, Señor, á mí de mí, sino de Vos? Son para mí estas palabras y regalos tan grandísima confusión, cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas á mi confesor, mas ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy casi olvidada de mis obras, sino un representárseme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que también me parece á veces sobrenatural.

Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel de-

seo, que aunque me pusieran lanzas á los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué á la Iglesia diome un arrobamiento grande : parecióme vi abrir los cielos, no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono, que dije á vuestra merced he visto otras veces, y otro encima dél, adonde, por una noticia que no sé decir, aunque no lo ví, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, á mí me parece he oído una figura destos animales : pensé si eran los Evangelistas, mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no vi sino muy gran multitud de ángeles. Pareciéronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines, ó querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento : es grande la diferencia, como he dicho. Y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quien, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello : es así, que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse á ella ; porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar : parecióme había sido muy breve espacio, espantéme cuando dio el reloj y vi que eran dos horas que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después cómo en

llegando á este fuego (que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más le quiera y procure y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener une centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas y tibieza y miseria, y á manera de cómo hace el ave fénix (según he leído) y de la misma ceniza, después que se quema, sale otra : así queda hecha tiras el alma después con diferentes deseos y fortaleza grande. No parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo á su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase yo á servirle, me dijo — *Buena comparación has hecho : mira no se te olvide para procurar mejorarte siempre.*

Estando una vez con la misma duda, que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor — *¡Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, ó no : que si estaba y lo era, que creyese no me dejaría perder.* Yo me fatigué mucho de aquella exclamación : con gran ternura y regalo me tornó á decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme á todo lo que fuese su servicio, que se haría todo lo que yo quería ; y así, se hizo lo que entonces le suplicaba : que mirase el amor que se iba en mí aumentando cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio, que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar

la claridad de entendimiento y quietud, que tienes. Dióme á entender que habiéndome dicho tantas personas y tales que era Dios, que haría mal en no creerlo.

Estando rezando el salmo de *Quicumque vult*, se me dió á entender la manera cómo era un solo Dios y tres personas, tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso ó se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

Un día de la Asunción de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo y el alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar adonde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria : quedé con grandes efectos, y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme gran deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció.

Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas ; esto ví dos veces ; cuando otras personas comulgaban no lo veía.

CAPITULO XL

Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien comencé à pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Comenzóse con esta consideración á inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta majestad se me dio á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades : no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma verdad : — *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad : no faltará una tilde della.* A mí me pareció, que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome : — *¡Ay hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí : con claridad verás esto que ahora no entiendes, en lo que aprovecha á tu*

alma. Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la obscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no vi nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me pondría delante, que no pasase por esto.

Quedóme una verdad desta divina verdad, que se me representó sin saber cómo ni qué esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque da noticia de su Majestad y poder, de una manera que no se puede decir : sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé á tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura y regalo y humildad. Paréceme que, sin entender cómo, me dio el Señor aquí mucho : no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No ví nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más á Dios : y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma verdad. Esto que entendí es, darme el Señor á entender que es la misma verdad.

Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían. Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, mas que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme, que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad deste mundo. Esta verdad, que digo se me dio á entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen desta verdad, como todos los demás amores deste amor, y todas las demás grandezas desta grandeza, aunque esto va dicho obscuro, para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender. ¡Y cómo se parece el poder desta majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh Grandeza y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío, todopoderoso? ¡Mirad á quién hacéis tan soberanas mercedes! No os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélago de vanidades, y todo por mi culpa; que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo misma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced, á quien tan mal os lo ha merecido?

Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro

Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro, como en un espejo, y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fue esta visión de gran provecho : cada vez se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el sér ; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que obscurecido. Es muy diferente el cómo se ve, á decirse, porque se puede mal dar á entender. Mas hame hecho mucho provecho, y gran lástima de las veces que con mis culpas obscurecí mi alma, para no ver este Señor.

Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse á considerar al Señor en lo muy interior de su alma ; que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa que fuera de sí, como otras veces he dicho ; y en algunos libros de oración está escrito, adonde se ha de buscar á Dios : en especial lo dice el glorioso san Agustín, que ni en las plazas ni los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor : y no es menester ir al cielo, ni más lejos que á nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí, por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento, que

pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho) quedarse el alma recogida, y aun en lo exterior no poder tornar en sí, mas quedan las dos potencias, memoria y entendimiento, casi con frenesí, muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial á los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece á algunas personas. Tendría por bueno, que se forzasen á dejar por entonces la oración, y la cobrasen en otro tiempo : aquél que pierden, que no sea junto, porque podrá venir á mucho mal. Y de esto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

En todo es menester experiencia y maestro, porque, llegada el alma á estos términos, muchas cosas se ofrecen que es menester con quién tratarlo : y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado à mí, siendo la que soy ; porque creo hay pocos que hayan llegado á la experiencia de tantas cosas ; y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, (y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres), con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres á quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este

camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

Estando una vez en oración, se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé ; mas quedó muy imprimido en mi alma,y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no tendrían corazón, ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme, ya digo sin poder afirmarme en que vi nada ; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, ó yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben después formar, como allí el Señor se lo representa, y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera que yo no la sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en

este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece adónde me meter. ¡Oh, quién pudiese dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes á su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de El! Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan fuera de quien El es son cosas semejantes; y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Hame hecho considerar, si una cosa como ésta así deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuestra merced sino como vivo viendo estas cosas, y mirándome á mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y

con la fortaleza que los della han de sustentar la fe.

Estando una vez rezando cerca del santísimo Sacramento aparecióme un santo cuya Orden ha estado algo caída : tenía en las manos un libro grande, abrióle, y díjome que leyese unas letras, que eran grandes, y muy legibles, y decían así : « En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires. »

Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis ó siete, me parece serían desta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fe ; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo, adonde se combatían muchos, y estos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban : parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecídome la oración que hago por su Orden ; y prometido de encomendarme al Señor. No señalo las Ordenes, si el Señor es servido se sepa las declarará, porque no se agravien otras, mas cada Orden había de procurar, ó cada una dellas por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia, le sirviesen : dichosas vidas, que en esto se acabaren.

Rogóme una persona una vez que suplicase á Dios le diese á entender si sería servicio suyo

tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar : — Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar ; dando á entender, que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo, quien hubiere de tener prelacías, ó al menos de procurarlas.

Estas mercedes y otras muchas ha hecho el Señor, y hace muy continuo á esta pecadora, que me parece no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

Díjome una vez, consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un sér, que unas veces tendría fervor y otras estaría sin él ; unas con desasosiegos, y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en El y no temiese.

Estaba un día pensando si era asimiento darme contento estar con las personas que trató mi alma, y tenerlas amor, y á los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos ; me dijo : — Que si á un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que, ¿qué hubiera hecho, si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho que daño. Consolóme mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas

me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos, y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir á dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé á llorar mucho y á afligirme. Esto no es sola una vez, sino, como digo, muchas, que me parece me daba un enojo contra mí misma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo continuo es entender de mí, que no me tengo aborrecida, ni falto á lo que veo me es necesario; plega el Señor que no tome muchas más de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor de El, y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece que nunca me ví en pena, después que estoy determinada á servir con todas mis fuerzas á este Señor y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que más de voluntad pido á Dios. Dígole algunas veces con toda ella: — Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí. Dame consuelo oir el reloj, por-

que me parece me allego un poquito más para ver á Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

Otras veces estoy de manera que ni me siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza y obscuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuestra merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino á mis confesores ó á personas que sabía dellos lo sabían, he tenido gran aviso y extremo ; y no por humildad, sino porque, como he dicho, aun á los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria á Dios, aunque mucho me murmuran, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas : como entiendo, que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo. No sé si es parte para esto, haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y adonde ya, como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí, mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar á algunas personas; mas como no estoy adonde me vean, parece ya fue el Señor servido echarme á un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya

fuera de mundo, y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa : en más tendría se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que después que estoy aquí ha sido el Señor servido que todos mis deseos paren en esto. Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo, ni contento ni pena, que sea mucha, no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, pasa con tanta brevedad que yo me maravillo, y deja el sentimiento como una cosa que soñó : y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera holgarme de aquel contento, ó pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería á una persona discreta tener pena ó gloria de un sueño que soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello que, por no estar yo mortificada ni muerta á las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne á cegar.

Desta manera vivo ahora, señor y padre mío : suplique vuestra merced á Dios, ó me lleve consigo ó me dé cómo le sirva. Plega á su Majestad esto que aquí va escrito haga á vuestra merced algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo : mas dichoso sería el trabajo si he acertado á decir algo, que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuestra merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuestra merced sabe, pues son y han sido confesores míos, porque si va mal, es bien pierdan la buena

opinión que tienen de mí; y si va bien, son buenos y letrados: sé que verán de dónde viene y alabarán á quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre á vuestra merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz alumbre á esta miserable, poco humilde y mucho atrevida que se ha osado determinar á escribir en cosas tan subidas. Plega el Señor no haya en ello errado, teniendo intención y deseo de acertar y de obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido á concertar ésta mi disparatada vida; aunque no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega el Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo á hacer su voluntad, y no permita se pierda este alma, que con tantos artificios y maneras, y tantas veces, ha sacado su Majestad del infierno y traído á sí. Amén.

Jhs.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, amén. No sería malo encarecer á vuestra merced este servicio, por obligarle á tener mucho cuidado de encomendarme á nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita, y traer á la memoria tantas miserias mías, bien podría:

aunque con verdad puedo decir que he sentido más en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á su Majestad. Yo he hecho lo que vuestra merced me mandó en alargarme, á condición que vuestra merced haga lo que me promentió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuestra merced envía por él. Puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar á ver lo que escribía ; suplico á vuestra merced lo enmiende y mande trasladar, si se ha de llevar al P. maestro Avila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir ; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí. En todo haga vuestra merced como le pareciere ; y vea está obligado á quien así le fía su alma. La de vuestra merced encomendaré yo toda mi vida á nuestro Señor : por eso, dése prisa á servir á su Majestad, para hacerme á mí merced, pues verá vuestra merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuestra merced lo ha comenzado, á quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos adonde más claramente vuestra merced y yo veamos las grandes, que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabóse este libro en junio, año de MDLXII.

N N

JHS.

ESTE TRATADO,

llamado

Castillo Interior,

escribió

TERESA DE JESÚS,

monja de nuestra Señora del Carmen,

Á SUS HERMANAS
É HIJAS LAS MONJAS
CARMELITAS DESCALZAS.

N N

PRIMERAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

ESTANDO hoy suplicando á nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa qué decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento ; que es, considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante, ó muy claro cristal, á donde hay muchos aposentos ; así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso, á donde dice El tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento á dónde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderla ; así como no pueden llegar

á considerar á Dios, pues El mismo dice que nos crió á su imagen y semejanza. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura deste castillo; porque puesto que hay la diferencia dél á Dios, que del Creador á la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad que es hecha á su imagen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión, que por nuestra culpa no entendamos á nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen á uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así á bulto (porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe) sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en este alma, ó quien está dentro en este alma, ó el gran valor della, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos ve en la grosería del engaste ó cerca deste Castillo, que son estos cuerpos. Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas Moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras á los lados y en el centro, y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es á dónde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vayáis advertidas á esta comparación; quizá será Dios servido pueda por ella daros algo á entender

de las mercedes que es Dios servido hacer á las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, cuanto más quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere saber, que es posible; y á quien no, para alabar su gran bondad: que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos, y procuramos alcanzar lo que ellos gozan, tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa. Tuego por cierto que á quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes á un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas á nosotras, y de que su Majestad dé á entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego á que dio vista, cuando le preguntaron los Apóstoles si era por sus pecados ó de sus padres. Y así acaece no las hacer por ser más santos á quien las hace, que á los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas. Podráse decir que parecen cosas imposibles y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que

ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar á los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán á más amar á quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere, no lo verá por experiencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa á sus obras; y así, hermanas, jamás os acaezca á las que el Señor no llevare por este camino.

Pues tornando á nuestro hermoso y deleitoso Castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este Castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues sé es el mismo: como parecería desatino decir á uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habéis de entender, que va mucho de estar á estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del Castillo, que es á donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saber qué hay en aquel tan precioso lugar, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí: pues esto mismo es. Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía, ó tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar; que así son, que hay almas tan enfermas, y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con

las sabandijas y bestias que están en el cerco del Castillo, que ya casi está hecha como ellas : y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla. Porque á cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este Castillo es la oración y consideración : no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quien habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y á quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene á la boca y tiene deprendido, por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega á Dios que ningún cristiano la tenga desta suerte; que entre vosotras, hermanas, espero en su Majestad no lo habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad. Pues no hablemos con estas almas tullidas, que si no viene el mismo Señor á mandarlas se levanten, como al que había treinta años que estaba en la picina, tienen harta mala ventura, y gran peligro, sino con otras almas que en fin entran en el Castillo ; porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en

tarde, se encomiendan á nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy despacio ; alguna vez en un mes rezan llenas de mil negocios (el pensamiento casi lo ordinario en esto) porque están tan asidas á ellos, que (como á donde está su tesoro se va allá el corazón) ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento, y ver que no van bien para atinar á la puerta. En fin entran en las primeras piezas de la bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del Castillo, ni sosegar : harto hace en haber entrado.

Pareceros ha, hijas, que esto es impertinente, pues por la bondad del Señor no sois déstas. Habéis de tener paciencia, porque no sabré dar á entender, como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oración, si no es así, y aun plega el Señor que atine á decir algo; porque es bien difficultoso lo que querría daros á entender, si no hay experiencia : si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar en lo que, plega al Señor, no nos toque por su misericordia.

CAPÍTULO II

Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios : cuando cae en un

pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan obscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura,todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene, que todas *las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto* para alcanzar gloria ; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable á sus ojos; pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla. Yo sé de una persona á quien quiso nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese á mayores trabajos que se pueden pensar, por huir de las ocasiones. Y así le dio mucha gana, que todos lo entendieran; y así os la dé á vosotras, hijas, de rogar mucho á Dios por los que están en este estado, todos hechos una obscuridad, y así son sus obras ; porque así cómo de una fuente muy clara lo son todos los arroyos que salen della, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables á los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden desta fuente de vida, á donde el alma está como un árbol

plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera, si no le procediere de allí, que esto le sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto; así el alma, que por su culpa se aparta desta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre della es la misma desventura y suciedad. Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro della, y cosa no puede quitar su hermosura ; mas si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el dol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal.

¡Oh, almas redimidas por la sangre de Jesucristo : entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que, entendiendo esto, no procuráis quitar esta pez deste cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis á gozar desta luz. ¡Oh Jesús! ¡Qué es ver á un alma apartada della! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y maestresalas, con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin¡ como á donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar? Oí una vez á un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es, hijas, de

lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir á Dios en nuestras oraciones; porque, si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad. Decía aquella persona, que había sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo : la una un temor grandísimo de ofenderle, y así siempre le andaba suplicando no la dejease caer, viendo tan terribles daños. La segunda, un espejo para la humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino desta fuente, á donde está plantado este árbol de nuestras almas, y es deste sol, que da calor á nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena, ó viéndola hacer, acudía á su principio, y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego á alabar á Dios, y lo más ordinario no se acordar de sí en cosa buena que hiciese. No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastaseis en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y así por ventura quiere el Señor que vengan á nuestra noticia semejantes comparaciones : plega á su bondad nos dé gracia para ello.

Son tan obscuras de entender estas cosas interiores, que á quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y aun desatinadas, para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé ; que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué

decir ni cómo comenzar. Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interiores como pudiere, porque siempre oímos cuán buena es la oración, y tenemos de constitución tenerla tantas horas; y no se nos declara más de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor en un alma declárase poco, digo sobrenatural. Diciéndose y dándose á entender de muchas maneras, sernos ha mucho consuelo considerar este artificio celestial interior, tan poco entendido de los mortales, aunque vayan muchos por él. Y aunque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo á entender, entiendo que algunas no las había entendido como después acá, en especial de las más dificultosas. El trabajo es, que para llegar á ellas, como he dicho, se habrán de decir muchas muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

Pues tornemos ahora á nuestro Castillo de muchas Moradas. No habéis de entender estas Moradas una en pos de otra, como cosa enhilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza, ó palacio á donde está el rey, y considerar como un palmito, que para llegar á lo que es de comer, tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan ; así acá en rededor desta pieza están muchas, y encima lo mismo, porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y á todas partes della se comunica este sol, que está en este palacio. Esto importa mucho á cualquier alma que tenga oración, poca ó mucha, que no la arrinconen

ni aprieten: déjenla andar por estas Moradas, arriba y abajo y á los lados, pues Dios le dio tan gran dignidad: no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, ó que si es en el propio conocimiento, que con cuán necesario es esto (miren que me entendían) aun á las que las tiene el Señor en la misma Morada que El está, que jamás por encumbrada que esté le cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera; que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir á volar para traer flores, así el alma en el propio conocimiento; créame, y vuele algunas veces á considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y más libre de las sabandijas á donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto; tanto es lo de más como lo de menos, suelen decir. Y créanme que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas á nuestra tierra. No sé si queda dado bien á entender por qué es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno á decir que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento á donde se trata desto, que volar á los demás, porque este es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? mas que busque cómo aprovechar

más en esto : Y á mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios : mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza, y mirando su limpieza veremos nuestra suciedad ; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. Hay dos ganancias desto. La primera, está claro que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y al contrario el negra cabe la blanca. Le segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando á vueltas de sí con Dios ; y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias es mucho inconveniente. Así como decíamos de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes, así acá, aunque no son como aquéllas (Dios nos libre, que esto es comparación) metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilaminidad y corbadía, de mirar si me miran no me miran ; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración, si me tendrán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos las extremos, aunque sean en virtud, que como soy tan pecadora será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño á los buenos, que una como yo no ha menester particularidades. ¡ Oh, válgame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí ! que todo esto les parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir,

y viene de no acabar de entendernos: tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto, que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro Bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque ésta es la primera Morada, es muy rica, y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas della, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.

Destas Moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de experiencia; por eso digo que no consideren pocas piezas sino de millón, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas, y otras con buena intención; mas como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios, para combatir que no pasen de unas á otras, y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos. Lo que no puede tanto á las que están más cerca de donde está el Rey; que aquí, como aun se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias que Dios les dio de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado han menester acudir

á menudo, como pudieren, á su Majestad, tomar á su bendita Madre por intercesora, y á sus santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados poca fuerza tienen para se defender. A la verdad en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad nos la dé por su misericordia, amén. ¡ Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad y propio conocimiento, no os digo más aquí, aunque es lo que más nos importa ; y aun plega el Señor haya dicho algo que os aproveche.

Habéis de notar que en estas Moradas primeras aun no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey, porque aunque no están obscurecidas y negras, como cuando el alma está en pecado, está obscurecida en alguna manera, para que no la pueda ver (el que está en ella digo) y no por culpa de la pieza (que no sé darme á entender) sino porque con tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas que entraron con él, no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrase en una parte á donde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir, clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento, ó cosas destas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos, para no ver sino á ellas. Así me parece debe ser un alma, que aunque no está en mal estado, está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda ú honra ó negocios, como tengo dicho, que aunque en hecho de verdad se querría ver y gozar de su hermosura, no le dejan, ni parece

que puede descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho para haber de entrar á las segundas Moradas, que procure dar de mano á las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar á la Morada principal, que si no comienza á hacer esto, lo tengo por imposible, y aun estar sin mucho peligro en la que está, aunque haya entrado ésta en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez ú otra es imposible dejarle de morder.

¿Pues qué sería, hijas, si á las que ya están libres destos tropiezos, como nosotras, y hemos ya entrado muy más dentro á otras Moradas secretas del Castillo, si por nuestra culpa tornásemos á salir á estas baraúndas, como por nuestros pecados debe haber muchas personas que las ha hecho Dios mercedes, y por su culpa las echan á esta miseria? Acá, libres estamos en lo exterior; en lo interior plega el Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad que en pocas Moradas deste Castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es, que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear (como creo he dicho) que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides y que no nos engañe hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño, entrando poco á poco, y hasta haberlo hecho, no le entendemos. Ya os dije otra vez que es como una lima sorda, que hemos menester entenderle á los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo

mejor á entender. Pone en una hermana unos ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es ; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida que viene á perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien. Pone á otra un celo de la perfección muy grande : esto muy bueno es ; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir á la priora ; y aun á las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la Religión, como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien. Lo que aquí pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con más perfección. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño : cada una se mire á sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase ; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que á las veces no será imperfección, sino como sabemos poco, quizá lo echa-

remos á la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras : mirad si costaría caro la perfección. También podría el demonio poner esta tentación con la priora, y sería más peligrosa. Para esto es menester mucha discreción ; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Costitución, es menester que no todas veces se eche á buena parte, sino avisarla ; y si no se enmendare, al prelado : esto es caridad. Y también con las hermanas, si fuese alguna cosa grave, y dejarlo todo por miedo si es tentación, sería la misma tentación. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuración, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria á Dios, no hay tanto lugar, como se guarda tan continuo silencio, mas bien es que estemos sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS

CAPÍTULO ÚNICO

AHORA vengamos á hablar cuáles serán las almas que entran á las segundas Moradas, y qué hacen en ellas. Querría deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo, y será imposible dejar de tornar á decir otra vez mucho dello, porque cosa no se me acuerda de lo dicho ; que si se pudiera guisar de diferentes maneras, bien sé que no os enfadaréis, como nunca nos cansamos de los libros que tratan desto, con ser muchos.

Es de los que han ya comenzado á tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras Moradas ; mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas, y entender que es bien dejarlas. Estos en parte tienen harto más trabajo que los primeros, aunque no tanto peligro ; porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán más adentro. Digo que tienen más trabajo, porque

los primeros son como mudos, que no oyen, y así pasan mejor su trabajo de no hablar, lo que no pasarían, sino muy mayor, los que oyesen, y no pudiesen hablar ; mas no por eso se desea más lo de los que no oyen, que en fin es gran cosa entender lo que nos dicen. Así éstos entienden los llamamientos que les hace el Señor ; porque como van entrando más cerca de donde está su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados (porque estas bestias son tan ponzoñosas, y peligrosa su compañía, y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer) con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez ú otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos á El ; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda ; y así, como digo, es más trabajo que no lo oir. No digo qué son estas voces y llamamientos, como otras que diré después, sino con palabras que oyen á gente buena, ó sermones, ó con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habéis oído por donde llama Dios, ó enfermedades, ó trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración : sean cuán flojamente quisiereis, ténelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primer merced, ni os desconsoléis, aunque no respondáis luego al Señor, que bien sabe su Majestad aguardar muchos días y años, en

especial cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esto es lo más necesario aquí, porque con ella jamás se deja de ganar mucho. Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios de mil maneras, y con más pena del alma que aun en la pasada; porque acullá estaba muda y sorda, al menos oía muy poco, y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer. Aquí está el entendimiento más vivo, y las potencias más hábiles: andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oir. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos dél casi eternos: la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia (que siempre comienza el alma que entra en esta Morada á desear hacer alguna) y otras mil maneras de impedimentos. ¡Oh Jesús, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios, y las aflicciones de la pobre alma que no sabe si pasar adelante, ó tornar á la primera pieza! Porque la razón, por otra parte, le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada en comparación de lo que pretende. La fe la enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto son olvidados de todos, como ha visto á algunos que conoció en gran prosperidad pisar debajo de la tierra, y aun pasado por la sepultura él muchas veces; y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas

cosas que le puede poner delante. La voluntad se inclina amar, á donde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna; en especial se le pone delante, como nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y sér. Luego el entendimiento acude con darle á entender que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años: que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos que le pone el demonio de trabajos y cuidados y contradicciones: y le dice que esté cierto, que fuera deste Castillo no hallará seguridad ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar, que quién hay que halle todo lo que ha menester como en su casa, en especial teniendo tal huésped; que le hará señor de todos los bienes, si él quiere no andar perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos. Razones son éstas para vencer los demonios. ¡Mas, oh Señor y Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que creemos más lo que vemos que lo que ella nos dice. Y á la verdad no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que, como si á uno muerde una víbora, se emponzoña todo y se hincha, así es acá, cuando no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar, y harta merced nos hace Dios, si no morimos dello. Cierto pasa el alma aquí grandes trabajos: en especial

si entiende el demonio, que tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante, todo el infierno juntará para hacerle tornar á salir fuera. Ah Señor mío, aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada : por vuestra misericordia, no consintáis que este alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz, para que vea cómo está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías ; que grandísima cosa es tratar con los que tratan desto; allegarse no sólo á los que viere en estos aposentos que él está, sino á los que entendiere que han entrado á los de más cerca, porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo. Siempre esté con aviso de no se dejar vencer, porque si el demonio le ve con una gran determinación de que antes perderá la vida y el descanso, y todo lo que le ofrece, que tornar á la pieza primera, muy más presto le dejará. Sea varón, y no de los que se echaban á beber de bruc, cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién, sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz ; aunque otras veces he dicho esto, importa tanto que lo torne á decir aquí. Es que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es muy baja manera de comenzar á labrar un tan precioso y grande edificio ; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo : nunca acabarán de andar disgustados y tentados ; porque no son éstas las Moradas á donde se llueve la maná, están más adelante, á donde todo sabe á lo que quiere un alma, porque no

quiere sino lo que quiere Dios. Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos é imperfecciones, y las virtudes que aun no saben andar, sino que ha poco que comenzaron á nacer, y aun plega á Dios estén comenzadas, ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas: abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que ésta ha de ser vuestra empresa: la que más pudiere padecer, que padezca más por El, y será la mejor librada. Lo demás, como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias. Pareceros ha que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene: no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir que no sabemos lo que pedimos. Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda á hacer su voluntad conforme con la de Dios; y (como diré después) estad muy ciertas que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfección tuviere en esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino: no penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien. Pues si erramos en el principio, queriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio? Procuremos

hacer lo que es en nosotros, y guardarnos destas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotras, y sequedades, y aun algunas veces permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después, y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Por eso no os desaniméis, si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante, que aun desa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero. Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria y el gran daño que nos hace andar derramados, sino en esta batería que se pasa para tornarnos á recoger, bastaba. ¿Puede ser mayor mal que no nos hallemos en nuestra misma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas pues en las propias no podemos sosegar? Sino que tan grandes y verdaderos amigos y parientes y con quien siempre (aunque no queramos) hemos de vivir, como son las potencias, éstas parece nos hacen la guerra, como sentidas de las que á ellas les han hecho nuestros vicios. Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó á sus Apóstoles tantas veces. Pues creedme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños. Acábese ya esta guerra por la sangre que derramó por nosotros, lo pido yo á los que no han comenzado á entrar en sí; y á los que han comenzado, que no basté para hacerlos tornar atrás Miren que es peor la *recaída, que la caída:* ya

ven su pérdida : confíen en la misericordia de Dios, y no nada en sí, y verán cómo su Majestad le lleva de unas Moradas á otras, y le mete en la tierra á donde estas fieras no le puedan tocar, ni cansar, sino que él las sujete á todas, y burle dellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida digo. Porque, como dije al principio, os tengo escrito cómo os habéis de haber en estas turbaciones que aquí pone el demonio, y cómo no ha de ir á fuerza de brazos el comenzarse á recoger, sino con suavidad, para que podáis estar más continuamente, no lo diré aquí; mas de que de mi parecer hace mucho al caso tratar con personas experimentadas ; porque en cosas que es necesario hacer, pensaréis que hay gran quiebra : como no sea el dejarlo, todo lo guiará el Señor á nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe, que para este mal no hay remedio, si no se torna á comenzar, sino ir perdiendo poco á poco cada día más el alma, y aun plega á Dios que lo entienda. Podría alguna pensar que si tanto mal es tornar atrás, que mejor será nunca comenzarlo, sino estarse fuera del Castillo. Ya os dije al principio y el mismo Señor lo dice, que quien anda en el peligro en él perece, y que la puerta para entrar en este Castillo es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos á Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. El mismo Señor dice : Ninguno *subirá* á mi Padre, sino por mí. (*No sé si dice así, creo que sí.*) Y *quien*

me ve á Mí, ve á mi Padre. Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará á amar á este Señor? Plega á su Majestad nos dé á entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor ; y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación.

TERCERAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado á las terceras moradas, ¿qué les diremos? Sino, ¡bienaventurado el varón que teme al Señor! No ha sido poco hacer su Majestad que entienda yo ahora qué quiere decir el romance deste verso á este tiempo, según soy torpe en este caso. Por cierto con razón le llamaremos bienaventurado, pues si no torna atrás, á lo que

podemos entender, lleva camino seguro de su salvación. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto, que nunca deja el Señor de ponerle en seguridad de conciencia, que no es poco bien. Digo en seguridad, y dije mal, que no la hay en esta vida; y por eso siempre entended, que digo si no torna á dejar el camino comenzado. Harto gran miseria es vivir en vida, que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir, ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh Señor mío, y bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer, y pedir nos saquéis della, si no es con esperanza de perderla por Vos, ó gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que es vuestra voluntad! Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir es estar ya en seguridad con los bienaventurados; que con estos temores, ¿qué contento puede tener, quien todo su contento es contentar á Dios? Y considerá que éste, y muy mayor, tenían algunos santos que cayeron en graves pecados; y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir dellos, y hacer la penitencia que ellos. (*Entiéndese del auxilio particular*). Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor

escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo, ni cómo vivo, cuando se me acuerda que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva su Majestad en mí siempre, porque si no es así, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es así como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisierais que hubiera sido muy santa, y tenéis razón : también lo quisiera yo ; mas ¿qué tengo de hacer si lo perdí por sola mi culpa? ¿Qué no me quejaré de Dios, que dejó de darme bastantes ayudas para que se cumplieran vuestros deseos : qué no puedo decir esto sin lágrimas y gran confusión de ver que escribo yo cosa para las que me pueden enseñar á mí? ¡ Recia obediencia ha sido ! Plega el Señor, que pues se hace por El, sea para que os oprovechéis de algo, porque le pidáis perdone á esta miserable atrevida. Mas, bien sabe su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarme á ella y confiar en los méritos de su Hijo, y de la Virgen madre suya, cuyo hábito indignamente traigo, y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois desta Señora verdaderamente ; y así no tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruin, pues tenéis tan buena madre. Imitadla, y considerad que tal debe ser la grandeza desta Señora y el bien de tenerla por patrona, pues no han bastado mis pecados, y ser la que soy, para deslustrar en nada esta sagrada Orden. Mas una cosa os aviso, que no por ser tal y tener tal madre,

estéis seguras, que muy santo era David, y ya veis lo que fué Salomón; ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios y ejercitaros en la oración tan continuo, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas á vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta, como he dicho, para que dejemos de temer; y así acontinúa este verso, y traedle en la memoria muchas veces: *beatus vir qui timet Dominun.*

Ya no sé lo que decía, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí se me quiebran las alas para decir cosa buena; y así lo quiero dejar por ahora.

Tornando á lo que os comencé á decir, de las almas que han entrado á las terceras Moradas, que no las ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. Déstas, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo: son muy deseosas de no ofender á su Majestad, aun de los pecados veniales se guardan, y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, las que las tienen. Cierto, estado para desear, y que al parecer no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera Morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren, que linda disposición es para que les haga toda merced. ¡Oh Jesús! y ¿quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo más trabajoso? No, ninguna. Todas deci-

mos que lo queremos ; mas como aun es menester más, para que del todo posea el Señor el alma, no basta decirlo, como no bastó al mancebo cuando le dijo el Señor que si quería ser perfecto. Desde que comencé á hablar en estas Moradas le traigo delante, porque somos así al pie de la letra ; y lo más ordinario vienen de aquí las grandes sequedades en la oración, aunque también hay otras causas : y dejo unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia, y de las que tienen melancolía y otras enfermedades. En fin en todas las cosas hemos de dejar á parte los juicios de Dios. De lo que yo tengo para mí, que es lo más ordinario, es lo que he dicho ; porque como estas almas se ven, que por ninguna cosa harían un pecado (y muchas, que aun venial de advertencia no le harían) y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner á paciencia que se les cierre la puerta para entrar á donde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son : mas aunque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara. Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior, pasad adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debéis todo eso, y mucho más ; y os basta que seáis vasallas de Dios : no queráis tanto, que os quedáis sin nada. Mirad los santos que entraron á la cámara deste Rey, y veréis la diferencia que hay dellos á nosotras. No pidáis lo que no tenéis merecido, ni había de llegar á nuestro pensamiento, que por mucho que

sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido á Dios. ¡Oh humildad, humildad! No sé que tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer á quien tanto caso hace destas sequedades, sino que es un poco de falta della. Digo, que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquellos son mucho más que falta de devoción. Probémonos á nosotras mismas, hermanas mías, ó pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer (aunque muchas veces no queremos entenderlo) y vengamos á estas almas tan concertadas: veamos qué hacen por Dios, y luego veremos cómo no tenemos razón de quejarnos de su Majestad; porque si le volvemos las espaldas, y nos vamos tristes (como el mancebo del Evangelio) cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga su Majestad, que ha de dar el premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras: y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad. Parecernos ha que las que tenemos hábito de religión, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos por El (aunque sean las redes de san Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene) que ya está todo hecho. Harto buena disposición es, si persevera en aquello, y no se torna á meter en las sabandijas de las primeras piezas, aunque sea con el deseo, que no hay duda, sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pre-

tende. Mas ha de ser con condición (y mirad que os aviso desto) que se tenga por siervo sin provecho, como dice san *Pablo, ó Cristo* (1), y crea que no ha obligado á nuestro Señor, para que le haga semejantes mercedes; antes como quien más ha recibido, queda más adeudado. ¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos crió y da sér, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de de lo que le debemos, por lo que nos ha servido (de mala gana dije esta palabra, mas ello es así, que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo) sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos? Mirad mucho, hijas, algunas cosas que aquí van apuntadas, aunque arrebujadas, que no lo sé más declarar: el Señor os las dará á entender, para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, qué es lo que pretende el demonio; y creed que á donde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otras con regalos, que muchas veces (como habéis leído) los da la divina Majestad á los más flacos, aunque creo dellos que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad. Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos.

1. Fue son Lucas, quien lo dijo.

CAPÍTULO II

Yo he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado á este estado, y estado y vivido muchos años en esta rectitud y concierto alma y cuerpo (á lo que se puede entender) y después dellos, que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados dél, probarlos su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que á mí me traían tonta, y aun temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, paréceles que pueden enseñar á otros, y que les sobra razón en sentir aquellas cosas. En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo para consolar á semejantes personas, si no es mostrar grande sentimiento de su pena (y á la verdad se tiene de verlos sujetos á tanta miseria) y no contradecir su razón, porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y así no acaban de entender qué es imperfección: que es otro engaño para gente tan aprovechada, que de que lo sientan no hay que espantar, aunque á mi parecer había de pasar presto el sentimiento de cosas semejantes. Porque muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más, que á usadas que nos

conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y á las veces les da más pena esto de ver que sin poder más sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mismo de que tienen pena. Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque es falta, muy gananciosa para la humildad. En las personas que digo no es así, sino que canonizan, como he dicho, en sus pensamientos estas cosas; y así querrían que otros las canonizasen. Quiero decir alguna dellas, porque nos entendamos, y nos probemos á nosotras mismas, antes que nos pruebe el Señor, que sería muy gran cosa estar apercibidas y habernos entendido primero.

Viene á una persona rica sin hijos, ni para quien querer la hacienda, una falta della; mas no es de manera que en lo que le queda le puede faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado: si éste anduviese con tanto desasosiego é inquietud como si no le quedara un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor que lo deje todo por El? Aquí entra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que su Majestad hace, y aunque lo procure tenga quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no ha llegádole el Señor á tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se dispondrá para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado: ofrécesele poder adquirir más hacienda, tomarlo,

si se lo dan, enhorabuena, pase ; mas procurarlo, y después de tenerlo procurar más y más, tenga cuán buena intención quisiere (que sí debe tener; porque, como he dicho, son éstas personas de oración y virtuosas) que no hayan miedo que suban á las Moradas más juntas al Rey. Desta manera es, si se les ofrece algo de que los desprecien ó quiten un poco de honra, que aunque les hace Dios merced de lo que lo sufran bien muchas veces (porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la misma virtud en que están tenidos, y aun será porque le han servido que es muy bueno este Bien nuestro) allá les queda una inquietud, que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto. ¡Válgame Dios! ¿No son éstos los que ha tanto que consideran cómo padeció el Señor, y cuán bueno es padecer, y aun lo desean? Querrían á todos tan concertados como ellos traen sus vidas, y plega á Dios que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena, y la hagan en su pensamiento meritoria. Pareceros ha, hermanas, que hablo fuera de propósito, y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos injuria nadie : por eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácanse dellas otras muchas cosas que pueden pasar, que no sería bien señarlarlas, ni hay para qué : por éstas ententenderéis si estáis bien desnudas de lo que dejasteis, porque cosillas se ofrecen, aunque no desta suerte, en que os podéis muy bien probar, y entender si estáis señoras de vuestras pa-

siones. Y creedme que no está el negocio en tener hábito de religión ó no, sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad á la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida es lo que su Majestad ordenare della, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. Ya que no hayamos llegado aquí, como he dicho, humildad, que es el ungüento de nuestras heridas ; porque si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo vendrá el cirujano, que es Dios, á sanarnos.

Las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida : quiérenla mucho para servir á nuestro Señor con ella (que todo esto no es malo) y así tienen gran discreción en hacerlas, porque no dañen á la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí. No está aún el amor para sacar de razón ; mas querría yo que la tuviésemos, para no nos contentar con esta manera de servir á Dios siempre á un paso, paso que nunca acabaremos de andar este camino. Y como á nuestro parecer siempre andamos y nos cansamos (porque creed que es un camino abrumador) harto bien será que no nos perdamos. ¿ Mas paréceos, hijas, si yendo á una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año, por ventas y nieves y aguas y malos caminos? ¿ No valdría más pasarlo de una vez, porque todo esto hay y peligros de serpientes? ¡ Oh, qué buenas señas podré yo dar desto ! Y plega á Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no. Como vamos con tanto seso, todo nos

ofende, porque todo lo tememos ; y así no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar á estas Moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor : dejemos nuestra razón y temores en sus manos ; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho. El cuidado destos cuerpos ténganle los prelados ; allá se avengan : nosotras de sólo caminar aprisa para ver este Señor, que aunque el regalo que tenéis es poco ó ninguno, el cuidado de la salud nos podría engañar. Cuanto más, que no se tendrá más por esto, yo lo sé, y también sé que no está el negocio en lo que toca al cuerpo, que esto es lo menos, que el caminar que digo, es con una grande humildad : que (si habéis entendido) aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos así, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no sólo deseemos, sino que procuremos nos tengan por la más ruin de todas. Y con esto, este estado es excelentísimo, y si no toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque como nos hemos dejado á nosotras mismas, es muy trabajaso y pesado ; porque vamos muy cargadas desta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben á los aposentos que faltan. En estos no deja el Señor de pagar como justo, y aun como misericordioso, que siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos harto mayores que los podemos tener en los que dan los regalos, y distraimientos

de la vida. Mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez, para convidarlos, con ver lo que pasa en las demás Moradas, porque se dispongan para entrar en ellas. Pareceros ha que contentos y gustos, todo es uno. ¿Que para qué hago esta diferencia en los nombres? A mí paréceme que la hay muy grande ; yo me puedo engañar. Diré lo que en esto entendiere en las Moradas cuartas, que vienen tras éstas, porque como se habrá de declarar algo de los gustos que allí da el Señor, viene mejor. Y aunque parece sin provecho, podrá ser de alguno, para que entendiendo lo que es cada cosa, podáis esforzaros á seguir lo mejor ; y es mucho consuelo para las almas que Dios llega allí, y confusión para las que les parece que lo tienen todo, y, si son humildes, moverse han á hacimiento de gracias. Si hay alguna falta desto, darles ha un desabrimiento interior, y sin propósito, pues no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más, y el premio lo mismo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad. Pareceros ha ¿que de qué sirve tratar destas mercedes interiores, y dar á entender cómo son, si es esto verdad, como lo es? Yo no lo sé, pregúntese á quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada á disputar con los superiores, sino á obedecer, ni sería bien hecho. Lo que os puedo decir con verdad es que cuando yo no tenía, ni aun sabía por experiencia, ni pensaba saberlo en mi vida (y con razón, que harto contento fuera para mí saber, ó por conjeturas entender, que agradaba á Dios en algo) cuando yo no tenía, ni aun sabía por experiencia,

los consuelos que hace el Señor á las almas que le sirven, me le daba grandísimo, y era motivo, para que mi alma diese grandes alabanzas á Dios. Pues si la mía, con ser tan ruin, hacía esto, las que son buenas y humildes le alabarán mucho más; y por sola una que le alabe una vez, es muy bien que se diga (á mi parecer) y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa. Cuanto más, que si son de Dios vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar más sin trabajo, é ir creciendo en las obras y virtudes. No penséis que importa poco que no quede por nosotras, que cuando no es nuestra la falta, justo es el Señor, y su Majestad os dará por otros caminos lo que os quita por éste, por lo que su Majestad sabe, que son muy ocultos sus secretos; al menos será lo que más nos conviene sin duda ninguna. Lo que me parece nos haría mucho provecho, á las que por la bondad del Señor están en este estado (que como he dicho no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir á más) es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener á quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos; y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quién esté con mucho desengaño de las cosas del mundo; que en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce, para conocernos. Y porque algunas cosas que nos parecen imposibles, viéndolas en otras tan

posibles, y con la suavidad que las llevan, animan mucho, y parece que con su vuelo nos atravemos á volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á sus padres : en gran manera aprovecha esto, yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén en no ofender al Señor personas semejantes, no se meter en ocasiones de ofenderle ; porque como están cerca de las primeras Moradas con facilidad se podrán tornar á ellas (porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas, ni que desear sus contentos) y sería posible con una persecución grande volverse á ellos, que sabe bien urdirlas el demonio para hacernos mal, y que yendo con buen celo, queriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto se le podría suceder. Miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo ; y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien deprender en lo principal, y en la compostura exterior y en su manera de trato le hacemos ventajas ; y no es esto lo de más importancia, aunque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse á enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es, que con estos deseos que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros ; y así es mejor llegarnos á lo que dice nuestra Regla, en silencio y esperanza pro-

curar vivir siempre, que el Señor tendrá cuidado de sus almas : como no nos descuidemos nosotras en suplicarlo á su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito.

MORADAS CUARTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Para comenzar á hablar de las cuartas Moradas, bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo, y suplicarle de quí adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan de manera que lo entendáis, porque comienzan á ser cosas sobrenaturales ; y es dificultosísimo de dar á entender, si su Majestad no lo hace, como en otra parte que se escribió, hasta donde yo había entendido, catorce años ha, poco más ó menos : aunque un poco más luz me parece tengo destas mercedes, que el Señor hace á algunas almas, es diferente el saberlas decir. Hágalo su Majestad, si se ha de seguir algún provecho ; y si no, no. Como ya estas Moradas se llegan más á donde está el Rey, es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y

que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza, como se diga siquiera algo que venga tan al justo, que no quede bien obscuro para los que no tienen experiencia, que quien la tiene muy bien lo entenderá, en especial si es mucha. Parecerá que para llegar á estas Moradas, se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo ; y aunque lo ordinario es que se ha de haber estado en la que acabamos de decir, mas no es regla cierta (como ya habréis oído muchas veces) porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y á quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio á nadie. En estas Moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia : y tengo por muy mejor cuando entran y dan guerra en este estado de oración, porque podría el demonio engañar á vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho más daño que cuando las hay, y no ganara tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que la han de hacer merecer, y dejarla en un embebecimiento ordinario. Que cuando lo es en un sér no le tengo por seguro, ni me parece posible estar en un sér el espíritu del Señor en este destierro. Pues hablando de lo que dije que diría aquí de la diferencia que hay entre contentos en la oración, ó gustos, los contentos me parece á mí se pueden llamar los que nosotras adquirimos con nuestra meditación y peticiones á nuestro Señor, que procede de nuestro natural, aunque en fin ayuda para ellos Dios (que hase de entender en

cuanto dijere que no podemos nada sin El) mas nacen de la misma obra virtuosa que hacemos; y parece á nuestro trabajo lo hemos ganado, y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mismos contentos tendremos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra. Así en una gran hacienda que de presto se provee á alguno; como de ver una persona que mucho amamos, de presto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si á alguna le han dicho que es muerto su marido ó hermano ó hijo, y le ve venir vivo. Y he visto derramar lágrimas de un gran contento, y aun me ha acaecido alguna vez. Paréceme á mí, que así como estos contentos son naturales, así en los que nos dan las cosas de Dios, sino que son de linaje más noble (aunque estotros no eran tampoco malos) en fin comienzan de nuestro natural mismo, y acaban en Dios. Los gustos comienzan de Dios, y siéntelos el natural, y goza tanto dellos, como gozan los que tengo dichos, y mucho más. ¡Oh Jesús, y qué deseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo á mi parecer muy conocida diferencia, y no alcanza mi saber á darme á entender: hágalo el Señor. Ahora me acuerdo en un verso que decimos á Prima al fin del postrer Salmo, que al cabo del verso dice: *Cum dilatasti cor meum.* A quien tuviere mucha experiencia, esto le basta para ver la diferencia que hay de lo uno á lo otro; á quien no, es menester más. Los contentos que están

dichos no ensanchan el corazón, antes más ordinariamente parece aprietan un poco, aunque con contento todo de ver que se hace por Dios; mas vienen unas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece las mueve la pasión. Yo sé poco destas pasiones del alma, que quizá me diera á entender, y lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural, porque soy muy torpe; que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello lo entendiera: gran cosa es el saber y las letras para todo. Lo que tengo de experiencia deste estado (digo destos regalos y contentos en la meditación) es, que si comenzaba á llorar por la Pasión no sabía acabar, hasta que se me quebraba la cabeza: si por mis pecados, lo mismo: harta merced me hacía nuestro Señor, que no quiero yo ahora examinar cuál es mejor, lo uno ó lo otro, sino la diferencia que hay de lo uno á lo otro querría saber decir. Para estas cosas algunas veces van estas lágrimas, y estos deseos ayudados del natural, y como está la disposición; mas en fin, como he dicho, vienen á parar en Dios, aunque sea esto. Y es de tener en mucho, si hay humildad, para entender que no son mejores por eso; porque no se puede entender si son todos efectos del amor, y cuando sea, es dado de Dios. Por la mayor parte tienen estas devociones las almas de las Moradas pasadas, porque van casi continuo con obra de entendimiento, empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación; y van bien, porque no se les ha dado más, aunque acertarían en ocuparse un rato en hacer actos, y en alaban-

zas de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en desear su honra y gloria (esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad) y estén con gran aviso, cuando el Señor les diere estotro, no lo dejar, por acabar la meditación que se tiene de costumbre. Porque me he alargado mucho en decir esto en otras partes, no lo diré aquí : sólo quiero que estéis advertidas, que para aprovechar mucho en este camino y subir á las Moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare á amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho ; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo á Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo, y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco va todo perdido. Yo he andado en esto desta baraúnda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine á entender por experiencia, que el pensamiento (ó imaginacion, porque mejor se entienda) no es el entendimiento, y preguntélo á un letrado, y díjome que era así, que no fue para mí poco contento ; porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíaseme recia cosa estar tan tortolito á veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata así, de

manera que parece que estamos en alguna manera desatados deste cuerpo. Yo veía á mi parecer las potencias del alma empleadas en Dios, y estar recogidas con Él, y por otra parte el pensamiento alborotado : traíame tonta. ¡Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aun no sabemos preguntar á los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las aflicciones de mucha gente que trata de oración, y el quejarse de trabajos interiores (á lo menos mucha parte en gente que no tiene letras) y vienen las melancolías, y á perder la salud, y aun á dejarlo del todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro, y así como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda aprisa con toda velocidad, tampoco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él, y nos parece que estamos perdidas, y gastado mal el tiempo que estamos delante de Dios ; y estáse el alma por ventura toda junta con Él en las Moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del Castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer. Y así, ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio ; y por la mayor parte todas las inquietudes y trabajos vienen deste no nos entender. Escribiendo

esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido della, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte que estas aguas se despeñan ; muchos pajarillos y silvos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, á donde dicen que está lo superior del alma ; yo estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hacia arriba subía con velocidad. Plega á Dios que se me acuerde en las Moradas de adelante decir la causa desto (que aquí no viene bien) y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza para entenderlo mejor ; porque con todo esta baraúnda della, no me estorba á la oración, ni á lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud y amor y deseos y claro conocimiento. Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, ¿cómo no la turba? Eso no lo sé yo, mas sé que es verdad lo que digo. Pena da cuando no es la oración con suspensión, que entonces, hasta que se pasa, no se siente ningún mal, mas harto mal fuera si por este impedimento lo dejara yo todo. Y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto ; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia, y sufrámoslo por amor de Dios. Pues estamos también sujetas á comer y dormir, sin poderlo excusar (que es harto tra-

bajo) conozcamos nuestra miseria, y deseemos ir á donde nadie nos menosprecia. Que algunas veces me acuerdo haber oído esto que dice la Esposa en los *Cantares*, y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa á donde con más razón se pueda decir ; porque todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida, no me parece que llegan á estas batallas interiores. Cualquier desasiego y guerra se puede sufrir con hallar paz á donde vivimos, como ya he dicho, mas que queremos venir á descansar de mil trabajos que hay en el mundo, y que quiera el Señor aparejarnos el descanso, y que en nosotras mismas esté el estorbo, no puede dejar de ser muy penoso, y casi insufridero. Por eso, llévanos, Señor, á donde no nos menosprecien estas miserias, que parecen algunas veces que están haciendo burla del alma. Aun en esta vida la libra el Señor desto, cuando ha llegado á la postrera Morada, como diremos, si Dios fuere servido. Y no darán á todos tanta pena estas miserias, ni las acometerán, como á mí hicieron muchos años por ser ruin que parece que yo misma me quería vengar de mí. Y como cosa tan penosa para mí, pienso que quizá será para vosotras así, y no haga sino decirlo en un cabo y en otro, para si acertase alguna vez á daros á entender cómo es cosa forzosa, y no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta taravilla de molino, y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento. Hay más y menos en este estorbo, conforme á la salud y á los tiempos. Padezca la pobre alma, aunque no tenga en esto culpa, que

otras haremos por donde es razón que tengamos paciencia. Y porque no basta lo que leemos y nos aconsejan, que es que no hagamos caso destos pensamientos, para las que poco sabemos no me parece tiempo perdido todo lo que gasto en declararlo más, y consolaros en este caso ; mas, hasta que el Señor nos quiera dar luz, poco aprovecha. Mas es menester, y quiere su Majestad, que tomemos medios y nos entendamos, y de lo que hace la flaca imaginación y el natural y demonio no pongamos la culpa al alma.

CAPÍTULO II

¡ VALGAME Dios en lo que me he metido ! Ya tenía olvidado lo que trataba, porque los negocios y salud me hace dejarlo al mejor tiempo, y como tengo poca memoria irá todo desconcertado, por no poder tornarlo á leer. Y aun quizá se es todo desconcierto cuanto digo : al menos es lo que siento. Paréceme queda dicho de los consuelos espirituales, cómo algunas veces van envueltos con nuestras pasiones. Traen consigo unos alborotos de sollozos, y aun á personas he oído que se les aprieta el pecho, y aun vienen á movimientos exteriores, que no se pueden ir á mano, y es la fuerza de manera que les hace salir sangre de las narices, y cosas así penosas. Desto no sé decir nada, porque no he pasado por ello, mas debe quedar consuelo, porque, como digo, todo va á

parar en desear contentar á Dios y gozar de su Majestad. Los que yo llamo gustos de Dios (que en otra parte lo he nombrado oración de quietud) es muy de otra manera, como entenderéis las que ho habéis probado, por la misericordia de Dios. Hagamos cuenta para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua, que no me hallo cosa más á propósito para declarar algunas de espíritu que esto de agua, y es, como sé poco y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga deste elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas ; que en todas las que crio tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos de que nos podemos aprovechar, y así lo hacen los que lo entienden, aunque, creo, que en cada cosita que Dios crio hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita. Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras : el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio ; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin ningún ruido ; y si es el manantial caudaloso (como éste que hablamos) después de henchido este pilón procede un gran arroyo, ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Es la diferencia, que la que viene por arcaduces, es á mi parecer los contentos que tengo dicho, que se sacan con la meditación, porque los traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y cansando el entendimiento ; y como viene en fin con nuestras dilígencias, hace ruido, cuando ha de haber algún

henchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho.

Estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como su Majestad quiere, cuando es servido, hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos. Yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio, que después todo lo hinche : vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo ; que por eso dije que comienza de Dios, y acaba en nosotros ; que cierto (como verá quien lo hubiere probado) todo el hombre exterior goza deste gusto y suavidad. Estaba yo ahora mirando, escribiendo esto, que en el verso que dije : *Dilatasti cor meum,* dice que se ensanchó el corazón, y no me parece que es cosa, como digo, que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aun más interior, como una cosa profunda : pienso que debe ser el centro del alma, como después he entendido y diré á la postre, que cierto veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces; ¡y cuántos más debe haber! ¡Oh Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! Y andamos acá como unos pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada, pues en nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, para lo muy mucho que hay en Vos, que no porque no son muy grandes las grandezas que vemos, aun de lo que podemos

alcanzar de vuestras obras. Tornando al verso, en lo que me puede aprovechar, á mi parecer, para aquí, es en aquel ensanchamiento, que así parece, que como comienza á producir aquel agua celestial deste manantial que digo, de lo profundo de nosotros, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior, y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia, digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero á donde se echasen olorosos perfumes: ni se ve la lumbre, ni dónde está, mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo. Mirad, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo á entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa así, y que se entiende, y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora; que no es esto cosa que se puede antojar, porque por diligencias que hagamos no lo podemos adquirir, y en ello mismo se ve no ser de nuestro mental, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están las potencias unidas, á mi parecer, sino embebidas, y mirando como espantadas qué es aquello.

Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes: no es maravilla, porque en casi quince años, que ha que lo escribí, quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas de las que entonces entendía, y ahora y entonces puedo

errar en todo, mas no mentir ; que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes : digo lo que entiendo. La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios. Mas en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás. Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón, que (como he dicho) no acaba de entender el alma las que allí le hace el Señor, y con el amor que la va acercando más á Sí ; que cierto está desear saber cómo alcanzamos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido : dejemos cuando el Señor es servido de hacerla, porque su Majestad quiere y no por más : El sabe el porqué, no nos hemos de meter en eso. Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad : por esta se deja vencer el Señor á cuanto dél queremos ; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habéis de tener en vuestra vida. Diréisme, que desta manera, que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones. La primera, porque lo primero que para esto es menester, es amar á Dios sin interés. La segunda, porque es un poco de poco humildad, pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto, es deseo de padecer

y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado su Majestad á dárnoslos, como á darnos la gloria, si guardamos sus mandamientos, que sin esto nos podremos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y quien le ama de verdad ; y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por sólo servir á su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida : esto es verdad. La quinta es, porque trabajaremos en balde, que como no se ha de traer este agua por arcaduces, como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque más meditación tengamos, aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene este agua por aquí, sólo se da á quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma. Suyas somos, hermanas: haga lo que quisiere de nosotras ; llévenos por donde fuere servido : bien creo, que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo) que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea per siempre alabado y bendito. Amén.

CAPITULO III

Los efectos desta oración son muchos : algunos diré, y primero otra manera de oración, que comienza casi siempre primero que ésta, y por haberla dicho en otras partes, diré poco. Un recogimiento, que también me parece sobrenatural ; porque no es estar en obscuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior, puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad ; y, sin artificio, parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido. Dicen que el alma se entra dentro de sí ; y otras veces que sube sobre sí : por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sólo para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias, que ya he dicho que son la gente deste Castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo, que se han ido fuera y andan con gente extraña enemiga del bien deste Castillo días y años ; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando á él, aunque no acaban de estar dentro ; porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores, y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la Morada deste Castillo, su

buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar á El, y, como buen pastor, con un silvo tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su Morada : y tiene tanta fuerza este silvo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enagenados, y métense en el Castillo. Paréceme que nunca lo he dado á entender como ahora, porque para buscar á Dios en lo interior, que se halla mejor, y más á nuestro provecho, que en las criaturas, como dice san Agustín que le halló, después de haberle buscado en muchas partes : es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí : bueno es esto y excelente manera de meditación; porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos : mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer : con el favor del Señor se entiende todo. Mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces antes que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde, ni cómo oyó el silvo de su pastor, que no fué por los oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave á lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído, que como un erizo ó tortuga, cuando se retiran hacia sí, y debíalo de entender bien quien lo escribió ; mas éstos ellos se entran cuando quieren, acá no está en nuestro

querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí, que cuando su Majestad la hace, es á personas que van ya dando de mano á las cosas del mundo : no digo que sea por obra los que tienen estado, que no pueden, sino por el deseo, pues los llama particularmente, para que estén atentos á las interiores ; y así creo, que si queremos dar lugar á su Majestad, que no dará sólo esto á quien comienza á llamar para más. Alábele mucho quien esto entendiere en sí, porque es muy mucha razón que conozca la merced ; y hacimiento de gracias por ella hará que se disponga para otras mayores. Y es disposición para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procuren no discurrir, sino estarse atentos á ver qué obra el Señor en el alma ; que si su Majestad no ha comenzado á embebernos, no puede acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento, de manera que no haga más daño que provecho ; aunque ha sido contienda bien platicada entre algunas personas espirituales ; y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razón, para que yo me rinda á lo que dicen. Uno me alegó con cierto libro del santo fray Pedro de Alcántara (que yo creo lo es) á quien yo me rindiera, porque sé que lo sabía, y leímoslo, y dice lo mismo que yo, aunque no por estas palabras, mas entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya despierto el amor. Ya puede ser que yo me engañe, mas voy por estas razones. La primera, que en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer, hace más. Lo que habemos de hacer, es pedir como pobres necesitados delante

de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad. Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca dél, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento, (si podemos digo) mas si este Rey aun no entendemos que nos ha oído, ni nos ve, no nos hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto, y queda mucho más seca, y por ventura más inquieta la imaginación, con la fuerza que se ha hecho à no pensar nada, sino que quiere el Señor que le pidamos, y consideremos estar en su presencia, que El sabe lo que nos cumple. Yo no puedo persuadirme á industrias humanas en cosas que parece puso su Majestad límite y las quiso dejar para Sí ; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, así de penitencias como de obras, como de oración, hasta á donde puede nuestra miseria. La segunda razón es, que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas ; y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha (llamo penosa, cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena de tener el huelgo) sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere della, con el mayor descuido de su provecho que pudiere, y mayor resignación á la voluntad de Dios. La tercera es, que el mismo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento á pensar mucho. La cuarta es, que lo más sustancial y agradable á Dios, es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mismos, y de nuestro provecho y regalo

y gusto. Pues como está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni aun deja á su entendimiento y deseos que se bullan, á desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene, cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera, y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarle más á perder ; que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor. Lo que entiendo que más conviene que ha de hacer el alma que ha querido el Señor meter á esta Morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza, ni ruido, procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento, sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mismo que siente en sí le embebiere, enhorabuena ; mas no procure entender lo que es, porque es dado á la voluntad : déjela gozar sin ninguna industria, mas de algunas palabras amorosas, que, aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está muchas veces, aunque muy breve tiempo. Mas, como dije en otra parte, la causa por qué en esta manera de oración digo en la que comencé esta Morada, que he metido la de recogimiento con ésta que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios, sino que es principio para

venir á ella, que en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces, él se comide, ó le hace comedir, ver que no entiende lo que quiere, y así anda de un cabo á otro como tonto, que en nada hace asiento. La voluntad le tiene tan grande en su Dios, que le da gran pesadumbre su bullico ; y así no ha menester hacer caso dél, que le hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle y dejarse á sí en los brazos del amor ; que su Majestad le enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es hallarse indigna de tanto bien, y emplearse en hacimiento de gracias.

Por tratar de la oración de recogimiento, dejé los efectos ó señales que tienen las almas á quien Dios nuestro Señor da esta oración. Así como se entiende claro un dilatamiento ó ensanchamiento en el alma, á manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de un cosa, que mientras más agua manase, más grande se hiciese el edificio ; así parece en esta oración, y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y va disponiendo, para que quepa todo en ella. Así esta suavidad y ensanchamiento interior se ve en el que le queda, para no estar tan atada, como antes, en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura. Así en no se apretar con el temor del infierno, porque aunque le queda mayor de no ofender á Dios, el servir piérdese aquí : queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer

penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios ; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. Él temor que solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fe ; y entiende que, si los pasa por Dios, su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia ; y aun algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como va más conociendo su grandeza, tiénese ya por más miserable : como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura lo del mundo ; vase poco á poco apartando dellos, y es más señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás, y á hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre. Tampoco se entiende, que de una vez ó dos que Dios haga esta merced á un alma, quedan todas éstas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseveranza está todo nuestro bien.

De una cosa aviso mucho á quien se viere en este estado, que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender á Dios, porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza á mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar dél sino la muerte? Yo he mucho temor que á quien Dios hubiere hecho esta merced, y se apartare de la oración, que será así, si no es con grandísima ocasion, ó si no torna presto á ella, porque irá de mal en peor. Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco algunas personas que me tienen

harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por un alma déstas, que por muy muchas á quien el Señor no haga estas mercedes ; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho podría ser en la Iglesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa, sino ver el que su Majestad les muestra amor particular, basta para que él se deshaga, porque se pierdan ; y así son muy combatidas, y aun mucho más perdidas que otras, si se pierden. Vosotras, hermanas, libres estáis destos peligros, á lo que podemos entender : de soberbia y vanagloria os libre Dios ; y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés. De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer á personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy á decir, y es, que algunas, de la mucha penitencia y y oración y vigilias, y aun sin esto, sonse flacas de complexión : en teniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaqueza (cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho), paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer ; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento ; y llámole yo abobamiento,

que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud. A una persona le acaecía estar ocho horas, que ni están sin sentido, ni sienten cosas de Dios: con dormir y comer y no hacer tanta pentiencia se le quitó á esta persona, porque hubo quien la entendiese, que á su confesor traía engañado, y á otras personas, y á sí misma, que ella no quería engañar. Bien creo que haría el demonio alguna diligencia, para sacar alguna ganancia, y no comenzaba á sacar poca. Hase de entender, que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que aunque hay caimiento interior y exterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios, ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio. Bien que se torna á embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega á tanto que derrueque el cuerpo, ni haga ningún sentimiento exterior en él. Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí lo digan á la prelada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procure que duerman bien y coman, hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios sino para la vida activa, que de todo ha de haber en los monasterios: ocúpenla en oficios, y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque vendrá á perder del todo la salud. Harta mortificación será para ella: aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en cómo lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza des-

pués de algún tiempo, y si no, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que había de merecer por aquí, y por ventura más. También podría haber algunas de tan flaca cabeza imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven : es harto peligroso, porque quizá se tratará dello adelante, no más aquí ; que me he alargado mucho en esta Morada, porque es en la que más almas creo entran : y como es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño, que, en las que están por decir, no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado, amén.

MORADAS QUINTAS

CAPÍTULO PRIMERO

O hermanas, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites, que hay en las quintas Moradas. ¿Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo, porque son muy bajas las cosas de la tierra para éste. Enviad, Señor mío, del cielo luz, para que yo pueda dar alguna

á estas vuestras siervas; pues sois servido de que gocen algunas dellas tan ordinariamente destos gozos, porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en ángel de luz, pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros. Y aunque dije algunas, bien pocas hay que no entren en esta Morada que ahora diré. Hay más y menos, y á esta causa digo, que son las más las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré, que hay en este aposento bien creo que son pocas; mas aunque no sea sino llegar á la puerta, es harta misericordia la que les hace Dios; porque puesto que son muchos los llamados, pocos son los escogidos. Así digo ahora, que aunque todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamadas á la oración y contemplación (porque este fue nuestro principio, desta casta venimos, de aquellos santos padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad, y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos) pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor. Porque cuanto á lo exterior vamos bien, para llegar á lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho: por eso, hermanas mías, alto á pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma, para cavar hasta hallar este tesoro escondido; pues es verdad que le hay en nosotras mismas: que esto querría yo dar á entender, si el Señor es servido

que sepa. Dije « fuerzas en el alma », porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo: á quien Dios nuestro Señor no las da, no imposibilita á ninguno para comprar sus riquezas, con que dé cada uno lo que tuviere se contenta. Bendito sea tan gran Dios. Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco ó mucho, todo lo quiere para sí, y conforme á lo que entendiereis de vos que habéis dado, se os harán mayores ó menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si no llega á unión, ó sí, nuestra oración. No penséis que es cosa soñada, como la pasada; digo soñada, porque así parece está el alma como adormizada, que ni bien parece está dormida, ni se siente despierta. Aquí, con estar todas dormidas, y bien dormidas, á las cosas del mundo y á nosotras mismas (porque en hecho de verdad se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran); aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento hasta el amar: si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría. En fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más en Dios, que así es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma dél, para mejor estar en Dios; de manera, que aun no sé yo si le queda vida para resollar. Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no: al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace. Todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que

siente, y como no llegan sus fuerzas á esto, quédase espantado de manera que, si no se pierde del todo, no menea pie ni mano; como acá decimos de una persona que está tan desmayada, que nos parece está muerta. ¡Oh secretos de Dios! Que no me hartaría de procurar dar á entenderlos, si pensase acertar en algo, y así diré mil desatinos, por si alguna vez atinase, para que alabemos mucho al Señor. Dije que no era cosa soñada, porque en la Morada que queda dicha, hasta que la experiencia es mucha, queda el alma dudosa de qué fue aquello, si se le antojó, si estaba dormida, si fue dado de Dios, si se trasfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas, y es bien que las tenga, porque, como dije, aun el mismo natural nos puede engañar allí alguna vez; porque aunque no hay tanto lugar para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por do quiera se meten; y aunque no hacen daño, en especial si no hacen caso dellas, como dije, porque son pensamentillos que proceden de la imaginación, y de lo que queda dicho, importuna muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta Morada; porque ni hay imaginación ni memoria ni entendimiento que pueda impedir este bien. Y osaré afirmar, que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño; porque está su Majestad tan junto y unido con la *esencia del alma*, que no osará llegar, ni aun debe de entender este secreto. Y está claro, pues dicen que no entiende nuestro *pensamiento*, menos entenderá cosa tan secreta,

que aun no la fía Dios de nuestro pensamiento. ¡Oh gran bien, estado á donde este maldito no nos hace mal! Así queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mismos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere? Parece que os dejo confusas en decir si es unión de Dios, y que hay otras uniones. ¡Y cómo si las hay! Aunque sean en cosas vanas, cuando se aman mucho, también las trasportará el demonio, mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfacción del alma y paz y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos, y más, que no tiene que ver á donde se engendran estos contentos, ó los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo tendréis experimentado. Dije yo una vez, que es como si fuesen en esta grosería del cuerpo, ó en los tuétanos, y atiné bien, que no sé cómo lo decir mejor. Paréceme que aun no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podéis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia; quiéroos decir una señal clara, por donde no os podréis engañar, ni dudar si fué de Dios, que su Majestad me la ha traído hoy á la memoria, y, á mi parecer, es la cierta. Siempre en cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad) voy con este lenguaje *de que me parece,* porque si me engañare, estoy muy aparejada á creer lo que dijeren los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas

cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas. Desto tengo grandísima experiencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro : al menos, creo que quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces comunicarlo á sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho más y más, y no pongáis los ojos en si son ruines ó buenos á quien las hace, que su Majestad lo sabe, como os lo he dicho : no hay para qué nos meter en esto, sino con simpleza de corazón y humildad servir á su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando á la señal que digo, es la verdadera : ya veis este alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende en el tiempo que está así, que siempre es breve, y aun harto más breve le parece á ella de lo que debe de ser. Fija Dios á sí mismo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torna en sí en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella : con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios á

hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo : aun dejemos por los efectos con que queda, pues estos diré después ; esto es lo que hace mucho al caso. Pues diréisme, ¿cómo lo vio ó cómo lo entendió, si no ve ni entiende? No digo que lo vio entonces, sino que lo ve después claro ; y no porque es visión, sino una certidumbre que queda en el alma, que sólo Dios la puede poner. Yo sé de una persona que no había llegado á su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia y potencia y esencia, y de una merced que le hizo Dios desta suerte, lo vino á creer de manera que aunque un medio letrado, de los que tengo dicho, á quien preguntó — ¿cómo estaba Dios en nosotros? — (él lo sabía tan poco como ella antes que Dios se lo diese á entender) le dijo que no estaba más de por gracia ; ella tenía ya tan fija la verdad que no le creyó, y preguntólo á otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. No os habéis de engañar pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, aunque no le vemos, porque acá no queda así, sino de sola la Divinidad. ¿Pues cómo lo que no vimos, se nos queda con esa certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo verdad : y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia y otras muchas maneras de mercedes, que hace Dios al alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones, para ver cómo fué : pues no llega nuestro entendimiento á entenderlo, ¿para qué nos

queremos desvanecer? Basta ver que es todopoderoso el que lo hace; y pues no somos ninguna parte, por diligencias que hagamos, para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo. Ahora me acuerdo sobre esto que digo, *de que no somos parte*, de lo que habéis oído, que dice la Esposa en los *Cantares*. — *Llevóme el rey á la bodega del vino* (*ó metióme* creo que dice). Y no dice que ella se fue. Y dice también que andaba buscando á su Amado, por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere; mas, por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar; su Majestad nos ha de meter y entrar en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos, sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró á sus dicípulos, cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra. Adelante veréis cómo su Majestad quiere que le goce el alma en su mismo centro, aun más que aquí mucho en la postrera Morada. Oh, hijas, ¡qué mucho veremos, si no queremos ver más de nuestra bajeza y miseria, y entender que no somos dignas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado, amén.

CAPÍTULO II

Pareceros ha que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta Morada, y falta mucho, porque como dije, hay más y menos. Cuanto á lo que es unión, no creo sabré decir más. Mas cuando el alma á quien Dios hace estas mercedes se dispone, hay muchas cosas que decir de lo que el Señor obra en ella : algunas diré, y de la manera que queda. Para darlo mejor á entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin ; y también para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada ; mas para que su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disponiéndonos. Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda (que sólo El puede hacer semejante invención) y cómo de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído ; y así si algo fuere torcido, no es mía la culpa), con el calor en comenzando á haber hoja en los morares, comienza esta simiente á vivir, que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta, y con hojas de morar se crían, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, á donde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y

feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca muy graciosa. Mas si esto no se viese sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar que una cosa tan sin razón como es un gusano, y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, aunque no os diga más, que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. ¿Pues qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso. Tornemos á lo que decía. Entonces comienza á tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general que á todos nos da Dios, y cuando comienza á aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así de acontinuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones, puede tener. Entonces comienza á vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que á mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues crecido este gusano (que es lo que en los principios queda dicho desto que he escrito) comienza á labrar la seda y edificar la casa á donde ha de morir. Esta casa querría dar á entender aquí que es Cristo. En una parte me parece he leído ú oído, que *nuestra vida está escondida en Cristo, ó en*

Dios, que todo es uno: ó que *nuestra vida es Cristo*. En que esto sea ó no, poco va para mi propósito.

Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer, que su Majestad mismo sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras. Parece que quiero decir, que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que El es la morada, y la podemos nosotros fabricar para meternos en ella. Y ¡ cómo si podemos no quitar de Dios, ni poner, sino quitar de nosotros, y poner como hacen estos gusanitos ! que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor que el mismo Señor sea el premio de esta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció su Majestad, y que todo sea una cosa. Pues ea, hijas mías, prisa á hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas á ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis ; ¡ que así obrásemos como sabemos y somos enseñadas de lo que hemos de hacer ! Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado, y veréis cómo vemos á Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirad que digo ver á Dios, como dejo dicho que se da á sentir en esta manera de unión. Pues veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho

todo lo demás, que, cuando está en esta oración bien muerto está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡ Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con El, que á mi parecer nunca llega á media hora ! Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce á sí ; porque, mirad la diferencia que hay de un gusano feo á una maraposita blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien ; de dónde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece : vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la Morada que viene se tratará más destas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta Morada y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efectos ; porque, como he dicho, si después que Dios llega á un alma aquí, se esfuerza á ir adelante, verá grandes cosas. ¡ Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado mas quieta y sosegada en su vida ! es cosa para alabar á Dios, y es que no sabe á dónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que le da Dios deste vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano,

que era poco á poco tejer el capucho : hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? Todo se le hace poco, cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella, ni su figura ; porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte : el atamiento con deudos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallaba más junta ; ya se ve de manera que le pesa estar obligada á lo que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas. Parece que me alargo, y mucho más podría decir, y á quien Dios hubiere hecho esta merced verá que quedo corta, y así no hay que espantar que esta maraposilla busque asiento de nuevo, así como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues á dónde irá la pobrecica? que tornar á donde salió no puede, que, como está dicho, no es en nuestra mano, aunque más hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos á hacer esta merced. ¡ Oh Señor, y qué nuevos trabajos comienzan á esta alma ! ¿Quién dijera tal, después de merced tan subida? En fin, de una manera ó de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere que después que llegó aquí siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fue algún gusto (si entró en la Morada pasada) y ayudado de flaqueza natural,

y aun por ventura del demonio, que le da paz para hacerle después mucha mayor guerra. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen y muy grande, porque los mismos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz, que, con serlo muy grandes, dellos mismos sale la paz y el contento. Del mismo descontento que dan las cosas del mundo nace un deseo de salir dél, tan penoso, que si algún alivio tiene es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aun no basta, porque aun el alma, con todas estas ganancias, no está tan rendida en la voluntad de Dios como se verá adelante, aunque no deja de conformarse, mas es con un gran sentimiendo, que no puede más, porque no le han dado más y con muchas lágrimas : cada vez que tiene oración es ésta su pena en alguna manera. Quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios, y poco estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, así de herejes como de moros ; aunque las que más la lastiman son las de los cristianos ; que, aunque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos. ¡ Oh grandeza de Dios, qué pocos años antes estaba esta alma (y aun quizá días) que no se acordaba sino de sí ! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir. Pues, válgame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que éstos que se condenan son hijos

suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir desta miserable vida, no bastará que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá, que eso bien podríamos con el favor del Señor tenerla, pensando mucho esto, mas no llega á lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella, y aun á veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré. ¿No habéis oído (que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no á este próposito) de la Esposa, que la metió Dios á la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es, que como aquel alma ya se entrega en sus manos y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere della. Que jamás hará Dios (á lo que yo pienso) esta merced, sino á alma que ya toma muy por suya: quiere que sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime á sí; sólo está dispuesta, digo blanda, y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser á vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera. Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que este alma ya se conozca por suya da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir desta vida? Y así lo dijo su Majestad en la Cena — con deseo

he deseado. ¿Pues cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habíais de morir, tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación á esas penas, y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener ésas en nada en su comparación. Es así que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco, de ver ofender á nuestro Señor, tan insufridero, que se quisiera mucho más morir que sufrirlo ; y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada á la de Cristo (que se puede decir casi ninguna en esta comparación), sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían á su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión ; porque entonces ya veía el fin destos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y demostrar el amor que tenía á su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores, como acaece acá á los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se les hace poco. ¿Pues qué sería á su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar á su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh gran deleite, padecer en hacer la voluntad

de Dios! Mas en ver tan continuo tantas ofensas á su Majestad hechas, é ir tantas almas el infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo (si no fuera más de hombre) un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto más una.

CAPÍTULO III

PUES tornemos á nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado: siempre se entiende que ha de procurar ir adelante en el servicio de nuestro Señor y en el conocimiento propio; que si no hace más de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida, y torcer el camino del cielo, que son los mandamientos, acaecerle ha lo que á la que sale del gusano, que echa la simiente para que produzcan otras, y ella queda muerta para siempre. Digo, que echa la simiente; porque tengo para mí que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande, sino que ya que no se aprovecha della para sí, aproveche á otros. Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien siempre hace provecho á otras almas, y de su calor les pega calor: y aun cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otras, y gusta de dar á entender las mercedes que Dios hace á quien le ama y sirve. Yo he conocido

persona que le acaecía así, que estando muy perdida gustaba de que se aprovechasen otras con las mercedes que Dios le había hecho, y mostrarles el camino de oración á las que no lo entendían, é hizo harto provecho, harto. Después la tornó el Señor á dar la luz. Verdad es que aun no tenía los efectos que quedan dichos. Mas, ¿cuántos debe haber que los llama el Señor al apostolado, como á Judas, comunicando con ellos, y los llama para hacer reyes, como á Saúl, y después por su culpa se pierden? De donde sacaremos, hermanas, que para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos como éstos, la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios; digo á quien hiciere semejante mercedes, y aun á todos. Paréceme que queda algo obscura, con cuanto he dicho, esta Morada; pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca que quedan sin esperanza á los que el Señor no da cosas tan sobrenaturales; pues la verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor de nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos á procurarla, con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios. ¡Oh, qué dellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad, como creo ya he dicho! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced del Señor; y ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es, por proceder desta que ahora digo, y por no poder llegar á lo que

queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resignada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá si no fuere si se ve en algún peligro de perder á Dios, ó ver si es ofendido: ni enfermedad, ni pobreza, ni muerte, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma que El sabe mejor lo que hace, que ella lo que desea. Habéis de notar que hay penas y penas; porque algunas penas hay producidas de presto de la naturaleza; y contentos lo mismo, y aun de caridad de apiadarse de los prójimos, como hizo nuestro Señor cuando resuscitó á Lázaro, y no quitan éstas el estar unidos con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánima con una pasión inquieta, desasosegada, que dura mucho. Estas penas pasan de presto; que (como dije de los gozos en la oración) parece que no llegan á lo hondo del alma, sino á estos sentidos y potencias. Andan por estas Moradas pasadas, mas no entran en la que está por decir postrera. Pues para esto es menester lo que queda dicho, de suspensión de potencias, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas á estas Moradas, y no por el atajo que queda dicho. Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más á vuestra costa; porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva: acá es menester que viviendo en ésta, le matemos nosotras. Yo os confieso que

será á mucho más trabajo, más su precio se tiene; y así será mayor el galardón si salís con victoria: mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios. Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre á nuestro Señor, y la que está más clara y segura. Mas ¡ay de nosotros, que pocos debemos de llegar á ella! Aunque á quien se guarda de ofender al Señor y ha entrado en religión le parezca que todo lo tiene hecho. O, que quedan unos gusanos que no se dan á entender, hasta que, como el que royó la yedra á Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar á los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como á nosotros mismos, que aunque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho á lo que ha de ser, para estar del todo unidas con la voluntad de Dios. ¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas, para ser unos con El y con el Padre, como su Majestad le pidió. Mirad qué nos falta para llegar á esto. Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos á su Hijo, que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre ó hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no la sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y á las veces

consiste en discreción, porque no podemos más, y hacemos de la necesitad virtud : cuántas cosas déstas hacían los filósofos, ó aunque no sea déstas, de otras de tener mucho saber. Acá solas estas dos que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar : guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. Mas qué lejos estamos de hacer como debemos á tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho. Plega á su Majestad nos dé gracia, para que merezcamos llegar á este estado, que en nuestra mano está, si queremos. La más cierta señal que, á mi parecer hay, de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo : porque si amamos á Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos, mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas, que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios : porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos á su Majestad por mil maneras : en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho ; porque creo yo, que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos á tener con perfeción el del prójimo. Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por

junto vienen en la oración, de parecer, que haremos y conteceremos por los prójimos, y por sola un alma que se salve ; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad también, y de todas las virtudes. Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz ; así como las que da Dios están libres della ni de soberbia. Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oración les parece querrían ser abatidas y públicamente afrontadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen : ó que si no la han hecho, y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que á solas determinó á su parecer, que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera, es otra cosa, sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños, y á mujeres, ó gente sin letras, podrá hacer muchos, porque no sabemos entender las diferencias de potencias é imaginación, y otras mil cosas que hay interiores. ¡ Oh hermanas, cómo se ve claro á dónde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras y en las que no está con esta perfección ! Si entendieseis lo que nos importa esta virtud, no traeríais otro estudio. Cuando yo veo almas, muy diligentes á entender la oración que tienen,

y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por dónde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no: obras quiere el Señor; que si ves una enferma á quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas della, y si tiene algún dolor te duela á ti, y si fuere menester lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho á una persona, te alegres más mucho que si te loasen á ti: esto á la verdad fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirlo como si fuera en nosotras y encubrirla. Mucho he dicho en otras partes desto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas. Plega el Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo, que no dejaréis de alcanzar de su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os viereis faltas en esto, aunque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspencioncilla en la oración de quietud, que á algunas luego les parece que está todo hecho, creedme, que no habéis llegado á unión, y pedid á nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer á su Majestad,

que El os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis en todo lo que pudiereis esto, y forzar vuestra voluntad, para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural, y procurar tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis, que no ha de costar algo, y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó á nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz.

CAPÍTULO IV

Paréceme que estáis con deseo de ver qué se hace esta palomica, y á dónde asienta, pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra ; más alto es su vuelo, y no os puedo satisfacer deste deseo hasta la postrera Morada: aun plega á Dios se me acuerde, ó tenga lugar de escribirlo, porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora, y como la cabeza no está para tornarlo á leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces. Como es para mis hermanas, poco va en ello. Todavía quiero más declararos lo que me parece que es esta oración de unión : conforme á mi ingenio pondré una

comparación. Después diremos más desta mariposica que no pára, aunque siempre fructifica haciendo bien á sí y á otras almas, porque no halla en sí verdadero reposo. Ya tendréis oído muchas veces, que se desposa Dios con las almas espiritualmente ; ¡ bendita sea su misericordia, que tanto se quiere humillar ! y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar á entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio. Porque aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual (esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro), porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves que no hay cómo se decir ; mas sabe el Señor darlas muy bien á sentir. Paréceme á mí que la unión aun no llega á desposorio espiritual, sino como por acá cuando se han de desposar dos, se tratan si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aunque se vean, para que más se satisfagan el uno del otro. Así acá, presupuesto que el concierto está ya hecho, y que este alma está muy bien informada, cuán bien le está, y determinada á hacer en todo la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y su Majestad, como quien bien entenderá si es así, lo está della, y así hace esta misericordia, que quiere que le entienda más, y que (como dicen) vengan á vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque

pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma por una manera secreta, quién es este esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podía entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo: mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan á dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este divino desposorio. Mas si esta alma se descuida á poner su afición en cosa que no sea El, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer. Por eso, almas cristianas, á las que el Señor ha llegado á estos términos, por El os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el deposorio (que es en la Morada que diremos tras ésta) porque la comunicación no fue más de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado á combatirla, y á desviar este desposorio, que después como ya la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto, porque la ha miedo; y tiene experiencia que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida, y ella con más ganancia. Yo os digo, hijas, que he conocido personas muy encumbradas, y llegar á este estado, y con la gran sotileza y ardid del demonio, tornarlas á ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque, como muchas

veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso; porque si miramos la multitud de almas que por medio de una trae Dios á sí, es para alabarle mucho, los millares que convertían los mártires: ¡una doncella como santa Ursula! ¡Pues las que habrá perdido el demonio por santo Domingo y san Francisco y otros fundadores de Ordenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía, que todos, está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios! ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron á no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡Oh hijas mías, que tan aparejado está este Señor á hacernos merced ahora como entonces, y aun en parte más necesitado de que las queramos recibir, porque hay pocos que miren por su honra, como entonces había! Querémonos mucho; hay muy mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas, por su misericordia. Podréisme preguntar, ó estar con duda de dos cosas. La primera, que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios como queda dicho, que cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya. La segunda, por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas á los Sacramentos, y en compañía (podemos decir) de ángeles, pues por la bondad del Señor, todas no traen otros deseos sino de servirle y agradarle en todo; que ya los que están metidos en las

ocasiones del mundo, no es mucho. Yo digo, que en esto tenéis razón, que harta misericordia nos ha hecho Dios ; mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mismo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto. Respondiendo á lo primero, digo que si este alma se estuviese siempre asida á la voluntad de Dios, que está claro que no se perdería ; mas viene el demonio con unas sotilezas grandes ; y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas della, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco á poco obscureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando á la suya. De aquí queda respondido á lo segundo, porque no hay encerramiento tan encerrado á donde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado á donde deje de ir. Y aun otra cosa os digo, que quizá lo permite el Señor, para ver cómo se ha aquel alma á quien quiere pener por luz de otras, que más vale que en los principios si ha de ser ruin lo sea, que no cuando dañe á muchas. La diligencia que á mí se me ofrece más cierta (después de pedir siempre á Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy continuo cómo, si El nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confirmadas en nosotras, pues será desatino estarlo) es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes : si vamos mejorando

ó desminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia ó la pérdida. Que no penséis, que alma que llega Dios á tanto, la deja tan aprisa de su mano, que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente su Majestad tanto que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras: así que no se le podrá esconder el daño.

En fin, sea la conclusión en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algún salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado á tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás se está ocioso; y así será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios, y tratádose ya con su Majestad, y llegado á los términos que queda dicho, no se ha de echar á dormir. Y para que veáis, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos á tratar de las sextas Moradas, y veréis cómo es poco todo lo que pudiéramos servir y padecer y hacer para disponernos á tan grandes mercedes: que podrá ser haber ordenado nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que puestos los ojos en el premio, y viendo cuán sin tasa es su misericordia (pues con unos gusanos quiere así comunicarse y mostrarse), olvidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza corramos encendidas en su amor. Plega á El que acierte

yo á declarar algo de cosas tan dificultosas; que si su Majestad y el Espíritu Santo no menean la pluma, bien sé que será imposible; y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte á decir nada, pues sabe su Majestad que no es otro mi deseo, á cuanto puedo entender de mí, sino que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos á servir á un Señor que así paga aún acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intervalos y trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades, porque á no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega á su Majestad merezcamos hacerle algún servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, aun en las obras buenas. Amén.

MORADAS SEXTAS

CAPITULO PRIMERO

Pues vengamos con el favor del Espíritu santo á hablar en las sextas Moradas, á donde el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura más lugar que estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme á su estado, que la puede estorbar desta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla á gozar. Ya he dicho que en esta oración no se ve nada que se pueda decir ver, ni con la imaginación, digo vista, por la comparación que puse. Ya el alma bien determinada queda á no tomar otro esposo, mas el Esposo no mira á los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aun quiere que lo desee más, y que le cueste algo bien, que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene della, para poderse llevar. ¡Oh, válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece, hasta que entra en la séptima Morada!

Por cierto que algunas veces lo considero, y que temo, que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir ni determinarse á pasarlo, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado á la séptima Morada, que ya allí nada no se teme, de arte que no se arroje muy de raíz el alma á pasarlo por Dios. Y es la causa que está casi siempre tan junta á su Majestad, que de allí le viene la fortaleza. Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera ó de otra, las almas que á tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo. Aunque no tenía por mí de tratar desto, he pensado que algún alma que se vea en ello le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces que está todo perdido. No llevaré por concierto cómo suceden, sino cómo se me ofrecieren á la memoria; y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar della — que se hace santa, que hace extremos para engañar al mundo, y para hacer á los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas ceremonias; y hase de notar que no hay ninguna, sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos se apartan della, y son los que le dan mejor bocado (y es de los que mucho se

sienten) — que va perdida aquel alma y notablemente engañada; que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caiga la virtud, que trae engañados los confesores, é ir á ellos y decírselo, poniéndole ejemplos de lo que acaeció á algunos que se perdieron por aquí, mil maneras de mofas, y de dichos destos. Yo sé de una persona que tuvo harto miedo no había de haber quien la confesase, según andaban las cosas, que por ser muchas no hay para qué me detener: y es lo peor que no pasan de presto, sino que es toda la vida, y el avisarse unos á otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme, que también hay quien diga bien. ¡Oh hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! Cuanto más, que ese es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro que si tiene algún bien es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, esle un tormento intolerable, al menos á los principios, que después no tanto, por algunas razones. La primera, porque la experiencia le hace claro ver que tan presto dice bien como mal, y así no hace más caso de lo uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa buena es suya, sino dada de su Majestad, y como si la viese en tercera persona olvidada, que tiene allí ninguna parte, se vuelve á alabar á Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó su

Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que á ellas les viniese bien. La cuarta, porque tiene más delante la honra y gloria de Dios, que la suya : quítase una tentación que da á los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonrada, á trueco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio : después venga lo que viniere. Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque casi siempre se siente alguna, si no es cuando poco ni mucho se advierte, mas sin comparación es mayor trabajo verse así, en público tener por buena sinrazón, que no los dichos: y cuando ya viene á no le tener mucho desto, muy mucho menos le tiene de esotro, antes le huelga, y le es como una música muy suave. Esto es gran verdad, y antes fortalece el alma que la acobarda ; porque ya la experiencia le tiene enseñada la gran ganancia que le viene por este camino, y parécele que no ofenden á Dios los que la persiguen, antes que lo permite su Majestad para gran ganancia suya ; y como la siente claramente, tómales un amor particular muy tierno, que le parece aquéllos son más amigos, y que la dan más á ganar que los que dicen bien.

También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte si ellos son recios me parece el mayor que hay en la tierra, digo exterior, aunque entren cuantos quisieren, si es de los muy recios dolores : digo,

porque descomponen lo interior y exterior, de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí : y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto, que estos dolores ; aunque en grandísimo extremo no duran tanto, que en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da su Majestad primero la paciencia, mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras. Yo conozco una persona que desde que comenzó el Señor á hacerle esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer ; de falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruin, y para el infierno que merecía, todo se le hace poco. Otras que no hayan ofendido tanto á nuestro Señor, las llevará por otro camino, mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar á nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia, en especial que siempre hay muchas. O pues, si tratamos de los interiores, estotros parecerían pequeños, si estos se acertasen á decir, sino que es imposible darse á entender de la manera que pasan. Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura : todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias. En especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfección (que les parece han de ser ángeles á quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo) luego es todo condenado, ó demonio, ó melan-

colía. Y desta está el mundo tan lleno, que no me espanto, que hay tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razón de temerlo y mirarlo muy bien los confesores. Mas la pobre alma que anda con el mismo temor, y va al confesor como á juez, y ése la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbación, que sólo entenderá cuán gran trabajo es quien hubiere pasado por ello. Porque éste es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines, pensar que por sus pecados ha Dios de permitir que sean engañadas, y aunque cuando su Majestad les hace la merced están seguras, y no pueden creer ser otro espíritu, sino de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas (que éstas nunca faltan) luego viene este tormento. Cuando el confesor la asegura aplácase, aunque torna : mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando tras esto vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de su Majestad.

Todo no es nada, si no es que sobre esto venga el parecer que no sabe informar á los confesores, y que los trae engañados, y aunque más piensa, y ve que no hay primer movimiento que no los diga, no aprovecha; que está el entendimiento tan obscuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa ;

que entonces ella es la señora, y los desatinos que el demonio la quiere representar, á quien debe nuestro Señor de dar licencia, para que la pruebe, y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios; porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sensible y intolerable, que yo no sé á qué se pueda comparar, sino á los que padecen en el infierno; porque ningún consuelo se admite en esta tempestad. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios á él, para que la atormente más: y así tratando uno con un alma que estaba en este tormento, después de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, la decía le avisase cuando estuviese así, y siempre era tan peor, que vino él á entender que no era más en su mano. Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que sabía bien leer le acaecía no entender mas dél que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz. En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar á la misericordia de Dios, que á deshora con una palabra sola suya, ó una ocasión, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, queda alabando á nuestro Señor, que fue el que pelcó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y así

conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor. Parece que ya no ha menester consideración para entender esto, porque la experiencia de pasar por ello, habiéndose visto del todo inhabilitada, le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos ; porque la gracia (aunque no debe de estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofende á Dios, ni le ofendería por cosa de la tierra) está tan escondida, que ni aun una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás ; porque si ha hecho algún bien, ó su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fue antojo : los pecados ve cieto que los hizo. ¡Oh Jesús, y qué es ver un alma desamparada desta suerte; y, como he dicho, cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra ! Por eso no penséis, hermanas, si alguna vez os viereis así, que los ricos, y los que están con libertad, tendrán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece á mí es como si á los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante ; no bastarían para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento, así acá viene de arriba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos rey, y nuestras miserias, é importa mucho para lo de adelante.

¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos días le durare así? Porque si reza, es como si no rezase ; para su consuelo, digo, que no se admite en lo interior, ni aun se entiende lo que reza, ella misma á sí, aunque sea vocal, que para

mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello. Antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por si estar con nadie, ni que le bablen; y así por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver. ¿Es verdad que sabrá decir lo que ha? es indecible, porque son apretamientos y penas espirituales, que no se saben poner nombre. El mejor remedio (no digo para que se quite que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir) es entender en obras de caridad y exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta á los que en El esperan. Sea por siempre bendito, amén.

CAPÍTULO II

Otros trabajos que dan los demonios, exteriores, no deben ser tan ordinarios, y así no hay para qué hablar en ellos, ni son tan penosos con gran parte; porque por mucho que hagan, no llegan á inhabilitar así las potencias, á mi parecer, ni á turbar el alma desta manera, que en fin, queda razón para pensar que no pueden hacer más de lo que el Señor les diere licencia, y cuando ésta no está perdida, todo es poco, en comparación de lo que queda dicho.

Otras penas interiores iremos diciendo en esta Morada, tratando diferencias de oración y mer-

cedes del Señor, que aunque algunas son aún más recio que lo dicho en el padecer, como se verá por cual deja el cuerpo, no merecen nombre de trabajos, ni es razón que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor, y que en medio dellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de sus merecimientos. Viene ya esta pena grande, para entrar en la séptima Morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni aun declarar cómo son ; porque vienen de otro linaje que los dichos, muy más alto ; y si en ellos, con ser de más baja casta, no he podido declarar más de lo dicho, menos podré en estotro. El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amén.

Parece que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos ; porque estos trabajos son los que la hacen tener más alto vuelo. Pues comencemos ahora á tratar de la manera que se ha con ella el Esposo ; y como antes que del todo lo sea se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados que el alma misma no los entiende, ni yo creo acertaré á decir para que lo entienda, si no fuesen las que han pasado por ello ; porque son unos impulsos tan delicados y sotiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner, que cuadre. Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y aun de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la misma persona descuidada, y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta, á manera de un cometa, que pasa de presto, ó un trueno, aunque no se oye ruido ; mas entiende

muy bien el alma, que fué llamada de Dios ; y tan entendido, que algunas veces, en especial á los principios, la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo, ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa á su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce ; y aunque quiera no tenerla, no puede ; mas esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud. Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros á entender esta operación de amor, y no sé cómo, porque parece cosa contraria dar á entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer que la llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silvo tan penetrativo para entenderlo el alma, que no le puede dejar de oir ; porque no parece sino que en hablando el Esposo, que está en la séptima Morada, por esta manera, que no es habla formada, toda la gente que está en las otras no se osan bullir, ni sentidos ni imaginación ni potencias. ¡ Oh, mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu á cuanto por acá se puede ver ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar ésta tan pequeña, para las muy grandes que obráis con las almas ! Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece, que

está con ella su Dios. Diréisme, pues, si esto entiende, ¿qué desea, ó qué le da pena? ¿qué mayor bien quiere? No lo sé: sé que parece le llega á las entrañas esta pena, y que, cuando dellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor que siente. Estaba pensando ahora si sería que deste fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla, y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y al tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado á decir; porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un sér, aunque á veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana; mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna. En fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va á encender, muérese la centella, y queda con deseo de tornar á padecer aquel dolor amoroso que le causa. Aquí no hay pensar si es cosa movida del mismo natural, ni causada de melancolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de á dónde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún

embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada, ni poder acrecentar aquella pena deleitosa, ni quitarla, á mi parecer. Á quien nuestro Señor hiciere esta merced (que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá) déle muy muchas gracias, que no tiene que temer si es engaño : tema mucho si ha de ser ingrato á tan gran merced, y procure esforzarse á servir y á mejorar en todo su vida, y verá en lo que para, y cómo recibe más y más. Aunque á una persona que ésta tuvo, pasó algunos años con ello, y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera al Señor con grandes trabajos, quedaba con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás, amén. Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas, hay seguridad, á mi parecer por estas razones. La primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta : podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual ; mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad ; que todos sus poderes están por las adefueras ; y sus penas (cuando él las da) no son á mi parecer jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse á padecer por Dios, y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada á apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes. El no ser antojo está muy claro ; porque

aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello ; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar (digo parecer que es, no siendo) ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son éstos verdaderos ímpetus : digo si dudare en si le tuvo ó si no ; porque así se da á sentir, como á los oídos una gran voz. Pues ser melancolía, no lleva camino ninguno, porque la melancolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación : estotro procede de lo interior del alma. Ya puede ser que yo me engañe, mas hasta oir otras razones á quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión ; y así sé de una persona harto llena de temor destos engaños, que desta oración jamás le pudo temer.

También suele nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma ; que á deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande que se comunicase por todos los sentidos. No digo que es olor, sino pongo esta comparación, ó cosa desta manera, sólo para dar á sentir que está allí el Esposo : mueve un deseo sabroso de gozar el alma de El, y con esto queda dispuesta para hacer grandes actos y alabanzas á nuestro Señor. Su nacimiento desta merced es de donde lo que queda dicho, mas aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mismos de gozar á Dios son penosos ; esto es más ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí qué temer, por algunas razones de las dichas,

sino procurar admitir esta merced, con hacimiento de gracias.

CAPÍTULO III

Otra manera tiene Dios de despertar al alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me detendré algo en ella, que son unas hablas con el alma, de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della, otras tan en lo interior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación ó melancólicas, digo de melancolía notable: destas dos maneras de personas no hay que hacer caso, á mi parecer, aunque digan que ven y oyen y entienden; ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como á personas enfermas, diciendo á la priora ó confesor á quien lo dijere, que no haga caso dello, que no es la sustancia para servir á Dios; y que á muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así á ella por no la afligir, mas que trae con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece así. Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oración, y lo más que se pudiere, que no haga caso dello; porque

suele el demonio aprovecharse destas almas así enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros; y á enfermas y sanas siempre destas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo, que siempre es lo mejor á los principios deshacérsele; porque si es de Dios, es más ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es así, mas no sea apretando mucho el alma é inquietándola; porque verdaderamente ella no puede más. Pues tornando á lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho pueden ser de Dios, y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay en estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración, y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele, cuando son solamente para vosotras mismas de regalo, ó aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, ó sea antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penséis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló á los fariseos, y todo el bien está como se aprovechan destas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme á la Escritura hagáis más caso dellas, que si las oyeseis al mismo demonio; porque aunque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentación de cosas de la fe, y así resistir siempre, para que se vayan quitando; y sí quitarán, porque llevan poca fuerza consigo. Pues tornando á lo primero, que

venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser de Dios. Las más ciertas señales que se pueden tener, á mi parecer, son éstas. La primera y más verdadera es el poderío y señorío que traen consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y obscuridad del entendimiento y sequedad : con una palabra destas que diga solamente — « No tengas pena, » queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo y letrados que se juntaran á darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella aflicción. Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor ; y con una palabra que se le diga sólo : — *Yo soy, no hayas miedo,* se le quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará á hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder, entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien ; queda con certidumbre, y sin pena, y desta manera otras muchas cosas.

La segunda razón una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡ Oh Señor ! si una palabra enviada á decir con un paje vuestro (que á lo que dicen, al menos éstas en esta Morada no las dice el mismo Señor, sino algún ángel) tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejaréis

en el alma, que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos; digo que oímos de los hombres, que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir las creemos como á éstas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que (aunque algunas veces en cosas muy imposibles, al parecer, no deja de venirle duda si será ó no será, y anda con algunas vacilaciones el entendimiento) en la misma alma está una seguridad que no se puede rendir; aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios que los hombres no entienden, más que en fin se ha de hacer, y así es que se hace. Aunque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos, porque, como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre que al presente quedan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fue demonio, si fue de la imaginación: ninguna destas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas, como digo, con todas estas imaginaciones que debe poner el demonio para dar pena y acobardar el alma, en especial si es en negocio, que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y es obras para gran honor y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al

menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos. Con todos estos combates, aunque haya quien diga á la misma persona que son disparates (digo los confesores con quien se tratan estas cosas) y con cuantos malos sucesos hubiere para dar á entender que no se pueden cumplir, queda una centella, no sé dónde, tan viva de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin (como he dicho) se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre á su Majestad, y mucho más por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la misma obra, aunque le vaya muy mucho en ella. No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdaderas, que si á la misma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiría tanto ; como si ella en esto pudiese más, que no dice sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás, profeta, sobre esto, cuando temía no había de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razón se le tenga esta fidelidad, en desear no le tenga por falso, pues es la suma verdad. Y así es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas lo ve cumplido ; aunque á la misma persona se le hayan de seguir grandes trabajos dello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto lo dijo el Señor. Quizá

no todas personas tendrán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo.

Si son de la imaginación, ninguna destas señales hay, ni certidumbre, ni paz y gusto interior; salvo que podría acaecer (y aun yo sé de algunas personas á quien ha acaecido) estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complexión ó imaginación, ó no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí que no se sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme (y aun quizá es así, que están adormizadas) como manera de sueño les parece que las hablan, y aunque ven cosas y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin como de sueño. Y también podría ser, pidiendo una cosa á nuestro Señor afectuosamente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas á quien tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, á mi parecer, de la imaginación. Del demonio hay más que temer, más si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí ó de negocios de terceras personas, jamás haga nada ni le pase por pensamiento sin parecer de confesor letrado avisado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere su Majestad, y no es dejar de hacer lo que El manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su

lugar, á donde no se puede dudar ser palabras suyas ; y éstas ayudan á dar ánimo, si es negocio dificultoso, y nuestro Señor le pondrá al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando El lo quisiere ; y si no, no están más obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y seguirse nadie por su parecer en esto, téngolo por cosa muy peligrosa; y así, hermanas, os amonesto de parte de nuestro Señor, que jamás os acaezca. Otra manera hay, como habla el Señor al alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión intelectual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oir aquellas palabras con los oídos del alma al mismo Señor, y tan en secreto, que la misma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la misma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efectos para creer esto, al menos hay seguridad de que no procede de la imaginación, y también si hay advertencia la puede siempre tener desto, por estas razones. La primera, porque debe ser diferente en la claridad del habla, que lo es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda ; y si se dijo por un estilo ó por otro, aunque sea todo una sentencia : y en lo que se antoja por la imaginación, será no habla tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada.

La segunda, porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es á deshora, y aun algunas estando en conversación, aunque hartas se responde á lo que pasa de presto

por el pensamiento, ó á lo que antes se ha pensado; mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser, ni serían, y así no las podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado, ni querido, ni venido á su noticia.

La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan poco á poco.

La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprende mucho, lo que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto.

La quinta, porque junto con las palabras, muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se da á entender mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada y para alabar á nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y así habrá otras que no acababan de entenderse: y así sé que lo ha mirado con mucha advertencia (porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced) y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba, á los principios; que el ser demonio más presto se puede entender: aunque son tantas sus sotilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz; mas será, á mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco quede duda si se entendieron como en el espíritu de verdad:

mas no podrá contrahacer los efectos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud y alboroto: mas puede hacer poco daño, ó ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover á hacer nada por cosa que entienda. Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por ellos se tiene por mejor, y si mientras mayor palabra de regalo, no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios, porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la misma alma, y más acuerdo trae de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno. Como hagan estos efectos todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará al demonio que la engañe, aunque siempre es bien se ande con temor.

Podrá ser que á las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. Á esto respondo que es imposible: no hablo de las que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa, ni queriendo hacer caso de las imaginaciones tienen remedio. Acá ninguno, porque

de tal manera el mismo espíritu que habla hace parar todos los otros pensamientos, y advertir á lo que se dice, que en alguna manera me parece (y creo es así) que sería más posible no entender á una persona que hablase muy á voces á otra que oyese muy bien, porque podría no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa. Mas, en lo que tratamos no se puede hacer: no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, sino en lo que se le dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol (por petición de Josué creo era), puede hacer parar las potencias y todo el interior, de manera que ve bien el alma que otro mayor Señor gobierna aquel Castillo que ella, y hácela harta devoción y humildad; así que en excusarlo no hay remedio ninguno. Dénosle la divina Majestad para que sólo pongamos los ojos en contentarle, y nos olvidemos de nosotros mismos, como he dicho; amén. Plega El, que haya acertado á dar á entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algun aviso para quien lo tuviere.

CAPÍTULO IV

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar al Esposo; y su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas,

para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo. Reíros habéis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera de vosotrás os parecerá que no es menester, y que no habrá ninguna mujer tan baja que no le tenga para desposarse con el Rey. Así lo creo yo con el de la tierra, mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto que si no lo diese Dios con cuanto veis que nos está bien, sería imposible. Y así veréis lo que hace su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca desta gran Majestad, no era posible por ventura quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasis. Y como creo dejo dicho, hay complexiones tan flacas que con una oración de quietud se mueren. Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí. Esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones, ha parecido, no va nada tornarlo á decir, aunque no sea sino porque vayan las Moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra que se acordó ú oye de Dios, parece que su Ma-

jestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave Fénix, queda renovada, y piadosamente se puede creer perdonadas sus culpas. Hase de entender con la disposición y medios que este alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña. Y así limpia, la junta consigo, sin entender aquí nadie sino ellos dos, ni aun la misma alma entiende de manera, que lo puede después decir, aunque no está sin sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que un desmayo ó parasismo, que ninguna cosa interior ni exterior entiende? Lo que yo entiendo en este caso, es, que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz, y conocimiento de su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir, que están muertas, y los sentidos los mismo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Creador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos Moradas, que ésta, y la postrera se pudieran juntar bien, porque de la una á la otra no hay puerta cerrada ; porque hay cosas en la postrera que no se han manifestado á los que no han llegado á ella, me pareció dividirlas. Cuando estando el alma en esta suspensión el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria que nunca jamás se olvida : mas

cuando son visiones intelectuales tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender los que viven en la tierra para poderlas decir, aunque, estando en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones intelectuales. Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las intelectuales. Yo diré á su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y aunque parece cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho. Pues, diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas, que ahí hace el Señor al alma, ¿qué provecho le traen? ¡Oh hijas! que es tan grande, que no se puede encarecer; porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe, que le dice quién es, y que está obligada á creerle por Dios, le adorará desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vió la escala, que con ella debía de entender otros secretos que no los supo decir; que por sólo ver una escala que bajaban y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios. No sé si atino en lo que digo, porque aunque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moisés supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese: mas si no mostrara Dios á su

alma secretos con certidumbre para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos: mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Así que, hermanas, á las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que, como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas. Deseando estoy acertar á poner una comparación, para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos ésta. Entráis en un aposento de un rey ó gran señor (creo camarín los llaman) á donde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza destas en casa de la duquesa de Alba (á donde viniendo de camino me mandó la obediencia estar por haberlos importunado esta señora), que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia, como me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura

eran : mas por junto acuérdase que lo vio. Así acá estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo Empíreo que debemos tener en lo interior de nuestras almas, porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene alguna destas moradas, y aunque cuando está así el alma en éxtasis, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió : mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea. Luego ya confieso que fue ver, y que es visión imaginaria. — No quiero decir tal, que no es esto de que trato, sino visión intelectual ; que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada, que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro, que si va bien, que no soy yo la que lo ha dicho. Yo tengo para mí, que si algunas veces no entiende destos secretos en los arrobamientos el alma á quien los ha dado Dios, que no son arrobamientos, sino alguna flaqueza natural, que puede ser á personas de flaca complexión, como somos las mujeres, con alguna fuerza de espíritu sobrepujar al natural, y quedarse así embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos ; porque el que lo es, cree que roba Dios toda el alma para sí, y que, como á cosa suya propia y esposa suya, la va mostrando

alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo; que por poca que sea, es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de nadie, ni de potencias, ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas destas Moradas todas, y sólo en la que El está queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieren aprovecharse della, y perdieren á este Señor. ¡Oh hermanas mías! Que no es nada lo que dejamos ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer, por un Dios que así se quiere comunicar á un gusano. Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar deste bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante, para que un momento dejemos de buscar á este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda á esto, aunque durarán para siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieran imaginar! ¡que es todo asco y basura, comparados á estos tesoros, que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra. ¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece no es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán á hacernos gran daño; sino que por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos destas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista,

como la dio el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo ; y así, viéndonos tan imperfectas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar á su Majestad.

Mucho me he divertido sin entenderlo : perdonadme, hermanas, y creed, que llegada á estas grandezas de Dios (digo, á hablar en ellas) no puede dejar de lastimarme mucho, ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor á quien quiere, si quisiésemos á su Majestad como El nos quiere, á todas las daría : no está deseando otra cosa, sino tener á quien dar, que no por eso se desminuyen sus riquezas. Pues tornando á lo que decía, manda el Esposo cerrar las puertas de las Moradas, y aun las del Castillo y cerca ; que en queriendo arrebatar este alma, se le quita el huelgo de manera que, aunque duren un poquito más algunas veces los otros sentidos, en ninguna manera puede hablar, aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo, de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio (digo para estar en un sér) porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí, y alienta para tornarse á morir, y dar mayor vida al alma, y con todo no dura mucho este gran éxtasis.

Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar así día y aun días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad á amar, y ella se está

harto despierta para esto y dormida para arrostrar á asirse á ninguna criatura.

¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efectos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como esta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia grandísimos; y no hace mucho en hacerla; porque, con la fuerza del amor, siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con este ayuda de parte de nuestro Señor es fácil; y así se quejan estas almas á su Majestad, cuando no se les ofrece en qué padecer. Cuando esta merced les hace en secreto, tiénenla por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo, y entienden que no lo echarán por ventura á lo que es, sino que, por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento falta de humildad; mas ello no es más en su mano; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una

que estaba en esta aflicción de parte de nuestro Señor: — *No tengas pena, que, ó ellos han de alabarme á Míallí, ó murmurar de ti, y en cualquiera cosa déstas ganas tú.* Supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta aflicción, os las pongo aquí. Parece que quiere nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella: en el cuerpo, en la honra, en la hacienda, enhorabuena, que de todo se sacará honra para su Majestad; mas en el alma, eso no, que si ella, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de su Esposo, El la amparará de todo el mundo, y aun de todo el infierno. No sé si queda dado algo á entender de qué cosa es arrobamiento (que todo es imposible, como he dicho), y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que es, porque hay efectos muy diferentes en los fingidos arrobamientos (no digo fingidos, porque quien los tiene no quiere engañar, sino porque ella lo está) y como las señales y efectos no conforman con tan gran merced, queda infamada de manera que con razón no se cree después á quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado, amén, amén.

CAPÍTULO V

Otra manera de arrobamientos hay, ó vuelo del espíritu le llamo yo (que, aunque todo es uno en la substancia, en lo interior se siente muy diferente) porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial á los principios; que por eso os decía que es menester ánimo grande, para á quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fe y confianza y resignación grande de que haga nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido y verse arrebatar el alma? Y aun algunos hemos leído, que el cuerpo con ella, sin saber á dónde va ó quién la lleva ó cómo; que al principio deste momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios. ¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera, antes es peor; que yo le sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar á entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puento en sus manos y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomaba ya por sí no hacer más que hace una paja cuando la levanta

el ámbar (si lo habéis mirado) y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que ve es lo más acertado hacer la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto así que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu. No parece sino que aquel pilar de agua que dijimos (creo era la cuarta Morada, que no me acuerdo bien) que con suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía ; aquí desató este gran Dios (que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos) los manantiales por donde venía á este pilar del agua ; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar á donde quieren, muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso dello.

Es cierto, hermanas, que de sólo irlo escribiendo me voy espantado, de cómo se muestra aquí el gran poder de este gran Rey y Emperador, ¿qué hará quien pasa por ello? Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por el mundo se les descubriese su Majestad, como hace á estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. ¡ Pues, oh, cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido á procurar con todas sus

fuerzas no enojar este Señor! Por El os suplico, hermanas, á la que hubiere hecho su Majestad estas mercedes, ú otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir: mirad, que quien mucho debe, mucho ha de pagar. Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción; porque mirando lo que su Majestad hace con ella, y tornándose á mirar á sí, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace lleno de faltas y quiebras y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfectamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con qué pagar, supla la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores. Quizá le responderá lo que á una persona que estaba muy afligida delante de un crucifijo en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar á Dios, ni qué dejar por El: díjole el mismo Crucificado consolándola, que El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasíon, que lo tuviese por propios para ofrecer á su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica (según della he entendido) que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas déstas podría decir aquí (que como he tratado tantas personas santas y de oración sé muchas), porque no penséis que sólo yo me voy á la mano. Esta paréceme de gran provecho, para

que entendáis lo que se contenta nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria,y que no tenemos nada que no lo recibimos. Así que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas que se ofrece á un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo ; y, á mi parecer, para esto postrero más que para nada, si hay humildad : dénosla el Señor, por quien es.

Pues tornando á este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta ; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo ó si no, por algunos instantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente désta que vivimos, á donde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas ; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria; que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y, sin palabras, se le da á entender algunas cosas ; digo como si ve algunos santos, los conoce como si los hubiera mucho tratado. Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión inteletual, se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor dellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admi-

rable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar á entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo ó no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma. Muchas veces he pensado, si como el sol estándose en el cielo, que sus rayos tienen tarta fuerza que no mudándose él de allí, de presto llegan acá; si el alma y el espíritu (que son una misma cosa, como lo es el sol y sus rayos) puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma. En fin, yo no sé lo que digo; lo que es verdad es, que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo (que yo no sé otro nombre que le poner) que aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí misma, á todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna á sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien, que le haga dársele nada della. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra á donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron á la tierra de promisión los del pueblo de

Israel, para que pase los trabajos deste camino tan trabajoso, sabiendo á dónde ha de ir á descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio ; que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas, que tanta operación, paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado : conocimiento de la grandeza de Dios ; porque mientras más cosas viéremos de ella, más se nos da á entender ; propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender, no osa mirarle ; la IIIa, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fuere las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. Estas son las joyas que comienza el Esposo á dar á su esposa, y son de tanto valor, que no las pondrá á mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo : mas el Esposo que se las da, es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues tornando al ánimo que es menester, ¿paréceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos, y no entiende para qué. Menester es que le dé, El que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor : así lo digo yo ; sea para siempre alabado el que tanto puede

dar. Plega á su Majestad que nos dé para que merezcamos servirle, amén.

CAPÍTULO VI

DESTAS mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso: unas ansias grandísimas de morirse y así con lágrimas muy ordinarias pide á Dios la saque deste destierro. Todo la cansa cuanto ve en él: en viéndose á solas tiene un gran alivio, y luego acude esta pena, y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión, que sea para encender más este fuego, la hace volar; y así en esta Morada son muy continuos los arrobamientos, sin haber remedio de excursarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y murmuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores. Y aunque en lo interior del alma parece tiene gran seguridad por una parte (en especial cuando está á solas con Dios), por otra anda muy afligada, porque teme si la ha de engañar el demonio, de manera que ofenda á quien tanto ama, que de las murmuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mismo confesor la aprieta, como si ella pudiese más. No hace sino

pedir á todos oraciones, y suplicar á su Majestad la lleve por otro camino, (porque le dicen que lo haga) porque éste es muy peligroso: mas como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento que no puede dejar de ver que le lleva, como lee y oye y sabe por los mandamientos de Dios el que va al cielo, no lo acaba de desear, aunque quiere, sino dejarse en sus manos. Y aun este no lo poder desear le da pena, por parecerle que no obedece al confesor, que en obedecer y no ofender á nuestro Señor le parece que está todo su remedio para no ser engañada: y así no haría un pecado venial de advertencia por que la hiciesen pedazos, á su parecer, aflígese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse. Da Dios á estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección, si pudiese, que por sólo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes, y ha gran envidia á los que viven y han vivido en los desiertos: por otra parte se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más á Dios, y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia á los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías. ¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas que no te dejan volar lo que querrías! Habed lástima, mi Dios; ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos, para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece, y de

su bajo natural : poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel: no la hayáis lástima, que, con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada á ello, y los desea padecer : alargad Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada della, os alaben á Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más, á su causa, si tantas tuviera ; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir.

No sé á qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son éstos los efectos que quedan de estas suspensiones ó éxtasis, sin duda ningua; porque no son deseos que se pasan, sino que están en un sér, y cuando se ofrece algo en que mostrarlo, se ve que no era fingido. — ¿Por qué digo estar en un sér? Algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo, que no le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho mayor bien suyo ; porque ve entonces, que si para algo le ha tenido, ha sido dado de su Majestad con una claridad que la deja aniquilada á sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar : mas lo

más ordinario está como antes hemos dicho. Una cosa advertid, hermanas, en estos grandes deseos de ver á nuestro Señor, que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar á ellos, sino divertiros ; si podéis digo, porque en otros que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros alguna vez sí podrán ; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decía san Martín ; y podráse volver la consideración, si mucho aprietan : porque, como es, al parecer, deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podría el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos, que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasión, como se tiene, cuando por cosas del siglo tenemos alguna pena, mas á quien no tuviese experiencia de uno y de lo otro no lo entenderá, y pensando es una gran cosa ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño á la salud ; porque es continua esta pena, ó al menos muy ordinaria. También advertid, que suele causar la complexión flaca cosas destas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran : mil veces las hará entender que lloran por Dios, que no sea así. Y aun puede acaecer ser, cuando viene multitud de lágrimas, digo por un tiempo, que á cada palabrita que oiga ó piense de Dios, no se puede resistir dellas, haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene á Dios, que no parece han de acabar de llorar ; y

como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van á la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden á ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan, de manera que después, ni puedan tener oración ni guardar su regla.

Paréceme, que os estoy mirando como decís, que ¿qué habéis de hacer, si en todo pongo peligro? Pues en una cosa tan buena como las lágrimas, me parece puede haber engaño ; que yo soy la engañada, y ya puede ser : mas creed que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí, porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio, que algunas veces me da pena, aunque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, destila, como hace un alquitara, y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son más confortadoras y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es en este engaño, cuando lo fuere, que será dano del cuerpo, digo si hay humildad, y no del alma, y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha. No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Estas dejarán esta tierra seca regada, y son gran ayuda para dar fruto : mientras menos caso hiciéremos dellas, más ; porque es agua que cae del cielo la que sacamos : cansándonos en cavar para sacarla, no tiene qué ver con ésta, que

muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor que nos pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza y nuestra bajeza, y dénos. El lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. El sabe mejor lo que nos conviene ; y con esto andaremos descansadas, y el demonio no tendrá tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas, y sabrosas juntamente, da nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho, y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, á mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja nuestro Señor con libertad para que gocen deste gozo, y á los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan, y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan excesivo del alma que no querría gozarle á solas, sino decirlo á todos, para que la ayudasen á alabar á nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡ Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo ! Parece que se ha hallado á sí, y que, como el padre del hijo pródigo, querría convidar á todos y hacer grandes fiestas, por ver su alma en puesto, que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces. Y tengo para mí que es con razón, porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz y que todo su contento provoca á

alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio. Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debía sentir san Francisco, cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo que era pregonero del gran Rey; y otros santos, que se van á los desiertos por poder apregonar lo que san Francisco, estas alabanzas de su Dios. Yo conocí uno llamado fray Pedro de Alcántara (que creo lo es, según fué su vida) que hacía esto mismo, y le tienen por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios á todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte, que aunque el Señor os haga ésta, y deis muestras dello, antes será para ayudaros, que no para murmuración, como fuerais si estuviereis en el mundo, que se usa tan poco este pregón, que no es mucho que le murmuren. ¡Oh desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas á las que les ha cabido tan buena suerte que estén fuera dél! Algunas veces me es particular gozo, cuando estando juntas, las veo á estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas dé á nuestro Señor de verse en el monasterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hicieseis esto, que una que comienza, despierta á las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua, cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por qué se las dar? Plega á su Majestad que muchas

veces nos dé esta oración, pues es tan segura y gananciosa; que adquirirla no podremos, porque es cosa muy sobrenatural: y acaece durar un día, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos, ó un melancólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginación, ni hay quien le saque della. Harto groseras comparaciones son éstas para tan preciosa causa, mas no alcanza otras mi ingenio, porque ello es así, que este gozo la tiene tan olvidada de sí, y de todas las cosas, que no advierte, ni acierta á hablar, sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos á esta alma, hijas mías, todas, ¿para qué queremos tener más seso? ¿Qué nos puede dar mayor contento? ¡y ayúdennos todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos! Amén, amén, amén.

CAPÍTULO VII

PARECEROS ha, hermanas, que á estas almas que el Señor se comunica tan particularmente, en especial podrán pensar esto que diré (las que no hubieren llegado á estas mercedes; porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré) que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño; porque el dolor de los pecados crece más, mientras más se

recibe de nuestro Dios: y tengo yo para mí, que hasta que estemos á donde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará. Verdad es que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fue tan ingrata á quien tanto debe, y á quien tanto merece ser servido, porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase cómo fue tan atrevida; llora su poco respeto, parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas, que dejaba una tan gran majestad. Mucho más se acuerda desto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir: parece que las lleva un río caudaloso, y las trae á sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz. Yo sé de una persona, que dejado de querer morirse por ver á Dios, lo deseaba, por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido á quien tanto debió siempre, y había de deber: y así no le parecía podían llegar maldades de ninguno á las suyas; porque entendía que no le habría, á quien tanto hubiese sufrido Dios, y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca á miedo del infierno, ninguno tienen: de si han de perder á Dios, á veces aprieta mucho, mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable como se vieron algún tiempo que de pena ni gloria suya propia no tienen cui-

dado ; y si desean no estar mucho en purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar. Yo no tendría por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vio en miserable estado ; porque aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá, como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria: las que han sido buenas ,no tendrían que sentir, aunque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene nuestro Señor ya perdonados los pecados y olvidados, antes añade á la pena ver tanta bondad, y que se hacen mercedes á quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué este un gran martirio en san Pedro y la Magdalena ; porque como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá, que quien goza de cosas tan altas no tendrá meditación en los misterios de la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo (porque son caminos por donde lleva nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la divinidad y huir de las corpóreas) á mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa :

mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y así estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces, decíroslo otra vez aquí, porque vayáis en esto con mucha advertencia; y mirad que oso decir que no creáis á quien os dijere otra cosa. Y procuraré darme más á entender, que hice en otra parte; porque por ventura, si alguno lo ha escrito, como él lo dijo, si más se alarga en declararlo, decía bien; y decirlo así por junto á las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal. Tambien les parecerá á algunas almas que no pueden pensar en la pasión : pues menos podrán en la sacratísima Virgen, ni en la vida de los santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan ; porque apartados de todo lo corpóreo para espíritus angélicos, es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios ; cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio que es la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo : y no puede creer que lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño á sí y á los otros. Al menos yo les aseguro que no entren á estas dos Moradas postreras ; porque si pierden la guía, que es el buen Jesus, no acertarán el camino : harto será si se están en las demás con seguridad. Porque el mismo Señor dice que es camino : también dice el Señor que es luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por El : y quien me ve á mí ve á mi Padre. Dirán que se da otro sentido á estas

palabras. Yo no sé otros sentidos; con éste que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien. Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como nuestro Señor las llega á dar contemplación perfecta, querríanse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo, como antes. Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación: creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar á Dios, como una vez se halla, y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad á tonarle á buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y también me parece que, como la voluntad esté ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra si pudiese; y no hace mal, mas será imposible (en especial hasta que llegue á estas postreras Moradas) y perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad. Y notad, hermanas, este punto, que es importante, y así le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar: y es menester quien le sople, para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí á Dios, como hizo nuestro padre

Elías? No por cierto, ni es bien esperar milagros: el Señor los hace cuando es servido por este alma, como queda dicho y se dirá adelante: mas quiere su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto. Verdad es, que á quien mete ya el Señor en la séptima Morada es muy pocas veces, ó casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si me acordare: mas es continuo no se apartar de andar con Cristo nuestro Señor por una manera admirable, á donde, divino y humano junto, es siempre su compañía. Así, que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere su Majestad, como lo hacía la Esposa en los *Cantares,* y preguntemos á las criaturas quién las hizo, como dice san Agustín, creo en sus Meditaciones, ó Confesiones, y no nos estemos bobos perdiendo tiempo en esperar lo que una vez se nos dió, que á los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos: su Majestad sabe el por qué; nosotras no hemos de querer saberlo, ni hay para qué. Pues sabemos el camino cómo hemos de contentar á Dios, por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos: la demás venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene el responder, que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá ten-

drán razón en alguna manera. Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís quizá que no me entendéis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir ; mas dirélo como supiere. Llamo yo meditación, al discurrir mucho con el entendimiento desta manera. Comenzamos á pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos á su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante á los misterios de toda su gloriosa vida, ó comenzamos en la oración del huerto, y no pára el entendimiento hasta que está puesto en la † : ó tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él, y que sentir, así de la tración de Judas, como de la huída de los Apóstoles y todo lo demás ; y es admirable y muy meritoria oración.

Esta es la que digo que tendrán razón, quien ha llegado á llevarla Dios á cosas sobrenaturales, y á perfecta contemplación ; porque, como he dicho, no sé la causa ; mas, lo más ordinario, no podrá. Mas no la tendrán, digo razón, si dice que no se detiene en estos misterios, y los trae presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia católica : ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene á nuestro Señor, sino que no se entiende ; porque entiende el alma esto misterios por manera más perfecta. Y es que se los representa el entendi-

miento, y estámpanse en la memoria, de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el huerto, aquello le basta para no sólo un hora, sino muchos días ; mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido á tan gran pena : luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, á desear servir en algo tan gran merced, y á desear padecer algo por quien tanto padeció, y á otras cosas semejantes en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar á discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oración : y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que, aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien : lo que sería si mucho trabajase en el discurrir que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado á más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas : mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo ; ni nadie me hará entender, sea cuán espiritual quisiere, irá bien por aquí. Hay unos principios, y aun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan á llegar á oración de quietud, y á gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa

estarse allí siempre gustando. Pues créanme, y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar á nuestro dechado Cristo, como los pasó, y aun á sus Apóstoles y santos, para llevarlos con perfección. Es muy buena compañía el buen Jesús, para no nos apartar della, y su sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto más, hijas, que no es tan ordinairo el regalo en la oración, que no hay tiempo para todo ; y la que dijere que es en un sér, tendría yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho ; y así lo tened, y procurá salir dese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo á la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado que se quite ese peligro, que al menos para el seso y cabeza es muy grande, si durase mucho tiempo. Creo queda dado á entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aun hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo á sus Discípulos, que convenía que El se fuese : yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo á su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe que sabía que era Dios y hombre ; y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfección, que antes le ayudaba. No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe como despues estuvieron, y tenemos razón de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demo-

nio venir á hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento. El engaño que me pareció á mí que llevaba no llegó á tanto como esto, sino á no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo ; y ví claramente que iba mal; porque como no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma me parece como un ave revolando, que no halla á dónde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes, ni medrando en la oración. Y no entendía la causa, ni la entendiera, á mi parecer, porque me parecía que era aquello muy acertado : hasta que, tratando la oración que llevaba con una persona sierva de Dios, me avisó. Despues ví claro cuán errada iba ; y nunca me acaba de pesar de que haya habido ningún tiempo que yo careciese de entender que se podía mal ganar con tan gran pérdida; y cuando pudiera, no quiero ningún bien, sino adquirido por quien nos vienen todos los bienes. Sea para siempre alabado, amén.

CAPÍTULO VIII

PARA que más claro veáis, hermanas, que es así lo que os he dicho, y que mientras más adelante va un alma, más acompañada es deste buen Jesús, será bien que tratemos de cómo cuando su Majestad quiere, no podemos sino

andar siempre con El ; como se ve claro por las maneras y modos con que su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables ; que (por si alguna merced destas os hiciere no andéis espantadas) quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte en suma alguna cosa déstas, para que le alabemos mucho, aunque no nos las haga á nosotras, de que se quiera así comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder. Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí á Jesuscristo nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo, ni del alma. Esta llaman visión intelectual, no sé yo por qué. Vi á esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré adelante, fatigada en los principios harto ; porque no podía entender qué cosa era, pues no la veía ; y entendía tan cierto ser Jesucristo nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo que estaba allí aquella visión, que si era de Dios, ó no, aunque traía consigo grandes efectos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oído visión intelectual, ni pensó que la había de tal suerte ; mas entendía muy claro que era este Señor el que la hablada muchas veces de la manera que queda dicho, porque, hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién le hablaba, aunque entendía las palabras. Sé que estando temerosa desta visión (porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos días, y aun

más que un año alguna vez) se fué á su confesor harto fatigada; él le dijo, — que, si no veía nada ¿cómo sabía que era nuestro Señor? que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, ni veía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era que era El el que le hablaba, y que no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores todavía, muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: *No hayas miedo, que yo soy.* Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía, que veía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecía la estaba siempre mirando; y cada vez que quería tratar con su Majestad en oración, y aun sin ella, le parecía estar tan cerca, que no la podía dejar de oir: aunque el entender las palabras no era cuando ella quería, sino á deshora, cuando era menester. Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotos una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir: mas es tan cierto y con tanta certidumbre, y aun mucho más; porque acá ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias, y efectos interiores, que ni los podría haber si fuese melancolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz, y con tan continuos deseos de contentar á Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no la llega á El: y después entendió claro no

ser demonio, porque se iba más y más dando á entender. Con todo sé yo que á ratos andaba harto temerosa : otros con grandísima confusión, que no sabía por dónde le había venido tanto bien. Eramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma que yo estuviese ignorante della, y así puedo ser buen testigo, y me podéis creer ser verdad todo lo que en esto dijere. Es merced del Señor que trae grandísima confusión consigo, y humildad. Cuando fuese del demonio, todo sería al contrario : y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios (que no bastaría industria humana para poderse así sentir) en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino dado de la mano de Dios. Y aunque, á mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta trae consigo un particular conocimiento de Dios, y desta compañía tan continua nace un amor ternísimo con su Majestad, y unos deseos, aun mayores que los que quedan dichos, de entregarse toda á su servicio, y una limpieza de conciencia grande ; porque hace advertir á todo la presencia que trae cabe sí. Porque aunque ya sabemos que lo está Dios á todo lo que hacemos, es nuestro natural tal que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y aun para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma casi continuo con un actual amor al que ve, ó entiende, estar cabe sí, son muy ordinarias. En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar, y agradece al Señor que se la da tan sin poderle

merecer, y por ningún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría. Y así cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pusiese, para tornar á tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algún santo, y es también de gran provecho. Diréis, que si no se ve, ¿qué cómo se entiende que es Cristo, ó cuándo es santo, ó su Madre gloriosísima? Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender cómo lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. Aun ya el Señor, cuando habla, más fácil parece, mas el santo que no habla, sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma y por compañía, es más de maravillar. Así son otras cosas espirituales, que no se sabe decir; mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural para entender las grandes grandezas de Dios, pues aun éstas no somos capaces, sino que con admiración y alabanzas á su Majestad, pase quien se las diere; y así le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace á todos, hase mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras le ayuda Dios á ello. De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que menos sirve á Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más obligada á ello que ninguno, y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas, y con muy grande razón. Estos efectos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras á quien el Señor llevare por este camino,

para entender que no es engaño, ni tampoco antojo, porque, como he dicho, no tengo que es posible durar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho al alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de su costumbre, ni puede, aunque quiere, cosa tan mala hacer tanto bien, que luego habría unos humos de propia estimación, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios, y ocupado su pensamiento en El, haríale tanta rabia, que, aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no permitirá darle tanta mano con alma que no pretende otra cosa sino agradar á su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada. Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho, la dejan estas mercedes de Dios, que su Majestad la sacará con ganancia, si permite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andéis asombradas : bien es que hay temor, y andemos con más aviso, ni tampoco confiadas, que por ser tan favorecidas, os podéis más descuidar, que esto será señal de no ser de Dios, si no os viereis con los efectos que queda dicho. Es bien que á los principios lo comuniquéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, ó si hubiere alguna persona muy espiritual ; y si no lo es, mejor es muy letrado : si le hubiere, con el uno y con el otro. Y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer

á vuestra alma: encomendaos á la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo, aunque no dirá si es buen letrado y hay los efectos dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mismo Señor que anda con vos, os consolará y asegurará, y á él le irá dando luz, para que os la dé. Si es persona que, aunque tiene oración, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará, y lo condenará, y por eso es os aconsejo que sea muy letrado; y si se hallare también espiritual: y la priora dé licencia para ello; porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora á que se comunique, para que anden con seguridad entrambas. Y tratado con estas personas, quiétese, y no ande dando más parte dello, que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan al alma á no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca experiencia, y le ve medroso, y él mismo le hace andar comunicando. Viénese á publicar lo que había de razón estar muy secreto, y á ser este alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder para la Orden, según andan estos tiempos. Así, que es menester grande aviso en esto, y á las prioras lo encomiendo mucho; y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes es mejor que las otras. Lleva el Señor á cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir á ser muy sierva de Dios, si se ayuda, mas á veces lleva

Dios por este camino á las más flacas ; y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar á las virtudes, y á quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere á nuestro Señor, que esa será la más santa ; aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé á cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado, amén.

CAPÍTULO IX

Ahora vengamos á las visiones imaginarias, que dicen que son á donde puede meterse el demonio, más que en las dichas ; y así debe de ser. Mas, cuando son de nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes á nuestro natural ; salvo de las que el Señor da á entender en la postrera Morada, que á éstas no llegan ningunas. Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado, que está este Señor, que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes, sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto ; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras : aunque nunca la hemos visto, no por esto la dejamos de preciar ; porque por experiencia

hemos visto, que nos ha sanado de algunas enfermedades, para que es apropiada. Mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle, sola la sabe cúya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos della. El se quedó con la llave, y como cosa suya, y abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y aun la tomará cuando le parezca, como lo hace. Pues digamos ahora que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien á quien la ha prestado: claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y así quedará más esculpida en su memoria. Pues así acaece acá, cuando nuestro Señor es servido de regalar más á este alma: muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, ó cómo andaba en el mundo, ó después de resucitado; y aunque es con tanta presteza que lo podríamos comparar á la de un relámpago, queda tan esculpido en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse della, hasta que la vea á donde para sin fin la pueda gozar. Aunque digo imagen, entiéndese que no es pintada, al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces está hablando con el alma, y aun mostrándole grandes secretos. Mas habéis de entender, que aunque en esto se detenga algún espacio, no se puede estar mirando, más que estar mirando al sol, y así esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, á la vista interior, que es la que ve todo esto, que cuando es con la vista exterior, no sabré decir

dello ninguna cosa: porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razón cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada como un diamante, si se pudiera labrar. Como una holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced al alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista. Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y de mayor deleite que podría una persona imaginar aunque viviese mil años, y trabajase en pensarlo, porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginación, ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto al alma. A usadas que no es menester aquí preguntar cómo sabe quién es, sin que se lo hayan dicho, que se da bien á conocer, que es Señor del cielo y de la tierra; lo que no harán los reyes della, que por sí mismos bien en poco se tendrán, si no va junto con él su acompañamiento, ó lo dicen. ¡Oh Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día, cuando nos vengáis á juzgar? Pues viniendo aquí tan de amistad á tratar con vuestra esposa, pone miramos tanto temor, oh hijas ¿qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: — ¡Id, malditos de mi Padre! Quédenos ahora esto en la memoria desta merced que hace Dios al alma, que no nos será poco bien; pues san Jerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y así no se nos hará nada cuanto aquí padeciéremos en el

rigor de la religión que guardamos ; pues cuando mucho durare, es un momento, comparado con aquella eternidad. Yo os digo de verdad que, con cuán ruin soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada, en comparación de cuando me acordaba, que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y benignos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón ; esto ha sido toda mi vida. ¡ Cuánto más lo temerá la persona á quien así se le ha representado ! pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir. Esta debe de ser la causa de quedar con suspensión, que ayuda el Señor á su flaqueza, con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicación con Dios. Cuando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación alguna figura, será como cosa muerta en estotra comparación. Acaece á algunas personas (y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres ó cuatro, sino muchas) ser de tan flaca imaginación, ó el entendimiento tan eficaz, ó no sé qué se es, que se embeben de manera en la imaginación que todo lo que piensan claramente les parece que lo ven ; aunque si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían, muy sin quedarles duda, el engaño ; porque van ellas mismas componiendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efecto, sino que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso dello, y así se olvida mucho más que cosa

soñada. En lo que tratamos no es así, sino que estando el alma muy lejos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Así como cuando fué derrocado san Pablo, vino aquella tempestad y alboroto en el cielo, así acá en este mundo interior se hace gran movimiento, y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y está el alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro ; que la verdadera sabiduría sin trabajo suyo le ha quitado la torpeza ; y dura con una certidumbre el alma de que esta merced es de Dios, algún espacio de tiempo, que, aunque más le dijesen lo contrario entonces, no la podrían poner temor de que puede haber engaño. Después, poniéndosele el confesor, la deja Dios, para que ande vacilando en que por sus pecados sería posible : mas no creyendo, sino (como he dicho en estotras cosas) á manera de tentaciones en cosas de la fe, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella ; antes mientras más la combate, más queda con certidumbre de que el demonio no la podría dejar con tantos bienes, como ello es así ; que no puede tanto en lo interior del alma : podrá él representarlo, mas no con esta verdad y majestad y operaciones. Como los confesores no pueden ver esto, ni por ventura á quien Dios hace esta merced sabérselo decir, temen, y con mucha razón ; y así es menester ir con aviso, hasta guardar tiempo del fruto que

hacen estas apariciones, é ir poco á poco mirando la humildad con que dejan al alma, y la fortaleza en la virtud, que si es de demonio presto dará señal, y le cogerán en mil mentiras. Si el confesor tiene experiencia y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relación verá si es Dios ó imaginación ó demonio ; en especial si le ha dado su Majestad dón de conocer espíritus, que si éste tiene y letras, aunque no tenga experiencia, lo conocerá muy bien. Lo que es mucho menester, hermanas, es, que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor : no digo el decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración ; porque si no hay esto, no aseguro que vais bien, ni que es Dios el que os enseña, que es muy amigo que al que está en su lugar, se trate con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todas sus pensamientos, cuanto más las obras, por pequeños que sean : y con esto no andéis turbadas ni inquietas, que aunque no fuese Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará ; que sabe su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder, ganaréis más : pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis á contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura, que como decía un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y se le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción, y hacer al demonio guerra con sus mismas maldades : que aunque un pintor sea muy

malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen que hace, si es de todo nuestro bien. Parecíale muy mal lo que algunos aconsejan, que den higas cuando así viesen alguna visión, porque decía que á donde quiera que veamos pintado á nuestro Rey, le hemos de reverenciar ; y veo que tiene razón : porque aun acá se sentiría, si supiese una persona que quiere bien á otra, que hacía semejantes vituperios á su retrato, no gustaría dello : ¿pues cuánto más es razón que siempre se tenga respeto á donde viéremos un crucifijo, ó cualquier retrato de nuestro Emperador? Aunque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque ví que una persona anduvo afligida que la mandaban tomar este remedio : no sé quién le inventó, tan para atormentar á quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo, pareciéndole va perdida si no lo hace. El mío es que aun os le dé, le digáis esta razón con humildad, y no lo toméis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso. Una gran ganancia saca el alma desta merced del Señor, que es cuando piensa en El ó en su vida y pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá no le daría mayor haber visto á una persona que nos hace mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Otros bienes trae consigo hartos, mas como queda dicho tanto de los efectos que hacen estas cosas, y se ha de decir más, no me quiero cansar ni cansaros,

sino avisaros mucho, que cuando sabéis ú oís, que Dios hace estas mercedes á las almas, jamás le supliquéis, ni deseéis que os lleve por este camino: aunque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho y reverenciar, no conviene por algunas razones. La primera, porque es falta de humildad, querer vos se os dé lo que nunca habéis merecido, y así creo que no tendrá mucha quien la deseare; porque así como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece; así lo está el humilde de cosas semejantes. Y creo yo que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes. Pues ¿cómo entenderá con verdad que se la hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos? La segunda, porque está muy cierto ser engañado, ó muy á peligro, porque no ha menester el demonio más de ver una puerta pequeña abierta para hacernos mil trampantojos. La tercera, la misma imaginación, cuando hay un gran deseo y la misma persona se hace entender, que ve aquello que desea, y lo oye, como los que andan con gana de una cosa entre día y mucho pensando en ella que acaece venirla á soñar. La cuarta, es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene más; sino dejar al Señor, que me conoce, que me lleve por el que conviene, para que en todo haga su voluntad. La quinta, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen los que el Señor hace estas mercedes? No, sino grandísimos, y de muchas maneras.

¿Qué sabéis vos si seríais para sufrirlos? La sexta, si por lo mismo que pensáis ganar perderéis, como hizo Saúl por ser rey. En fin, hermanas, sin éstas hay otras; y creedme que es lo más seguro no querer, sino lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mismos, y nos ama. Pongámonos en sus manos, para que sea hecha su voluntad en nosotras: y no podremos errar si con determinada voluntad nos estamos siempre en esto. Y habéis de advertir, que por recibir muchas mercedes destas no se merece más gloria, porque antes quedan más obligadas á servir, pues es recibir más. En lo que es más merecer, no nos lo quita el Señor, pues está en nuestra mano: y así hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes; y otras que las reciben, que no lo son. Y no penséis que es continuo; antes, por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos, y así el alma no se acuerda si las ha de recibir más: sino cómo las servir. Verdad es que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfeción: mas el que las tuviere, con haberlas ganado á costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona á quien el Señor había hecho algunas destas mercedes, y aun de dos (la una era hombre) que estaban tan deseosas de servir á su Majestad, á su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban á nuestro Señor porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, lo excusaran. Digo regalos, no destas visiones (que en fin ven la gran ganancia, y

son mucho de estimar) sino los que da el Señor en la contemplación. Verdad es que también son éstos deseos sobrenaturales (á mi parecer); y de almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor que no le sirven por sueldo; y así, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa para esforzarse más por eso á servir, sino de contentar al amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en El: y si fuese menester quedar para siempre aniquilada para mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén; que abajándose á comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPÍTULO X

De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones; algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo grande, otras por regalarse su Majestad con ella, y regarlarla. No hay para qué particularizar más cada cosa; pues el intento no es sino dar á entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta donde yo entendiere, para que entendáis, hermanas, de la manera que son, y los efectos que dejan; porque no se nos antoje que cada imaginación es visión, y porque cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andéis alboro-

tadas ni afligidas: que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera de ver afligida é inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar á Dios. Por otras maneras le comunica su Majestad harto más subidas, y menos peligrosas; porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y así se pueden maldecir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense más dar á entender. Acaece cuando el Señor es servido estando el alma en oración, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, á donde le da el Señor á entender grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios, que Estas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni aunque digo que ve, no ve nada; porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, á donde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en sí mismo: y es de gran provecho; porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos á Dios, porque en el mismo Dios (digo, estando dentro en El) hacemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dároslo á entender, que aunque esto es así y lo oímos muchas veces, ó no reparamos en ello ó no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese cómo es, ser tan atrevidos. Hagamos ahora cuenta que es Dios como una Morada ó palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse deste

palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh cosa temerosa y digna de gran consideración, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego; y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Criador tanto á sus criaturas dentro en Sí mismo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención. ¡Oh miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo este gran Dios? ¡Oh, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! Sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos á quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar á nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y así tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan. Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta visión, que es una gran merced, que hace nuestro Señor á quien la hace, si se quiere aprovechar della, trayéndola presente muy ordinario.

También acaece así muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mismo una verdad que parece deja obscurecidas

todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado á entender que él solo es verdad, que no puede mentir : y dase bien á entender lo que dice David en un Salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás así, aunque muchas veces se oyera, es verdad que no puede faltar. Acuérdaseme de Pilatos, lo mucho que preguntaba á nuestro Señor, cuando en su Pasión le dijo — ¿qué era verdad? y lo poco que entendemos acá desta suma verdad. Yo quisiera poder dar más á entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria á Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa, sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéramos ; en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras, dando á Dios lo que es suyo, y á nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable. Una vez estaba yo considerando por qué razon era nuestro Señor tan amigo desta virtud de la humildad ; y púsoseme delante (á mi parecer sin considerarlo, sino de presto) esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada ; y quien esto no entiende

anda en mentira. A quien más lo entiende agrada más á la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás deste propio conocimiento. Amén. Destas mercedes hace nuestro Señor al alma, porque como á verdadera esposa que ya está determinada á hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No hay para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho ; que en cosas semejantes no hay qué temer, sino que alabar al Señor, porque las da ; que el demonio, á mi parecer, ni aun la imaginación propia tienen aquí poca cabida, y así el alma queda con gran satisfacción.

CAPÍTULO XI

¿Si habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo al alma, para que la palomilla ó mariposilla esté satisfecha (no penséis que la tengo olvidada) y haga asiento á donde ha de morir? No por cierto, antes está muy peor : aunque haya muchos años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa ; porque de cada uno dellos le queda mayor dolor. Es la causa que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo ; porque tam-

bién crece el amar, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor, y viene en estos años creciendo poco á poco este deseo, de manera que la llega á tan gran pena como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí ; que bien entiendo que á Dios no hay que poner término, que en un momento puede llegar á un alma á lo más subido que se dice aquí : poderoso es su Majestad para todo lo que quisiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros. Pues viene veces que estas ansias y lágrimas y suspiros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiendo, mas todo no es nada en comparación destotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, aunque con pena) andándose así este alma, abrasándose en sí misma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, ó por una palabra que oye de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, ó como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea se ve claro, que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere ; y no es á donde se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy hondo é íntimo del alma, á donde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla desta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro sér ; porque en un punto ata las poten-

cias de manera, que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor. No querría pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, come he dicho, ayudar á sentir esta aflicción. Porque el entendimiento está muy vivo, para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios ; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos. Con ser persona sufrida y mostrada á padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona, cuán más recios van los sentimientos della, que los del cuerpo, y se le representó ser desta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más, que todos los que acá teniéndole padecen. Yo vi una persona así, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte ; y así, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos como si el alma quisiese ya dar á Dios, que no es menos ; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos, no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se

descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos ó tres días después sin poder aún tener fuerza para escribir, y con grandes dolores; y aun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de antes. El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos se sienten poco. Esto yo lo he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiría si le hiciesen pedazos. Diréisme que es imperfección; que ¿por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida? Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida: ahora no, porque su razón está de suerte que no es señora della, ni de pensar sino la razón que tiene para penar; pues está ausente de su bien, que ¿para qué quiere vida? Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no le hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama, antes todo la atormenta; mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra ni al cielo puede subir. Abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua, y no sed que puede sufrir, si no ya en tal término que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo nuestro Señor á la Samaritana, y eso no se lo dan. ¡Oh, válgame Dios, Señor, cómo apretáis á vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho; cuanto más, que si es purificar este alma para que entre en la séptima

Morada (como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio) es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar: cuanto más, que con todo este tormento y aflicción, que no puede ser mayor, á lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra (que esta persona había pasado muchas, así corporales, como espirituales) mas todo le parece nada en esta comparación. Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer, sino que no es este sentimiento de manera que la alivia ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana, y sufriría toda su vida, si Dios fuese dello servido; aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos. Pues consideremos, hermanas, aquéllos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que *siempre padecen más y más* (digo más y más cuanto á las penas accidentales) siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y los que ellos pasan mayores sin comparación que este que aquí hemos dicho, y éstos ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será destas desventuradas almas? ¿Y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternales tormentos? Yo os digo que será imposible dar á entender cuán sensible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente al del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mismo Señor que lo entendamos, para

que más conozcamos lo mucho que le debemos en traernos á estado que por su misericordia tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados. Pues tornando á lo que tratábamos (que dejamos este alma con mucha pena, en este rigor es poco lo que le dura, será cuando más tres cuatro horas, á mi parecer, porque si mucho durase, si no fuese con milagro sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Acaecido ha no durar más que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos : verdad es que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor y estando en conversación, Pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad que casi no entendía lo era, de sólo oir una palabra de no acabarse la vida. Pues pensar que se puede resistir, no más que si metida en un fuego quisiese hacer á la llama que no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulación sin que las que están presentes entiendan el gran peligro en que está aunque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen sombras : y así le parecen todas las cosas de la tierra. Y porque veáis que es posible, si alguna vez os viereis en esto, acudir aquí nuestra flaqueza y natural, acaece alguna vez que estando el alma, como habéis visto, que se muere por morir, cuando aprieta tanto que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme, y querría aflojase la pena, por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natu-

ral, que por otra parte no se quita su deseo, ni es posible haber remedio que se quite esta pena hasta que la quite el mismo Señor, que casi es lo ordinario con un arrobamineto grande, ó con alguna visión, á donde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad. Cosa penosa es ésta, mas queda el alma con grandísimos efectos, y perdido el miedo á los trabajos que le pueden suceder; porque, en comparación del sentimiento tan penoso que sintió su alma, no le parece son nada. De manera que queda aprovechada, y que gustaría padecerle muchas veces; mas tampoco puede eso en ninguna manera, ni hay ningún remedio para tornarle á tener, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle, ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa dél no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que tanbién puede atormentar como consolar. Dos cosas me parece á mí que hay en este camino espiritual que son peligro de muerte. La una ésta: que verdaderamente lo es, y no pequeño; la otra de muy excesivo gozo y deleite, que es en tan grandísimo extremo que verdaderamente parece que desfallece el alma, de suerte que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: á la verdad no sería poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo, y que tendrá

razón el Señor cuando le pidiereis estas cosas, de deciros lo que respondió á los hijos del Zebedeo : si podrían beber el cáliz.

Todas creo, hermanas, que responderemos que sí ; y con mucha razón, porque su Majestad da esfuerzo á quien ve que lo ha menester, y en todo defiende á estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones, como hacía por la Magdalena : aunque no sea por palabras, por obras ; y en fin, en fin, antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito, y alábenle todas las criaturas. Amén.

MORADAS SÉPTIMAS

CAPÍTULO PRIMERO

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto : pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay

que contar de Dios. Harta misericordia nos hace, que haya comunicado estas cosas á persona que las podamos venir á saber; para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabáremos su grandeza.

Cuando nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo este alma (que ya espiritualmente ha tomado por esposa) primero que se consuma el matrimonio espiritual, métela en su Morada, que es esta séptima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, á donde sólo su Majestad mora, y digamos otro cielo: porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa obscura, que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer que no hay otra luz interior, sino ésta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna obscuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de justicia, que está en ella dándole sér; sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera Morada que había entendido una persona, que estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel obscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas: con razón podemos compadecernos dellas, y mirar que algún tiempo nos vimos así, y que también puede el Señor haber misericordia dellas. Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal, muy mayor que sería si viésemos un cris-

tiano atadas la manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado á un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarlos á la boca, y aun está con grande hastío, y ve que va ya á expirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar á la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes.

No hablamos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados y están en gracia, que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, á donde caben tantas y tan lindas Moradas como habéis visto; y así es razón que sea, pues dentro deste alma hay morada para Dios. Pues cuando su Majestad es servido de hacerle la merced dicha deste divino matrimonio, primero la mete en su Morada y quiere su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oración que queda dicha de unión, aunque no le parece al alma que es tan llamada para entrar en su centro como aquí en esta Morada, sino la parte superior. En esto va poco: sea de una manera ó de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó san Pablo en su conversión, y quitándole el sentir cómo ó de qué manera es aquella merced que

goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios. Mas cuando la junta consigo, ningua cosa entiende, que las potencias todas se pierden. Aquí es de otra manera: quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña y metida en aquella Morada por visión intelectual: por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la santísima Trinidad todas tres personas, con una inflamación que primero viene á su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable que se da alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una substancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres personas, y le hablan, y le dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor, que venía El y el Padre y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oir estas palabras y creerlas á entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda que no sabe

decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía. Pareceros ha que según esto no andará en sí, sino tan embebida que no pueda entender en nada : mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y, en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía ; y si no falta á Dios el alma, jamás El la faltará, á mi parecer, de darse á conocer tan conocidamente su presencia ; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues le ha hecho esta merced, para que la pierda, y así se puede pensar ; aunque no deja de andar con más cuidado que nunca para no le desagradar en nada. El traer esta presencia entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez, y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo ; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente ; mas, aunque no es con esta tan clara luz, siempre que advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora cómo una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase á obscuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí. Es de preguntar, ¿si cuando torna la luz, y las quiere tornar á ver, si puede? Esto no está en su mano sino cuando quiere nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento : harta misericordia le hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido. Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más con esta admirable compañía ;

porque está claro que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfección y perder el temor que traiga algunas veces de las demás mercedes que la hacía, como queda dicho. Y así fue que en todo se hallaba mejorada, y le parecía que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento, de manera que en alguna manera le parecía había división en su alma, y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba della, á manera de Marta, cuando se quejó de María, algunas veces le decía que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud á su placer, y la deja á ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no le puede tener compañía. Esto os perecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa así, que (aunque se entiende que el alma está toda junta) no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decía yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida del alma al espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo á declararlas: allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos, por su misericordia, á donde entendamos estos secretos.

CAPÍTULO II

Pues vengamos ahora á tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano dón. Á otras personas será por otra forma: á esta de quien hablamos se le representó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había representado el Señor á esta alma en esta manera: fue tan diferente que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, á donde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque entended, que hay grandísima diferencia de todas las pasadas á las desta Morada, y tan grande del desposorio espiritual al

matrimonio espiritual, como lo hay entre dos desposados, á los que ya no se pueden apartar. Ya he dicho, que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más á propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo, mas, que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu ; y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está el mismo Dios ; y á mi parecer no ha menester puerta por donde entre : digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí parece que va por medio de los sentidos y potencias ; y este aparecimiento de la Humanidad del Señor, así debía ser ; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció á los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo — *Pax vobis*. Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un istante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé á qué lo comparar, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, á cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu desta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espiritu, ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar á entender á algunas personas hasta

dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El della. El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es, porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar, y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo, de manera que lo entiendan. En estotra merced del Señor no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo que toda la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, ó el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río ó fuente, á donde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, ó lo que cayó del cielo; ó como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartase; ó como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz. Quizá es esto lo que dice san Pablo, el que se arrima y allega á Dios, hácese espíritu con El, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad al alma por unión. Y también dice — *Mihi vivere Christus est, mori lucrun*; así me parece puede decir aquí el alma, porque es á donde la mariposilla, que

hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo. Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efectos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida á nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir, mas que es tanto este sentimiento que producen algunas veces unas palabras regaladas que parece no se puede excusar de decir. ¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! Y cosas desta manera: porque de aquellos pechos divinos, á donde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche que toda la gente del Castillo conforta, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso, á donde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir á estos dos desposados. Y así como sentiría este agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podía dejar de sentir, de la misma manera, y aun con más certidumbre, se entienden estas operaciones que digo; porque así como no nos podría venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida á esta vida; y que hay sol de donde procede una gran luz que se envía á los potencias de lo interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro, ni

se le pierde la paz; porque el mismo que la dio á los Apóstoles cuando estaban juntos, se la puede dar á ella. Héme acordado que esta salutación del Señor debía ser mucho más de lo que suena, y el decir á la gloriosa Magdalena que se fuese en paz; porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debían hacer la operación en aquellas almas, que estaban ya dispuestas, que apartase en ellos todo lo que es corpóreo en el alma, y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y deshaciéndonos della por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí. Y así, orando una vez Jesucristro nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre, y el Padre en El. ¡No sé que mayor amor puede ser que éste! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque así dijo su Majestad: — no sólo ruego por ellos, sino por todos aquéllos que han de creer en mí también; y dice: — Yo estoy en ellos. ¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, á donde nuestra imagen está

esculpida. Pues tornando á lo que decíamos, en metiendo el Señor al alma en esta Morada suya, que es el centro de la misma alma, así como dicen, que el cielo Empíreo á donde está nuestro Señor no se mueve como los demás, así parece no hay los movimientos en esta alma en entrando aquí, que suele haber en las potencias é imaginación, de manera que la perjudiquen, ni la quiten su paz. ¿Parece que quiero decir que en llegando el alma á hacerla Dios esta merced, está segura de su salvacion, y de tornar á caer? No digo tal, y en cuantas partes tratare desta manera, que parece está el alma en seguridad se entienda, mientras la divina Majestad la tuviere así de su mano, y ella no le ofendiere ; al menos sé cierto, que aunque se ve en este estado y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que puede hacer y lo mucho á que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia ; porque el hacer penitencia este alma, mientras más grande le es más deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas ; que aunque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí, y todo le debe venir de la raíz á donde está plantada; que así como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas está más fresco y da más fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero

espíritu della está hecho uno con el agua celestial que dijimos? Pues, tornando á lo que decía, no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz, el alma sí: mas en estotras Moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas, mas son de manera que no se quita de su paz: esto es lo ordinario. Y puesto este centro de nuestra alma, ó este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar á entender, no os dé alguna tentación de no creer lo que digo; porque decir que hay trabajos y penas y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación ó dos: plega á Dios que sean tales que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho. Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto: así, acá, aunque en estotras Moradas anden muchas baraúndas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquella que la haga quitar de allí, ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo, mas si la cabeza está sana, no porque duela el cuerpo dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones que no me contentan, mas no sé otras: pensad lo que quisiereis, ello es la verdad, lo que he dicho.

CAPÍTULO III

Ahora, pues, decimos que esta mariposica ya murió, con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida hace, ó que diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho. Á lo que puedo entender son los que diré. El primero, un olvido de sí que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada; si no es para cuando entiende que quede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida. No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir (que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme á su estado) que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes ésa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden

sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solía ; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace tienen por bueno : si quisiere que padezca, enhorabuena ; si no, no se mata, como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal ó desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos dél, y encomiéndanlos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á nuestro Señor.

Lo que más espanta de todo es que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor : ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria

que tienen los santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás. Verdad es que algunas veces que se olvida desto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios y desear salir deste destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego torna, y mira en sí misma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, más que tendría de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado. El fin es que los deseos destas almas no son ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mismo Señor, y su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fue sino continuo tormento, y así hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como á flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester.

Un desasimiento grande de todo y deseo de estar siempre á solas, ú ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma; no sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mismo Señor la despierta de la manera que

queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso (ó no sé cómo le llame) de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender, que el alma hizo nada de su parte. Esto es tan ordinario y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia : que así como un fuego no echa la llama hacia abajo, sino hacia arriba, por grande que quieran encender el fuego, así se entiende acá que este movimiento interior procede del centro del alma, y despierta las potencias. Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa) que nos estemos con él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar destos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habéis, hermanas, experimentado, porque pienso, en llegando á tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos. Cuando esto os acaeciere, acordaos que es desta Morada interior, á donde está Dios en nuestra alma, y alabadle mucho, porque cierto es suyo aquel recaudo ó billete, escrito con tanto amor, y de manera, que sólo vos quiere entendáis aquella letra, y lo que por ella os pide. La diferencia que hay aquí en esta Morada, es lo dicho, que casi nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras á tiempos, sino que está el

alma en quietud casi siempre. El no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un sér con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos, ni potencias, que se descubrió su Majestad al alma y la metió consigo á donde á mi parecer no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí al alma, como he dicho, son con ningún ayuda de la misma alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda á Dios. Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma y le enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, á donde no se había de oir ningún ruido: así en este templo de Dios, en esta Morada suya, sólo. El y el alma se gozan, con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque aunque á tiempos se pierde esta vista, y no le dejan mirar, es poquísimo intervalo, porque, á mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Yo lo estoy de ver, que en llegando aquí el alma todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrobamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces, y ésas casi siempre no en público como antes (que era muy de ordinario) ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción, que vea, como antes, que si ven una imagen devota ú

oyen un sermón (que casi no era oirle) ó música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar. Ahora, ó es que halló su reposo, ó que el alma ha visto tanto en esta Morada que no se espanta de nada, ó que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa, que en comenzado el Señor á mostrar lo que hay en esta Morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado ; ó puede ser que quería dar á entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que su Majestad sabe, que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

Estos efectos, con todos los demás que hemos dicho que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma á Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí halla la paloma que envió Noé á ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades deste mundo. ¡Oh Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar á entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y á los que la habéis dado, no se la quitéis, por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les

deis la verdadera, y las llevéis á donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda ésta no lo es, sino porque se podría tornar la guerra primera si nosotros nos apartásemos de Dios. Mas ¿qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza, para no dejar cosa que se les puede ofrecer, para más agradar á Dios por culpa suya. Mientras más favorecidas de su Majestad, andan más acobardadas y temerosas de sí: y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen mas graves sus pecados, andan muchas veces, que no osan alzar los ojos, como el Publicano. Otras con deseos de acabar la vida, por verse en seguridad, aunque luego tornan con el amor que le tienen á querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen, que como una nave que va muy demasiado de cargada se va á lo hondo, no les acaezca así. Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta, ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza; que la presencia que traen del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas, amén.

CAPÍTULO IV

No habéis de entender, hermanas, que siempre en un sér están estos efectos que he dicho en estas almas, que por eso, á donde se me acuerda, digo lo ordinario que algunas veces las deja nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y Moradas deste Castillo para vengarse dellas, por el tiempo que no las pueden haber á las manos. Verdad es que dura poco, un día lo mas ó poco más, y en este gran alboroto (que procede lo ordinario de alguna ocasión) se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen: ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen desta determinación. Como digo es pocas veces, sino que quiere nuestro Señor que no pierda la memoria de su sér; para que siempre esté humilde lo uno, lo otro, porque entienda más lo que debe á su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfección por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados. De advertencia no que las debe el Señor á

estas tales dar muy particular ayuda para esto: digo pecados veniales, que de los mortales que ellas entiendan, están libres aunque no seguras; que tendrán algunos que no entienden que no les será pequeño tormento. También se les da las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán dellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura, que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó con su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más; porque bienaventurado el varón que teme á Dios, dice David. Su Majestad nos ampare siempre: suplicárselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado, amén.

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos dellas los habréis entendido (si advertisteis en ello) os lo quiero tornar á decir aquí; porque no piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro, que no nos puede su Majestad hacerle mayor que es darnos vida que sea imitando á la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son éstas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron á Cristo nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos: miremos los que pasó su glo

riosa Madre, y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de nuestro Señor, y no imaginación, engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, á lo que podemos entender ; y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer. Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel y le apareció nuestro Señor, y le dijo que iba á Roma á ser crucificado otra vez. Ninguna rezamos esta fiesta á donde esto está, que no me es particular consuelo, ¿cómo quedó san Pedro desta merced del Señor, ó qué hizo? Irse luego á la muerte, y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé. ¡Oh, hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada, el alma á donde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe acordar de sí : toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué, ó por dónde mostrar el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías : de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho ; porque poco me aprovecha estarme muy recogida á solas, haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y

prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho ; y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará su Majestad cómo lo hagamos ; y aun quizá, aunque nos pese, como hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más á El. Quise decir que es poco en comparación de lo mucho más que es, que conformen las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco á poco, vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer. Mirad, que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, á quien (señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad) los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fué, que no les hace ningún agravio, ni pequeña merced : y si á esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun

por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo ó por dónde las podéis hacer placer y servir ; pues lo que hiciereis en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el Castillo. Torno á decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar ; porque si no procuráis virtudes, y hay ejercicio dellas, siempre os quedaréis enanas ; y aun plega á Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece, porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un sér á donde le hay. Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar : ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos, ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, ó por mejor decir aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior á la gente de arriba del Castillo, y á las Moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen á dormir? No, no, no, que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos, y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo ; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, como la compañía que tiene le da fuerzas muy

mayores que nunca. Porque si acá dice David que con los santos seremos santos, no hay que dudar, sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y así veremos la que han tenido los santos para padecer y morir. Es muy cierto, que aun de la que á ella allí se le pega, acude á todos los que están en el Castillo, y aun al mismo cuerpo, que parece muchas veces no siente; sino (esforzado con el esfuerzo que tiene el alma bebiendo del vino desta bodega, á donde la ha traído su Esposo, y no la deja salir) redunda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza á la cabeza y á todo el. Y así tiene harta mala ventura mientras vive, porque por mucho que haga, es mucho más la fuerza interior, y la guerra que se le da, que todo le parece nonada. De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa Magdalena, criada siempre en tanto regalo; y aquel hambre que tuvo nuestro padre Elías de la honra de su Dios, y tuvo santo Domingo y san Francisco de allegar almas para que fuese alabado; que yo os digo, que no debían pasar poco, olvidados de sí mismos. Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que El fue y han ido todos sus santos. No nos pase por pensamiento: creedme, que

Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre á los piés, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben. Decirme habéis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte, y es, que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los piés, y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensáis que le sería poca mortificación á una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola (porque no llevaba hervor para entender cómo iba) y entrara donde nunca había entrado y después sufrir la murmuración del fariseo, y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y, como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, á quien ellos tenían tan aborrecido, para traer á la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa (porque está claro que luego mudaría vestido y todo lo demás), pues ahora se dice á personas que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver á su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¿Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor? Tengo para mí que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años

que vivió, en verse ausente de El, que sería de terrible tormento, se verá, que no estaba siempre con regalo de contemplación á los piés del Señor. La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis como allegar almas á Dios, que lo haríais de buena gana; mas, que no habiendo de enseñar ni predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este Castillo: mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí. Ya os dije en otra parte, que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos á mano para servir á nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oracion ayudaréis mucho; no queráis aprovechar á todo el mundo, sino á las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis á ellas más obligadas. ¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande y mortificación, y el servir á todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda á todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No sería sino mucho y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá su Majestad que haríais mucho más; y así os dará premio, como si le ganaseis muchas. Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará

su oración á los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen ; y como hagamos lo que pudiéremos, hará su Majestad que vamos pudiendo cada día más ; y más como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida (y quizá será más poco de lo que cada uno piensa) interior y exteriormente, ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plega á su Majestad, hermanas é hijas mías, que nos veamos todas á donde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás, amén. Que yo os digo, que es harta confusión mía, y así os pido por el mismo Señor, que no olvidéis en vuestras oraciones esta pobre miserable. Amén.

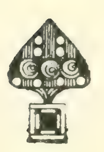
JHS.

Aunque cuando comencé á escribir esto que aquí va, fue con la contradicción que al principio digo, después de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Y conside-

rando el mucho encerramiento, y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene, en algunos monasterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este Castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él á cualquier hora. Verdad es que no en todas las Moradas podréis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mismo Señor del Castillo: por eso os aviso que ninguna fuerza pongáis, si hallareis resistencia alguna, porque le enojaréis de manera que nunca os deje entrar en ellas. Es muy amigo de humildad. Con teneros por tales que no merecéis aún entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar á las quintas, y de tal manera le podéis servir desde allí, acontinuando á ir muchas veces á ellas, que os meta en la misma morada que tiene para Sí, de donde no salgáis más, si no fuereis llamada de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya misma. Y aunque mucho estéis fuera por su mandalo, siempre cuando tornareis os tendrá la puerta abierta. Una vez mostradas á gozar deste Castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar á él y que no os lo pueda quitar nadie. Aunque no se trata de más de siete Moradas, en cada una destas hay muchas, en lo bajo y alto, y á los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos, y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que lo crió á su imagen y seme-

janza. Si algo hallareis bueno en la orden de daros noticias de El, creed verdaderamente que lo dijo su Majestad por daros á vosotras contento, y lo malo que hallareis, es dicho de mí. Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros á servir este mi Dios y Señor, os pido, que en mi nombre, cada vez que leyereis aquí, alabéis mucho á su Majestad, y le pidáis el aumento de su Iglesia, y luz para los luteranos y para mí ; que me perdone mis pecados y me saque de purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando este se os diere á leer, si estuviere para que se vea, después de visto de letrados : y si algo estuviere de error, es por más no lo entender, y en todo me sujeto á lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, que en esto vivo y protesto y prometo vivir y morir. Sea Dios nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén. Amén.

Acabóse esto de escribir en el monasterio de San José de Avila, año de mil y quinientos y setenta y siete, víspera de san Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amén.



COLECCIÓN ESPAÑOLA NELSON

Acaban de publicarse los siguientes volumenes :

La Vida Íntima de Napoleón. ARTHUR LÉVY.

Novelas Ejemplares. CERVANTES.

La Ciudad de la Niebla. PÍO BAROJA.

Los Roquevillard. HENRY BORDEAUX.

Mi Tío Benjamín. CLAUDE TILLIER.

Santa Teresa de Jesús. (*Obras Escogidas.*)

Pequeña Antología de Poetas Castellanos.

Estos serán seguidos por otros volumenes que se publicarán mensualmente y de los cuales publicaremos en breve una lista completa.

Cada volumen de estas Colecciones irá claramente impreso con tipo grande sobre papel fino, y se encuadenára en carton en tela extra, con frontispicio y decoración en la primera pagina.

PARIS: NELSON, EDITORES.

189, rue Saint-Jacques ; Lóndres, Edimburgo y Nueva-York.


N